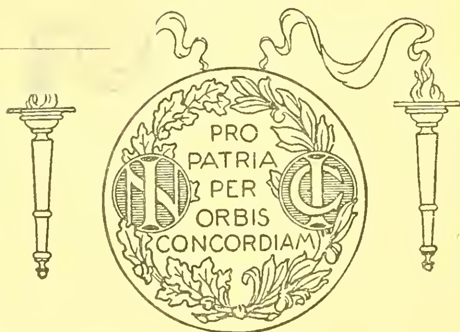
Ex Libris





Library of the
Interamerican Section
of the
Carnegie Endowment
for International Peace

DIEGO CARBONELL

Juicios Históricos

Quod scripsi, scripsi.

TYPOGRAPHIA DO
ANNUARIO DO BRASIL
(ALMANAK LAEMMERT)
RIO DE JANEIRO



Para la Dirección

de Inter-América

Obsequio del

D. Carbonell

Ministro de Venezuela

Rio, Rua Copacabana, 84

JUICIOS HISTÓRICOS

OBRAS DEL Dr. CARBONELL:

Psicopatología de Bolívar, Paris, 1916.
Botánica y Biología, Caracas, 1919.

DIEGO CARBONELL

Juicios Históricos

Quod scripsi, scripsi.



1921
TYPOGRAPHIA DO
ANNUARIO DO BRASIL
(ALMANAK LAEMMERT)
RIO DE JANEIRO

OFRENDA

A LOS DOCTORES FREDERICK STARR

Y

JULIO SARDI.

Rio de Janeiro, agosto de 1921.

ACERCA DE LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

Un sabio francés cuyo criterio muy original reconocen y ensalzan diversas escuelas científicas, ha pretendido, en un libro muy didáctico y erudito, conciliar la enseñanza fisiológica y el estudio de la Filosofía: el doctor José Grasset, en una serie de conferencias sobre la fisiología del sistema nervioso humano, ha establecido, con la cautela de quien se entra por primera vez en la maraña tupida de una selva virgen, la posibilidad y la necesidad de la *Introducción fisiológica al estudio de la Filosofía.* (1)

Conociendo toda la obra monumental del ilustre clínico de Montpelier, pudiérase apreciar, debidamente, la trascendencia de aquel serenísimo ensayo. Grasset, cuya religiosidad y sinceridad científica inconmovibles inspiráronle, entre otros, los *Límites de la Biología,* quiere en aquella «introducción», armonizar la ideas filosóficas con los principios de la Fisiología. No tuvo en cuenta, cuando eso quiso, que

(1) Título de la obra cuya segunda edición es de 1910.

de una vez establecía, aunque las suyas fueran ideas pasadas por el filtro cándido y dúctil de Tomás de Aquino,la relación inevitable entre la ciencia escolástica y las bases de la filosofía naturalista: ante la Ciencia, la Filosofía quedaba reducida a un vocabulario que la física, la química, la botánica y la zoología están sometiendo a la impasibilidad de los yunques experimentales.

De estas ciencias naturales informadas por las leyes de la evolución, hase originado la necesidad de que los hechos humanos pretéritos, como resultado de la evolución intelectual, sean sometidos al rigor de la Ciencia; y de esto deriva ese otro ramo de conocimientos que no es propiamente la filosofía escolástica sino la filosofía de Historia, o historiosofía según Cieszkowski.

Con los medios de que ella dispone, se pretende interpretar los sucesos trascendentes o menguados en la vida de los pueblos, para lo cual se admite que «la evolución de los individuos, es comparable a la de los árboles de una selva» (1). Esto ha logrado el naturalismo actual, mal calificado a la verdad, de materialismo: sin ocuparse de aplicar siempre las leyes e hipótesis del transformismo filosófico de Haeckel, Le Dantec, Metchnikoff y otros biólogos, aunque no las desdeña, la filosofía de la Historia toma de estas hipótesis, leyes y adquisiciones lo que corresponde en el vasto campo de la doctrina evolucionista a la fisiología y a la patología humanas. De suerte que, cuando Jorge Cuvier

(1) Cresson, *Philosophie Naturaliste*, Paris, 1907, p. 159.

crea la anatomía comparativa y la paleontología, presta ayuda eficasísima a la historiosofía cuando ésta es verdaderamente una ciencia reconstructiva y de interpretaciones. Igual cosa podríamos decir de las conquistas que en botánica y en zoología obtuvo Carlos Darwin: no olvidemos que Hipólito Taine fue uno de los más felices intérpretes de las ciencias naturales aplicadas a la Historia.

Sin embargo, no siempre fue así la Historia: según Costanzo [1], los primeros representantes de aquella ciencia habrían sido Herodoto, Tucídides y Jenofonte, entre los griegos; César, Salustio, y Tácito, entre los romanos, y Machiavelli en Italia. Toma en este caso el historiador Constanzo una cosa por la otra, y confunde la dialéctica con la simple narración expuesta por los filosófos que generalmente no lo fueron en el orden histórico. Machiavelli, por ejemplo, para nada tuvo en cuenta el orden dialéctico de los temas científicos de la Historia, aunque alguna vez extasíe sus pupilas y se dé cuenta de lo que vendrá, por cuanto conocía lo pasado. En cierto modo, sus atributos intelectuales no eran menos brillantes que los del profeta Daniel.

Los sabios europeos de los últimos tiempos han conceptuado por modo diverso esta nueva ciencia de la interpretación: Bossuet pudo ser un filósofo de la Historia en el orden religioso; también lo habría sido Vico cuando analizaba la fenomenología griega; no lo fueron menos Helvecio, Condorcet y el famoso Herder, en sus *Ideas acerca de la filosofía*

(1) *Historia Universal*, t. II, Madrid, 1854, c. I.

de la humanidad. En este sentido, Hegel, que fue un parodiador de Vico, sigue al hombre en su evolución espiritual desde el primitivismo hasta la adquisición definitiva de la conciencia. También Schlegel es de la misma categoría intelectual, sólo que sus normas católicas lo inclinan al providencialismo del obispo de Meaux. La *Enciclopedia* abunda en tendencias filosóficas, y uno de sus más brillantes representantes fue Montesquieu con el *Espíritu de las leyes,* aunque a la verdad el más original de los enciclopedistas fue Voltaire con su *Ensayo acerca de las costumbres y el espíritu de las naciones:* Voltaire proyectó los hechos que al mismo tiempo acontecieron en diversos pueblos, y reflexionó profundamente, sobre la razón de tales sucesos... Mas, por encima del siglo XVIII y de todos los siglos cristianos, estaría el profeta Daniel, creador, según se dice, de la filosofía de la Historia: advierte Renán (1) que el libro de Daniel indica que su autor, un judío exaltado del tiempo de Antíoco Epífanes, fue el verdadero padre de la historia filosófica; fue quien por primera vez, según el sabio intérprete francés, se aventuró a mirar en los movimientos del mundo y en la sucesión de los imperios, una serie de hechos subordinados a los destinos del pueblo judío...

Cuando conocí esta advertencia de Renán, sentí curiosidad hacia el libro de Daniel, y dime cuenta de aquella filosofía, que tánto aplaude el francés, cuando sorprendí en los vaticinios de Beltsasar la natural conclusión en presencia de las turbulencias

(1) *Vie de Jésus,* edic. Nelson, Paris, p. 28.

judías: Daniel explica cómo dirige Dios los acontecimientos. Interpreta la ansiedad de su raza y con ella declara que no está lejos el reino de Dios; su caso demuestra dos fenómenos que se relacionan: los hombres superiores representan las muchedumbres y su historia es la historia de éstas; mas, las muchedumbres son el seno fecundo de donde nacen tales naturalezas eminentes; de suerte que si el genio goza de tales o cuales virtudes mentales, estas virtudes son la síntesis de los fragmentos dispersos en el cerebro de la colectividad. Daniel no hacía sino interpretar a su pueblo cuya historia sabia al dedillo gracias a lo cual muchas de sus profecías eran *vaticinia post eventum*... Con ese método, vislumbra la caída de los imperios, el rugir de las ambiciones y los torrentes de sangre; esto es: todo aquello que en los tiempos bíblicos y en todos los tiempos fue y será atributo de la humana miseria.

Pudo suceder, sin embargo, que Daniel generalizara para el porvenir de los tiempos, un estado de efervescencia étnica como aquel estado volcánico en que se encontrara el pueblo judío según las narraciones del historiador Flavio Josefo. De todos modos, supo traducir los sentimientos ancestrales de sus contemporáneos, y ya ésta es cualidad nada común.

Sin embargo, no basta esto cuando se inquiere en las sombras del pasado. La Ciencia ha tenido que prestar su apoyo a fin de que aparezcan menos turbias las fuentes de los acontecimientos. Sobre todo, las ciencias naturales son quienes mejor han servido en la interpretación de los hechos humanos: es-

tudiando al hombre en lo que él tiene de semejante con el mundo que lo rodea, y desposeído de ciertos atributos antropocéntricos, tocóle a la Historia solicitar otras nociones que relacionaran el fatalismo de sus actos y la naturaleza de sus pensamientos: esas fuentes son la fisiología, la antropología y la patología, cuya parte verdaderamente filosófica está en la propria filosofía de las ciencias naturales.

A pesar de esto, que parece tan lógico, D. Marcelino Menéndez y Pelayo (1) dice «que solo el Cristianismo le dió base a la filosofía de la Historia con las doctrinas de la caída y de la redención, del origen del mál en el mundo, de la acción constante de la Providencia divina, sin menoscabo del libre albedrío humano»; lo cual no impidió que «apenas nacida, la filosofía de la Historia comenzara a separarse del tronco materno, y a hacerse cada día más filosófica y menos histórica, en Vico y en Herder, de donde resultó el constituírse en ciencia aparte, ciencia de los principios y de los últimos resultados de las acciones humanas»...

Bien se comprende que el ingenio poderoso de Don Marcelino jamás pudo substraerse a la influencia mística que predominó en todas sus obras, en las cuales está pregonando que fue más providencialista que el propio autor de los *Discursos sobre la historia universal*. I sin embargo, no es posible que la Historia sea como el sabio español lo deseara: «Semejante a la ninfa de la leyenda eslava, aérea al principio e invisible, hija de la tierra luégo,

(1) *Estudos de crítica literaria*, Madrid, 1884, págs. 113 y 118.

y cuya presencia se manifiesta solo por una larga mirada de vida y de amor...» ([1]) De ser así, la Historia no sería una sucesión de hechos humanos; la cronología de la actividad del hombre que domina los tiempos y los transforma con el talento o con el instinto, vendría a resultarnos esfuerzo de imaginación y no otra cosa: la Historia sería uno como idilio de las almas buenas y la sonrisa velada de las vírgenes cristianas... Lo real, lo que perdura por humano, «demasiado humano», está en ambas partes: en aquella sonrisa y en el odio de los vencidos; está en los vicios como en las virtudes, en el dolor como en la organización del hombre, en su temperamento, en los impulsos de su sistema nervioso, asi como en las variaciones de su bilis y en el pesimismo que oprime su alma de esclavo o de señor.

Verdaderamente, este concepto pareció debilitarse cuando Tomás Carlyle, en sus conferencias sobre «El culto de los héroes y lo heroico en la Historia», (2) declaró que la Historia Universal, la narración de lo que el hombre ha realizado, es, en el fondo, la historia de los grandes hombres que trabajaron entre nosotros». Entendido, y no seré yo quien ponga en tela de juicio esta afirmación de historiador tan eficiente; mas ¿dejarán de estar sometidos a las leyes inaplazables de su organización los grandes hombres, por el hecho de serlo?... Se dirá que cada organismo difiere de otro en tal escala que los defectos o mejoras «orgánicas» de unos no correspon-

(1) Ob. cit. p. 127.
(2) El libro titulado *Los Hêroes.*

derían a las mejoras o defectos de los otros... Sin embargo, «el medio» es uniforme para una región, y así como permite el que un hombre superior se nivele orgánicamente con la colectividad, influye también a fin de que los vicios o virtudes se repartan equitativamente entre ambos. Porque, dado un medio, en él los temperamentos serán análogos y la fisiología tendrá variaciones muy leves (1). Esta es la mejor de las razones para que a justo título la patología venga en ayuda de la Historia; y es también el criterio que informara al professor Grasset cuando le vino la idea de elaborar una filosofía fisiológica, si fuere este el título que conviene a su obra.

Sea o no adecuado este título, en estos tiempos la Historia deja de ser providencialista para ser naturalista: ya lo ha dicho Novicow: (2) «La ciencia es una, como la naturaleza; no hay ninguna solución de continuidad entre la química, la biología, la sociología y la historia».

Claro es, los autores de la exégesis sagrada tratarán de resolver el problema de las religiones con un criterio enteramente bossuetesco y parco, aunque von Holbach, Strauss, Renán, Michon, Noack, Soury, Binet-Sanglé y otros, hayan aplicado método opuesto al de Bossuet, Fenelón, Malebranche y el Padre Didón... Se interpretan las religiones humanizándolas, y se humaniza la Historia gracias a los

(1) Hay regiones en las cuales predomina la gente de talla mediana, los enfermos del corazón y los riñones; en otras partes abundan los tísicos y los sujetos de gran talla.

(2) Cit. por C. A. T., en *El Cojo Ilustrado*, núm. 463, p. 186.

recursos de la Ciencia: ésta no puede mirar en los milagros de Lourdes sino la propia sugestión que allá en la Meca vela el juicio a los peregrinos que se allegan al pozo de Ismael: en ambos casos, la muchedumbre sigue una idea, la concreta después de un accidente nervioso, y las visiones surgen de los cerebros afectados y oprimidos por la injusticia inconsciente... Erigido aquel método, los compiladores ocupan un puésto que no es, propiamente, el sitio que corresponde a los historiadores: estos últimos deben ser eruditos; en tanto que aquellos compiladores deben ser pacientes; hay una diferencia entre ellos que ciertamente no los coloca a un mismo nivel. I es que la Historia, como escribe Fustel de Coulanges [1], es una ciencia pura; ella no consiste en narrar con placer y disertar con profundidad; consiste, como toda ciencia, en comprobar hechos, analizarlos, relacionarlos y señalar los lazos...

Ahora bien, cómo se analizan estos hechos? El mismo brillante autor de *La ciudad antigua* nos dice que por medio de la observación minuciosa de los textos, como el químico cuando encuentra lo detalles en investigaciones minuciosamente perseguidas.

Desde luégo, no es que se apliquen «reactivos» al recuerdo, a la tradición y a los documentos, aunque alguna vez sea útil aplicarlos; sino que aquella observación minuciosa requiere hondo conocimiento de la ciencia humana que poco o nada importa los posea el compilador. En resumen, se aspira a que lo

(1) *El mêtodo histórico*, en la *Chrestomathie*, de Enrique Sensine, Lausana, p. 610.

heroico en la Historia, de que habla Carlyle, se transforme, sin que esto aniquile la gloria de los pueblos representada por sus grandes hombres, en la interpretación científica de los hechos humanos; o de otro modo, quiérese que el historiador aparte de su pluma aquella honda impresión que pudiera sostener al lado de sus ideas de narrador la heroicidad o la pujanza de los personajes; y que así como el naturalista que diseca no se ocupa con la fealdad de un batracio sino que mira la verdad de los procesos evolutivos en las entrañas palpitantes, por modo análogo el historiador debe mirar en los personajes heroicos, junto a la psicología de los grandes hombres la condición humana de las muchedumbres que evolucionan en medio de la grandeza y de las vilezas, en medio de las naturalezas brillantes y al lado de los instintos más grotescos... Lo demás es obra de la glorificación verbal que pasa y que suele perecer mucho antes de que los tiempos se hayan hecho cargo de lo verdaderamente grandioso en los héroes: el mármol lo tallan las buenas acciones, aunque las malas abunden al lado de aquéllas; quizá la Ciencia podría justificar con mayor esplendidez los malos procedimientos que la glorificación verbal, cuando ésta quiere ocultar lo indigno en esas naturalezas atormentadas que son los hombres geniales... Esta tendencia parécenos reconocerla en muchos espíritus: así, Gil Fortoul había advertido que «el modo lírico de escribir historia, que, con espléndido lenguaje y poco respeto a la exactitud, implantaron en Venezuela los célebres escritores Rafael María Baralt, Juan Vicente González y Felipe Larrazá-

bal, convertía a los fundadores de la patria en personajes de literatura romántica. Pero ya se generaliza el método crítico que el autor de estas líneas — Gil Fourtoul — cree haber iniciado en compañía de su sabio amigo el doctor Lisandro Alvarado» (1). El historiador recuerda en seguidas que también se han adscrito al dicho método los señores Arcaya, Vallenilla Lanz, Eloy G. González, Carlos A. Villanueva y Angel César Rivas.

Tanto Alvarado como Arcaya, se lanzaron a la interpretación filosófica abroquelados con una vasta erudición y con el método que desde Turín, lanzaba a los cuatro vientos de la publicidad el profesor Lombroso. Alvarado emprende su tarea y escribe su breve monografía sobre *Neurosis de hombres célebres de Venezuela* (2); Arcaya se adhiere a las ideas de Lombroso y de Taine en sus estudios sobre Bolívar y Páez, publicados, el primero en 1900, y el segundo en 1908 (3).

Eloy G. González no ha sido, propiamente, un discípulo de esa escuela que con Saint-Beuve, Littré, Renán, Taine, Lombroso y Max Nordau, ha establecido el concepto científico en la Historia: González, que sabe y mucho de todo esto, es grandílocuo cuando escribe *Al margen de la Epopeya,* y en ocasiones tiene arranques análogos a los de Larrazábal

(1) *El primer fracaso de Miranda*, en *El Cojo Ilustrado,* núm. 346, p. 324.

(2) *Primer libro de Literatura venezolana.* 1895, p. 9 de la Antolog. general.

(3) Luego fueron editados en el volumen sobre *Personajes,* Caracas, 1911.

y de Juan Vicente. El moderno González se inclina a narrar como Rojas, aunque su literatura depurada sea muy otra; sin embargo, su personalidad pudiera remedar en cierto modo la personalidad de don Arístides. A él le debe mucho.

Cuanto a Villanueva, este diplomático guatemalteco, o nicaraguense, no es un historiador ni mucho menos un filósofo. Su mejor oficio, el que cumple hasta con brillo, es el pacientísimo oficio de solicitar documentos que, a la verdad, él no ha sabido interpretar jamás: ya lo ha declarado Vallenilla Lanz cuando lo califica de «detractor contumaz, hombre excelente, de austeras costumbres, amante de la Patria y del hogar, y que mira la vida con los ojos del personaje de *Cándido*».

Este retrato es de mano maestra: Villanueva no es sino un paciente visitante de archivos, que tiene memoria para retener fechas y nombres, pero que no abunda en erudición para comprender eficazmente aquello que descubre en los papeles del Ministerio de Negocios Extranjeros, en París. De allí que sus conclusiones en materia de Historia, no aventajen a Perogrullo y Gedeón. Quienquiera que desee comprobar esto y la justicia de nuestro juicio, que lea en sus libros aquello que no fue tomado de los archivos franceses e ingleses: todo es trivial, pueril e inocente.

Lo contrario la vasta ilustración de Laureano Vallenilla Lanz y Angel César Rivas: estos venezolanos hanse ocupado, en estos últimos tiempos, de instaurar un método de filosofía de la Historia que sin ser el método exagerado de Taine, corresponde a los es-

fuerzos de la Ciencia: Vallenilla Lanz, en más de una ocasión, ha divulgado que sin el auxilio de aquélla, la Historia es edificio mediocre y con bases deleznables. Aun más: lleva como escudo de su obra sobre *Cesarismo democrático,* el pensamiento renaniano que ciertamente es magistral y liberalísimo: «No hay en el mundo razones bastante decisivas para impedir el que un hombre de ciencia divulgue lo que en su sentir es la verdad».

Haciendo suya esta expresión Vallenilla Lanz hace su «profesión de fe»; se arma de la Ciencia cuando aspira a mirar claro en el pasado. De ahí que sus estudios sean obra de verdadera reconstrucción.

I es que si no se sabe lo que científicamente significan los vocablos raza, evolución, medio y herencia, no sera posible reconstruír: sólo se logra, ante la ignorancia de las ciencias biológicas, lanzar a los tiempos el ala radiante de las palabras sonoras. La razón de todo esto la tomamos del propio historiador: «Sin erudición no hay historiador», dice; y en otra parte agrega: «Nuestra generación, educada bajo la influencia de los pensadores modernos, se halla habituada ya al conjunto de las concepciones que constituyen nuestro credo científico, y sobre todo a su idea fundamental, la idea de evolución»... Lástima grande es el que hombre de tan amplias miras filosóficas, hable de «credos científicos», ahora, cuando tales credos, ante el afán experimental y de renovación, tienen la existencia efímera de las conquistas y de las hipótesis, especies de puentes para avanzer destruyendo. Haeckel fracasó, no en los

conceptos precisamente, sino en la manera dogmática de admitir el *Monismo:* como una profesión de fé...

Sin embargo, repito y sostengo que Vallenilla Lanz es, entre nosotros, el espíritu mejor preparado para desentrañar la verdad histórica. Es suya esta exclamación famosa: «Bendita época la nuestra en que la ciencia ha echado por tierra los idolos y reducido a los «grandes hombres» a sus verdaderas proporciones humanas». (1)

Angel César Rivas, de estilo muy pesado, posee una erudición como pocos escritores venezolanos. Escaso de inteligencia imaginativa, nada audaz en sus exposiciones, esclavo de las ideas agenas, el antiguo profesor de la Universidad de Caracas somete a pruebas dolorosas su memoria que es un emporio. A esta, y a la solicitud con que se entrega al estudio, debe el vasto caudal de conocimientos. Aquella memoria cuantitiva, es la mejor de las razones con la cual podríamos explicarnos la pesadez que imprime a sus producciones un estilo pasado por el tamiz de mil lecturas diversas. Su modo de considerar la Historia es muy preciso cuando el doctor Rivas escribe: «La historia no debe condenar ni absolver; describe los movimientos del hombre en sociedad, sus caídas y sus éxitos, el desenvolvimiento de cuanto le es menester o han creado sus fuerzas; y todo ello para inducir la ley que preside la formación y desarrollo del ente colectivo (2).

(1) *Influencia de los viejos conceptos*, en *El Cojo Ilustrado*, nùm. 471.

(2) *El nuevo criterio histórico*, en *El Cojo Ilustrado*, núm. 337, enero 1º de 1906.

Esta categórica definición está en regla; mas, demuestra su autor que él es incapaz de criticar; se siente cohibido por autoridades extrañas y cuando induce lo hace con el pensamiento de Taine, Spencer y otros eruditos.

En la Academia Nacional de la Historia declarose, de manera irrefutable, «un amante de los métodos que en las ciencias de la naturaleza han conseguido descubrir las leyes relativas al nacimiento y desarollo de las especies»; y concluye: «Hállome por lo tanto en comunidad de miras con los que conceptúan que la historia humana presenta numerosas y elocuentes analogías con la historia natural; y fiel al postulado de Spinoza, revivido por el gran maestro Taine, pienso que el hombre no se halla en la tierra como un imperio dentro de un imperio, sino como una parte dentro de un todo». (1)

No se puede pedir más claridad para reconocerle la influencia: la de Taine fue tan fascinante, que hasta el mismo título del estudio que citamos, lo mejor de Rivas, está indicando aquella influencia poderosa: *Orígenes* se llama.

Para integrar el vasto horizonte que, necesariamente, abarca la filosofía de la Historia, ésta gusta de conocer las anécdotas que trae en sus mil páginas la Tradición. Es delicado el empleo que de aquellas se haga en las distintas etapas de la interpretación, mas, su conocimiento constituye un capítulo de gran trascendencia cuando se intenta conocer el alma de per-

(1) *Orígenes de la Independencia de Venezuela,* Caracas, 1909, p. 9.

sonajes ilustres, o de notoriedad resaltante... Claro es: la historia anecdótica se rige muy a menudo por las leyes naturales; sobre todo, las ciencias médicas suelen ser muy felices cuando logran interpretar accidentes relacionados con la psicología íntima de los personajes. Las anécdotas que alguna vez conoció la Historia, proyectan más luz que la simple narración de las proezas o de la actividad política de los héroes: Suetonio es el mejor historiador de Cayo Julio; las Cases es, en cierto modo, suprimiéndole el sentimentalismo, quien más preciosos datos ha dado a la bibliografía napoleónica; Perú de Lacroix nos enseña mucho más acerca de la talla psíquica de Bolívar que todos sus otros historiadores. El general francés, contra el parecer «político» de muchos escritores colombianos, es uno de los más perspicaces escultores de la figura humana del Héroe. Verdad es que Perú de Lacroix inspirose en la obra histórica de Suetonio Tranquilo y en las *Memorias* de las Cases; mas, esto no impide que su esfuerzo fuera el de mayor firmeza, pues así nos enseña que supo mensurar, conscientemente, al Libertador; empléo para tarea semejante el procedimiento que pusieron en prática ante la talla de César y ante la personalid de Bonaparte, el biógrafo Suetonio y el memorialista de las Cases: Perú de Lacroix sabía que Bolívar era de la misma estirpe heroica.

Tampoco ignoraba el autor del *Diario de Bucaramanga,* que la «petite histoire» tan hábilmente manejada por los historiadores franceses, será siempre abundante en detalles de precisión histórica desde el punto de vista de la psicología.

A veces aquella historieta que parecía baladí, alcanza trascendencia incalculable. Así, como lo recuerda Cabanés (1), sin la bella Gabriela, Henrique IV, no habría sido Henrique IV. Lo mismo pudiéramos decir de Bolívar en la noche fatídica de setiembre: sin Manuela Sanz, el Libertador trastorna en un conflicto de puñales asesinos el final de su vida heroica; aunque a la verdad, cree el autor de estas notas, si Bolívar hubiera perecido en aquella serie de contumelias acaecidas en el palacio de San Carlos, el ciclo de su existencia no tendría aquel período de dolorosa peregrinación que huele a romanticismos de enfermo, de vencido. Es análogo el suyo al caso de Bonaparte divagando en Santa Helena.

La fortuna que había sonreído siempre al Padre de la Patria, fue adversa al Libertador después de sus triunfos en el Sur: después de la noche setembrina, Bolívar era una sombra, el espectro a quien ya fatigan la grandeza y las ambiciones: era un egregio enfermo que solicitaba el asilo solemne de Santa Marta...

*

* *

De las ideas que prudente y sinceramente hemos querido criticar o aplaudir en las páginas que anteceden, abunda mucho en las que siguen; por lo menos, en los *Juicios históricos* se trata de inquirir la

(1) *Indiscretions*, Paris, t. I, p. IX

fuente en donde se inspiraron algunos autores de métodos históricos. Comprendemos que salta a la vista del más lerdo la intención que nos guía: educados en los libros y entre los profesores de la Ciencia, siempre hemos creído que es a ésta a quien debemos ocurrir. Familiarizados con sus verdades, hemos seguido las huellas de sus conquistadores, y en el deseo de aplicar los principios científicos a la Historia, no hemos pensado en nuestra pequeñez para agregar ligeras advertencias a la obra de Taine, Renán, Littré, Max Nordau, y muchos otros.

No hacemos profesiones de fe ni admitimos la necesidad de los credos científicos. Aplicamos la Ciencia y no olvidamos que suelen ser erróneas algunas de sus máximas. I sin proclamar nuestra sinceridad, o la que pusimos al servicio de nuestros *Juicios,* nos place advertir que nadie podría oponerse a que nuestro pensamiento sea lo que admitimos como verdad, la cual puede ser modificada, mas no en el sentido de la vanidad personal sino por obra y gracia de nuevos estudios, de nuevas ideas o de mas lógicas adquisiciones científicas.

Merida, julio de 1920.

CARLOS DARWIN

I — Quien haya leído la introducción a esta obra, ciertamente que encontrará extraño el que el primero de estos «juicios» se refiera a Carlos Darwin: para la generalidad de los lectores, éste no habría sido un historiador sino un blasfemo, según más de un cristiano, un naturalista en el sentir de todas las escuelas de la Ciencia, y un explorador muy sagaz para más de una sociedad geográfica.

Sin embargo, Darwin fué no propiamente un áteo o blasfemo, pues en alguna parte de sus libros afirma que bajo el soplo del Creador se animaron la vida y sus potencias. Si de sus obras se deducen consecuencias de borrascas para la fe, ninguna culpa tuvo aquel que fué tolerante, que trabajó con paciencia y legó a los anales de las ciencias naturales un caudal de hechos que son extraños a la abstracción. Fué un hombre sincero y fué enemigo de generalizar con premura: de allí le viene la gloria y el respeto que los sabios profesan a sus doctrinas. La cuestión ateísmo no se toma en cuenta cuando se habla de ese formidable cerebro de reconstructor.

Ese es el título que en justicia corresponde a Darwin: él fué un gran explorador de la naturaleza, pero tambien fué un eminente reconstructor de los archivos prehistóricos de la humanidad; él descorrió el velo de miles de siglos, y nos hizo ver cómo era el hombre remoto, cómo debió ser la ruda psicología del hombre antiguo, aquel que no tenía sino muy lejanos horizontes cerebrales, y que en la penumbra de la conciencia aún no era el rey de la creación, el dominador de la naturaleza y el más egoísta de los animales.

En este sentido, como reconstructor, Darwin no es semejante en sus estudios a Jorge Cuvier cuando éste reconstruye tipos de la fauna primitiva: Darwin despejó los horizontes del pasado con luminares muchos más intensos, y no necesitó ocurrir a catástrofes periódicas en todos los casos, como aconteció a Cuvier en la explicación que diera de los tipos desaparecidos: las razones de Darwin se desprenden de la íntima organización animal, de las leyes de herencia, sobre todo.

Verdad es que el inglés tuvo antecesores que con cierta vaguedad en la exposición lograron mirar, opacamente, en el problema de los orígenes: Lamarck, Goëthe, Oken, Treviranus dejaran acaso huellas muy débiles en el camino emprendido por Darwin; mas, era tal el olvido en que el error antropocéntrico tenía sometido a todos los sabios, que la aparición del *Origen de las especies*, en 1859, sorprendió a todas las Universidades aletargadas de Europa, como escribe Delage. Fué un rayo que despertó a los perezosos, aquellos que digerían la esco-

lástica y manejaban a maravilla las conquistas verbales: la influencia de las ideas de Darwin es definitiva desde el momento en que los filósofos de toda suerte, se dan cuenta «exacta» de la trascendencia que tendría para la concepción del mundo viviente el nuevo criterio acerca de la evolución de las especies orgánicas. Si alguna doctrina se estableció sólidamente, tomó puésto de preferencia en el museo de las ideas originales, fue la teoría de la selección natural establecida por el naturalista en 1871, algunos años después de haber publicado el *Origen de las especies.*

No sabemos si para la primera de sus obras, Lamarck ejerció alguna influencia con su *Filosofía zoológica* aparecida en 1809. La opinión general es de que Lamarck expuso por primera vez las bases del transformismo como filosofía; en tanto que la obra posterior de Darwin, es el resultado de una minuciosa y escrupulosa observación. Y se explica el que no haya habido tales influencias lamarckinas en el pensamiento darwiniano: como dice Delage, «Lamark iba rápidamente a las grandes generalizaciones, en tanto que Darwin, temiendo mucho las conclusiones atrevidas, se rodeó minuciosamente de hechos que nunca creyó fuesen bastante numerosos; la observación fué quien lo condujo a la concepción de su teoría».

En cambio, lo que sí parece haber tenido alguna influencia en Darwin es la obra de Malthus sobre población: suponía éste que aumentando los seres en proporción geométrica, y siendo este aumento en proporción aritmética para los alimentos, claro es que muchos individuos desaparecerán. De aqui, como

se ve, no había sino un paso para referirse a la adaptación, a la lucha por la existencia según las condiciones de medio, sobre todo de clima. Apareció la hipótesis de la selección y los pensadores vieron entonces, como en una larga película de siglos, el esfuerzo inmenso que han realizado las especies actuales para lograr garantizarse la existencia; admiraron entonces las etapas de dolor por las que ha tenido que pasar la humanidad para elevarse a los vértices luminosos del pensamiento: vieron al hombre indeciso, «animal», abrumado por las herencias zoológicas y sin ninguna adquisición de esas que lo iban a engrandecer; lo vieron labrando en el egoísmo, la única virtud (iba a decir vicio) que lo acompañaba desde los albores de la animalidad, los repliegues de la personalidad que se agitaba confusamente en las fiebres de la selección sexual... Con razón que haya dicho el profesor Haeckel: «Con su teoría de la descendencia, Darwin muestra cómo la áspera lucha por la vida es el regulador inconscientemente eficaz que gobierna la acción recíproca de la herencia y de la adaptación en la gradual transformación de las especies».

Cómo llegó Darwin a ejercer una autoridad que nunca tuvo otro naturalista? cuál es la razón para que le corresponda el título de historiador, de reconstructor en las grandes etapes seculares del género humano?

II — A los veinticinco años de edad embarcóse en el «Beagle», recorrió en él todas las regiones meridionales de la América austral; vió la naturaleza del

trópico y habló con la naturaleza de todos los climas. Este viaje duró cinco años, y una de sus conquistas famosas de este exploración fué el concepto preciso acerca de la variabilidad de los organismos y la trasmisión hereditaria de las modificaciones nuevas.

Cuando después de cinco años de viaje volvió a Inglaterra, ya el explorador inglés había reunido todos los materiales con que iba a segar inmensas lagunas en las ciencias históricas. Recordemos de pasada, que Cabanés advierte muy en razón y citando a Taine, que «el principio de Darwin sobre la selección natural es igualmente aplicable al medio moral como al medio físico; y se podría enumerar, agrega, otras muchas analogías entre la historia natural y la historia humana».

Darwin lo estudia todo; observa los animales superiores y desentraña de la vida vegetativa de los hombres salvajes los rudimentos de la psicología humana inferior; pero aún más: ahondó mucho en el problema de la embriología en cuyas etapas está en síntesis la historia zoológica del hombre: cuando a propósito de los estudios de Baer y de Huxley declara que es inútil negar la gran semejanza que ofrece el embrión humano con el de otros mamíferos; cuando recuerda la parentela fisiológica de ese embrión y los de ciertos vertebrados con respiración aérea; cuando advierte la semejanza profunda entre la evolución embrionaria del hombre y la de numerosos animales inferiores: es indudable que fué él, Darwin, quien vislumbró con mayor precisión la famosa ley biogenética fundamental que Haeckel, inspirado más tarde en el principio de Fritz Muller, ha enunciado

diciendo que la ontogenia es una recapitulación abreviada y acelerada de la filogenia.

Veamos ahora, después de reconocer en Darwin al creador de un arma tan poderosa como aquella ley fundamental de biología, cómo es que esta pueda ser tambien un documento de luz en la interpretación de los fenómenos históricos.

Claro es, si consideramos la Historia como una cadena de narraciones, como un núcleo de verdades que no tendrán jamás, en el sentir de Guiraud la certeza de una ley física, los principios biológicos serían ineficaces en su aplicación; mas, si recordamos con Fustel de Coulanges que la Historia es el gran museo, el gran laboratorio de la sociología; si recordamos la declaración de Littré, en *La Ciencia desde el punto de vista filosófico:* «los estudios biológicos son la introducción indispensable en los estudios sociológicos e históricos»; si acatamos en fin que segun el profesor Grasset hay una sociología biológica basada en la biología humana: entonces tendremos abundancia de razones para mirar en Darwin a uno de los historiadores de la humanidad ancestral, o impersonal, que corresponde mejor al ideal de la Historia; pues él ha intentado definir y detallar la protohistoria del hombre que estuvo sometido, desde los primeros ensayos de la posición bípeda, a la fatal obediencia de las leyes hereditarias en perenne conflicto con la evolución progresiva. (1)

(1) Pudiérase creer que «evolución progresiva» fuera un disparate; — sin embargo, asi queda escrito para indicar que en los primeros tiempos de la humanidad no hubo, no pudo haber regresión.

La esclavitud a estos móviles fatales lo impulsó a la lucha sexual, al combate vegetativo que naturalmente prepararon en el hombre de psicología mediocre la edad menos ingrata de la selección. Pero todo esto es relativamente reciente, y hasta permanente, en el hombre. Sus instintos, sus miserias y los rudimentos de la psicología animal, viénenle de capas zoológicas que se pierden en la niebla de las edades terrestres, de aquellas épocas en que la tierra estuvo bajo el dominio de una legión de Primates, entre los cuales caminaban lentamente, contemplaban los horizontes lejanos del mar y de la planicie ardida, los Pitecos graves y alelados por el dolor cerebral de la conciencia que se bosquejaba.

Visto de esta suerte el problema, la historia natural vendría a ser la introducción a la historia antropológica; o esta un capítulo de aquella con ciertas especializaciones que obedecen a los progresos del Catarrino que un día, en un tiempo secular, de hipótesis, irguióse para «contemplar», o comprender las soledades humanas del viejo Continente.

III — Haeckel, el más apasionado defensor de la obra darwiniana, modificó ligeramente las ideas del inglés, y dando forma al principio de Fritz Muller, define la eterna evolución de los seres diciendo que la ontogenia es una síntesis abreviada y acelerada de la filogenia, regulada por las funciones fisiológicas de la herencia por la reproducción, y de la adaptación por la nutrición.

He aqui el fin supremo a que se han dirigido todos los esfuerzos de la animalidad enriquecida con

la luz de la conciencia: todo el trabajo de la evolución se ha reducido al formidable combate de las necesidades inaplazables: la necesidad sexual, de reproducción que garantizaría la existencia de la especie como resultado del ayuntamiento que desde los tiempos prehistóricos es un sólo clamor de zozobra en el mundo; y la necesidad de nutrición que desde los albores de la vida multicelular es la pesadilla de todos los seres...

Hambre y hembra!... Allí está la razón de todos los hechos históricos, desde la cuna ontogénica hasta la tumba filogénica: el ideal de que suelen disfrazarse los apóstoles, como si fuera una forma del mimetismo espiritual que ocultara las miserias que delata y los deseos hambrientos del perenne ardor sexual. Sin embargo, ese mimetismo, esa forma de la defensa que comprueba a cada rato la Historia, es una adquisición, si se quiere un progreso que han refinado aún más la política y las «mentiras convencionales».

A pesar de que el disfraz suele ser obra perfecta, el instinto es inaplazable, y la Historia se realiza al amparo de la comedia humana que desde el tablado imperioso suele presentar el doble rostro de Jano: de un lado el egoísmo, la vida en fin; del otro el egoísmo tambien, mas con un velo sobre las pupilas que no quieren delatarse.

La Historia, según esto, vendría a ser otra de las tantas mentiras convencionales. Quien sabe!... Voltaire decía: reducid la Historia a la verdad y la perdereis!

Lo que es indudable es que élla obedece en su evolución a las leyes naturales, y como tal es un

capítulo de la ciencia que estudie los orígenes de la animalidad; habría en este caso dos modos de considerar los hechos históricos: desde el punto de vista ancestral, remotísimo, y entonces es a Darwin a quien debemos el mayor número de datos para la reconstrucción de las décadas, o «séculas» de la protohistoria; y desde el punto de vista reciente, y entonces es a la biología, a la sociología, a la medicina a quienes pediremos el concurso para segar las lagunas o contigüidades de la narración. Sobre todo, las ciencias biológicas han prestado una ayuda que es inapreciable.

IV — Para que la ley biogenética de Haeckel tenga uña aplicación conveniente, se debe aceptar, desde luego, la unidad de las leyes naturales, y recordar, cuando se intente esa aplicación, que el embrión humano, como el de todos los vertebrados, pasa por el estado de «chordula» que tambien se desarrolla a expensas de las hojillas de la «gastrula». Tampoco se debe olvidar que aquel embrión proviene de un óvulo fecundado, de un protozoario en fin, pues el óvulo es propiamente monocelular en los primeros tiempos de su evolución. Veamos como expone Darwin el proceso: «el hombre se desarrolla de un óvulo aproximadamente de dos centímetros de díametro, que no difiere del que da origen a los demás animales. El embrión humano, en su período precoz, puede a duras penas distinguirse de un embrión cualquiera del reino de los vertebrados. En este período, las arterias terminan en las ramas arqueadas, como para llevar la sangre a branquias que no exis-

ten en los vertebrados superiores, por más que las hendiduras laterales del cuello persistan señalando su posición anterior. Algo más tarde, cuando se han desarrollado las extremidades, las patas de los lagartos y mamíferos, las alas y patas de las aves, como las manos y los pies del hombre, todas derivan de una misma forma fundamental. — En las últimas fases del desarrollo es cuando el nuevo ser humano presenta diferencias marcadas con el joven mono, mientras este último se aleja por su elevación del perro tanto como lo hace el hombre».

Este desarrollo que delataría la herencia animal en el hombre, sería la historia morfológica de su remota existencia en el pasado. Cuanto a su cuna más reciente, aquella de la cual levantóse erguido ya y sometido a la ruda prueba de los rudimentos psíquicos, ella corresponde al tronco catarrino del viejo Mundo, aunque «lejos estamos de conocer la época precisa en que el hombre ha empezado a separarse del tronco catarrino; sin embargo, esta época puede remontarse a un tiempo tan lejano como el eoceno, pues los monos superiores habian ya divergido de los inferiores desde el período del mioceno superior, como lo prueba la existencia del driopiteco».

Sólo nos resta, para darnos cabal idea de la grandiosa evolución en el más diligente de los catarrinos, seguir, como lo intenta Darwin, las huellas de la genealogía: «los primeros antecesores del reino vertebrado de que encontramos indecisas huellas, han consistido probablemente en un grupo de animales marinos, parecidos a las larvas de ascidias existentes. Es fácil que estos animales hayan producido un grupo

de peces tan inferiores como el Amfioxus, y de los cuales han debido desarrollarse los ganoides y el Lepidosireneo, peces que son ciertamente poco inferiores a los anfibios. Hemos visto que las aves y los reptiles estaban antiguamente enlazados, y que hoy los monotremas unen, aunque débilmente, los mamíferos a los reptiles. Nadie sabría decir en la actualidad porqué línea de descendencia las tres clases más próximas, mamíferos, aves y reptiles, derivan de una de las dos clases inferiores: anfibios y peces. Podemos admitir en los mamíferos los grados por los que han pasado los monotremas antiguos para llegar a los antiguos marsupiales, y estos a los primeros antecesores de los mamíferos con placenta. Llégase de este modo a los lemúridos, separados solamente por un débil intervalo de los simioideos; de estos se habrán separado en dos grandes troncos los monos del Nuevo y los del Antiguo mundo, y de los últimos, en una época remota, ha procedido el hombre, la maravilla y gloria del Universo».

Y así habría entrado de lleno el hombre en el terreno de la Historia; con él se inicia y el va a edificar sus grandes décadas: desde ese instante en que independizose un grupo desconocido de pitecos antiguo-continentales, el hombre preliminar, fuera este el «Homunculus» de Ameghino, el «Homo neanderthalensis» de Boule, el «Alalus» de Hacekel, el «Pithecanthropus» de Dubois o el «Anaptomorphus» de Cope, va en marcha, en perenne marcha hacia un porvenir desconocido; lleva en las manos dos fanales de una incandescencia poderosa: la luz de la inteligencia y la audacia del egoísmo los hacen resplande-

cer; son estas luces el producto de una incubación secular y dolorosa que efectuó la evolución y protegió la selección en la corteza cerebral de los antropopitecos.

Hubo un conflicto de luces que no era un aspecto de la interferencia física, sino una forma de la adaptación evolutiva en oposición a la estabilidad de la herencia: el choque, cierto es que iluminó más la ruta incierta del bípedo que iba a sentarse en el trono de la naturaleza. Sin embargo, aquella ofuscación de resplandores, obedecía al esfuerzo supremo de la inteligencia embrionaria que más de una vez quedó vencida por la otra luz que aún continúa dirigiendo los pasos del hombre. Y se explica esto: la inteligencia es un factor de adquisición reciente, en tanto que el egoísmo se ampara de élla y se fortalece en la herencia formidable de los instintos que le vienen de la animalidad, para escribir con ellos las páginas dolorosas, de sangre y de vicios que continúan dirigiendo los destinos del mundo esclavo todavía no de la selección sino de los patrimonios ancestrales.

La explicación científica de esos patrimonios es lo esencial en la obra de Carlos Darwin como historiador, pues nadie antes que él expuso con tanta concisión el problema de la descendencia en sus relaciones con la escala inferior de la zoología.

LUIS FRANCISCO LELUT

I — El hospicio la Salpetriêre, de París, es en la historia de la Medicina francesa, el instituto en donde nació la Escuela psiquiátrica moderna; fué allí donde en 1882, fundóse por primera vez la clínica de enfermedades nerviosas; en sus salones de cátedras labró su gloria original y excepcional el perspicaz observador Juan Martín Charcot.

Bajo los árboles ateridos que hoy pueblan sus jardines, van y vienen aquellas gentes que sufren el latigazo de sus nervios, o en quienes los hilillos nerviosos son urdimbres mustias que ya no se defienden de la escara y que más arriba, en las neuronas, han permitido que habite la imbecilidad, la amnesia o la convulsión que provoca violencias de «matoide».

Si la Sorbona, la Casa de Mazarino y el Colegio de Francia son cofres de orgullo para los anales históricos, científicos y literarios, la Salpetriêre, en un barrio propiamente de obreros, de mozos vigorosos y de muchachas gordiflonas que en el centro de París se ruborizan; en un «faubourg» más bien silencioso,

ahumado por los talleres vecinos y alejado del bullicio mundial de los grandes bulevares: representa la actividad de Francia en materia de Patología nerviosa. Sus amplios y claustrales salones han visto crecer con Charcot, a Bouchard y Bayle, a Fournier, Pitres y Dejerine, a Marie y François-Franck, a Babinski, en fin... Han desfilado por aquellos parques llenos de alaridos, de risas desconcertadas y de espasmos asquerosos o contorsiones tremendas, Duchenne, Topinard, Fereol, Pierret, Joffroy, Cabanis y Richer... En ese «gran *emporium* de la miseria humana», como la califica Charcot en una de sus admirables lecciones del martes, cultivó su espíritu filosófico un médico del Alto-Saona: Luis Francisco Lelut.

II — Antes de que Charcot estableciera la Clínica de enfermedades nerviosas en la Salpetrière, hacía mucho tiempo que otro médico vigilaba el juicio de ciertos enfermos y preparaba de esta suerte su obras sobre la *Investigación de las analogías entre la locura y la razón.* Esta monografía es de 1834, cuando aun era niño Charcot: fué en 1873, cuatro años después de la muerte de Lelut, cuando Charcot dió a pública luz sus *Lecciones sobre las enfermedades del sistema nervioso.*

En las páginas que siguen, vamos a demostrar que si hubo gran originalidad en Lelut, se sorprende en cambio, en más de un estudio de Charcot la imitación más o menos fiel... Si alguna influencia se descubre en la obra de Lelut, élla no puede venirle sino de las tendencias que informaron al misericordioso doctor Pinel.

Aquel libro sobre analogías de la locura con la razón, preparaba quizá el camino al estudio incomparable acerca de la personalidad de Sócrates, que apareció dos años más tarde, en 1836. Este solo detalle cronológico nos pone en la pista de una influencia que dominó a Charcot: *Los demoniacos en el arte*, de éste, fué editado en 1887; esto es: cincuenta y un años después de publicado *El Demonio de Sócrates*.

He dicho que antes de lanzarse a esta aventura de orden histórico, filosófico, Lelut ensanchaba el sendero de sus conclusiones con el estudio de sus analogías, de 1834. Así suele suceder en la génesis de otras obras de arte: hay la preparación mental de los modelos para luego condensar en una todas las obras bosquejadas: si fijáis detenidamente vuestra admiración sobre los rasgos de la *Cabeza del Redentor,* en el *Baco* y en la *Santa Ana,* de Leonardo, sorprenderéis al punto que de aquellas obras surge la visión de la *Gioconda:* en la *Cabeza del Redentor,* la severidad dolorosa del motivo desvía ligeramente la ilusión que pensamos debió de llevar en sus centros visuales el Vinci, desde el instante en que conoció a la mujer de Micer Francisco del Giocondo; mas, en la sonrisa del *Baco* y en la suave fisonomía de la *Santa Ana,* hay toda la obra maravillosa de Monna Lissa.

Así fué la creación del *Demonio de Sócrates.*

Aunque ya Aristóteles había dicho que no hay hombre grande sin una traza de locura, Lelut necesitaba demostrar, y lo demostró íntegramente en las *Analogías,* que muchos enajenados realizan actos que son de gente cuerda, y que mucha gente razonable

suele cometer errores propios de la gente loca. Después de muchos tanteos, y después de observar la sinrazón en los jardines de la Salpetrière y de Bicêtre, llegó a la conclusión de que hay una línea indecisa que separa al juicio de la locura; que es ley de fisiopatología el que no estén bien delimitadas las fronteras de la enfermedad... Aquel libro es la defensa del otro.

III — Lelut consigna en aquella obra de 1834, las *Analogías*, todo el método riguroso con que va a proyectar, dos años más tarde, los detalles psicomorbosos de la personalidad socrática. Así, empieza por declarar una verdad que siendo conocida de mucha gente, suele pasar inadvertida ante la inteligencia de muchos sabios: «La locura, dice, no es cosa aparte; todos los locos no están bajo la tutela de los asilos; de la razón completa o filosófica, al delirio verdaderamente maniaco, hay grados diversos...» Luego expone, con una firmeza que convence, las analogías entre el maniaco furioso y una persona sana que por esta o la otra causa hay sido atacada por un acceso de cólera: en el primer caso, según Lelut, habría la furia exuberante, mezcla inextricable de todos los sentimientos y de todas las pasiones; en el segundo se observa esto, sobre todo cuando se trata de gente que tiene poco dominio de sí. Entre el delirio panofóbico y los efectos del miedo que produce vértigo, obscuridad visual, convulsión muscular, «exoneraciones», debilidad que puede hasta iniciar el síncope, hay una semejanza que haría muy difícil la distinción si no se tratara de gente normal en unos casos y de enajenados en los

otros... «En síntesis, escribe Lelut, de la analogía entre el delirio de la razón, o más bien de las pasiones, y el delirio de la locura, resulta que en uno como en el otro, el desorden comienza, esencialmente, por el lado moral, o afectivo de la inteligencia; es decir: que es, necesariamente, sobre afecciones y pasiones en las cuales ejercen influencia las causas...»

Y cuando intenta establecer las bases de un método inspirado en el orden experimental, advierte que «a riesgo de que se nos suponga locos alucinados, no es posible pretender comunicaciones con la divinidad o con otros agentes sobrenaturales, sean los que fueren». En las líneas que siguen, Lelut establece el principio que luego servirá a Moreau, a Lombroso, Grasset y a Nordau para definir la nosología de los genios.

IV — La lógica inspira las palabras del sabio: «Si la divinidad no ha estado en relación con la creatura sino por los resultados de leyes que élla ha establecido; si de otro lado Pitágoras, Numa, Mahoma y otros no fueron trapaceros, sí creyeron en la realidad de sus visiones, de sus revelaciones, lo cual me parece fuera de dudas, eran simplemente hombres de genio y de entusiasmo que sufrieron alucinaciones parciales, aisladas, en una forma religosa, reformatriz; es decir: en una forma que favorecía el espíritu del tiempo; y este mismo espíritu que no habría podido comprender una tal especie de locura, forzó, necesariamente, al alucinado y sus testigos a creer en la realidad de sus falsas percepciones... El fraude no tuvo jamás, ni tendrá nunca tal potencia; y para

obrar sobre las masas, para hacer chocar a los pueblos, para cambiar sus creencias, para ahondar sobre la superficie de la tierra un surco en el cual los siglos no borren la impresión, es necesario pensar, equivocarse, *delirar* como las masas; es necesario afirmar, *creer* como ellas y más que ellas, ser su enviado, su profeta, para que las masas crean que él es elegido de Dios por lo cual ellas mismas ofrécenle la potencia... [1]. Como se observa, esto podría servir tanto para el caso de Ignacio de Loyola y Juana de Arco, como para explicar el fracaso de Miranda o el triunfo espléndido de Simón Bolívar.

Que se habla de delirio en esta evolución de los grandes personajes que se confundieron, se identificaron y se asimilaron su época... — Ocurramos al mismísimo Lelut para contestar esta impertinencia que obedece a falta de comprensión en los miopes: «Sería dificil, actualmente, saber qué caracteres precisos ofreció en su principio la locura de los hombres eminentes en quienes se ha solicitado apreciar el valor psicológico. La Historia, que nunca ha visto lo que éllos fueron, no podía trasmitirnos nada a este respecto; mas, es probable que su manía haya sido desde el principio el carácter sensorial que esa locura conserva siempre. Estos hombres estaban dotados de una sensibilidad, de una imaginación de tal modo ardiente, que los lanzaba hacia un fin solicitado por las ne-

(1) Gustavo Le Bon ha establecido en uno de sus *Aforismos*, una verdad que parece inspirada en estas ideas : «Los caudillos de las revoluciones se creen siempre guiados por la razón. Ellos obedecen en realidad a fuerzas afectivas, místicas y colectivas que no sospechan.» Ob. cit., Paris, 1914, pág. 167.

cesidades y creencias de la época, creencias y necesidades que compartían más que persona alguna y de las cuales eran viva expresión. Estas impulsiones eran de tal suerte fuertes, que las ideas a las cuales favorecían no tardaban en convertirse en imágenes sensibles... Conducíanse en virtud de estas imágenes como nosotros en presencia de las pasiones, en virtud de impresiones tan vivas que nos quitan, momentáneamente, todo medio de comparación y de elección... Eran alucinados sin ser locos. Sus visiones eran visiones de la razón.»

No es cierto que sin necesidad de ocurrir a prejuicios, estas advertencias son naturales y legítimas? — De fijo que más avanzado que el doctor José Grasset, Lelut, en las *Analogías,* ha sido mucho más feliz que el autor de los *Semilocos y semiresponsables*. No le fué necessario ocurrir a la noción definida de la locura, sino que inspirado en la verdad de que la Fisiología asciende en sus funciones hasta los primeros delineamientos de la Patología, válese de aquélla para penetrar en los dominios de ésta.

Así, no extrañará esta afirmación categórica: «Los estados psicológicos normales con los cuales la demencia presenta relaciones de semejanza, son las pasiones del miedo, de la desesperación y del hastío»...

Sólo cumplía a quien así concibió la génesis de algunas revelaciones históricas del espíritu humano, aplicar el método a la vida de algunos personajes bien conocidos de la Historia narrativa.

V — Lelut, aunque de actividad menos conocida, era un contemporáneo y un sabio tan ilustre como Littré. Este, ya lo hemos dicho, desentrañó de la Leyenda la figura histórica de Hipócrates, y aplicando el riguroso método de la Ciencia, pudo explicarse más de una extravagancia milagrosa de los días medioevales. Lelut, concretando ese mismo método de la Ciencia a personajes hasta desconocidos en su psicología, pudo presentar a la consideración de los tiempos el caso clínico del filosófo griego Sócrates. Es de Lelut, únicamente suyo, el método por el cual se pretende, mediante ciertos detalles ofrecidos por la Historia, aplicar a ilustres muertos el mismo procedimiento clínico que se aplica ante la historia sintomática de un enfermo. El pudo apreciar, en toda su magnitud, la frase de Mauricio de Fleury, en su *Introducción a la Medicina del Espíritu:* «El más sapiente critico de la Historia, no sabrá comprender los profetas, las pitonisas, los endemoniados, las brujas, todos los milagros, todo lo sobrenatural, si no ha pasado por la Salpetriêre». Lo deplorable es que mucha gente cultísima, que pasó por la Salpetriêre y estudió con sus maestros, pretende todavia que se confundan en otros conceptos algunos «milagros» del patriotismo que no obedecieron sino a intensos desperezamientos del sistema nervioso.

Si Charcot, en *Los endemoniados en el Arte,* logra «demostrar que los cuadros, estampas, imágenes votivas consagradas a perpetuar el recuerdo de una intervención sobrenatural, no nos muestran sino convulsionarios víctimas de sus crisis nerviosas, Luis Francisco Lelut ha podido, merced a la más amplia

comprensión científica de la historia antigua, interpretar las excentricidades de Sócrates tan cabalmente y con mayor lucimiento que Littré ante los extáticos del siglo XVII; con más vasta erudición que Charcot ante las figurillas que en el santuario de las Santas Marías indicaban, sin duda, imágenes de enfermos sometidos a la contractura histérica!... En los trabajos de Lelut está contenido y acabado el método inapreciable que sirvió a Fére, Lombroso, Brachet, Max Nordau, Binet Sanglé y al incansable Cabanes, en sus obras de reconstrucción e interpretación (1).

VI — Sócrates, «el introductor de la moral, de la lógica y del sentido común en la Filosofía iónica, adversario del sofisma, es para todos los historiadores una naturaleza de firmeza tal, que su organismo hacíase insensible casi a las impresiones del dolor físico y a las tormentas del sufrimiento moral...» Platón afirma que soportaba sin quejarse, el hambre, el frío y la sed. Sin embargo, advierte Lelut, se ha mirado con desdén una singularidad de su vida: la del *Demonio de Sócrates*, o «espíritu familiar», de quien le venía el espíritu profético... Y continúa Lelut: «Yo discuto una cuestión de psicología histórica, de un interés inmenso y de carácter completamente dilucidador; lo haré con los recursos que

(1) Verdad es que el barón von Holbach aplicaba un método análogo a la figura más representativa del judaísmo; y un año antes de haber sido editado el *Demonio de Sócrates*, David Strauss publicaba, en 1835, su *Vida de Jesús;* mas, el método de los alemanes no es propiamente la norma científica y rigurosa empleada por Lelut.

me han podido suministrar sobre asunto tan difícil, estudios a los cuales la filosofía, y la historia ordinarias no están habituadas. Lo haré con la reserva que me impone el sentimiento que tengo de mi debilidad, y con todo el pudor que reclaman el nombre de Sócrates, el honor de la Filosofía y el respeto a opiniones seculares.»

Estas palabras de Lelut son una advertencia necesaria ante el prejuicio que establecen los timoratas, aquellos que no tienen sino ojos para leer, que temen pensar y sufren de vahidos, gastralgias y otras miserias, ante el problema de la interpretación histórica. Porque a la verdad, yo no sabría decir si hay rastro de pecado en esto de la sinceridad histórica. Se ha abusado de la Epopeya, y el discurso no vale a menudo la interpretación de los personajes. Ante el carácter de volubilidad, de nerviosidad extrema en que suelen agitarse los grandes espíritus, lo natural sería a herrojar con mesura el ímpetu de la adjetivación y dar a los grandes muertos aquello que ha faltado en algunos historiadores: el carácter de éllos, su hombredad con defectos y con virtudes, la excelsitud de su temperamento con miserias y generosidades...

Cómo llegó Lelut a la conclusión de que Sócrates había sido un «visionario», un «loco»?

— La historia ordinaria del filósofo va a señalarnos el camino que trazóse el psiquiatra francés.

VII — Su padre fué Sofronisco, un escultor griego, y la partera Fenareta fué su madre. Su nacimiento está inscrito en el año 470 antes de la venida del Salvador. Dícese que la época ésta, corresponde al

llamado mes de Targelión, entre mayo y junio. En su juventud, ayudaba a su padre en los trabajos sobre el mármol, mas, como era poco inclinado al cincel, su amigo y discipulo Critón logró zafarlo de un arte para el cual sus aptitudes eran menguadas... Después de titubear, su genio al fin adaptóse al estudio de la Moral. Sus esfuerzos filosóficos y su enseñanza tenían como teatro la calle, los almacenes y su propia habitación. Fué militar en el sitio de Potidea y en la guerra entre atenienses y tebanos, en Beocia. Era bígamo Sócrates, no por perversa intención del filósofo, sino para cumplir con una ley de Atenas, la cual permitió, después de la guerra del Peloponeso, dos mujeres a cada hombre para que de esta suerte se repoblase rápidamente la nación .Sus mujeres fueron Jantipa y Mirto. La primera, de carácter agrio, nunca logró cambiar la serenidad socrática. Alguna vez, en los grados más altos de la furia, Jantipa echolè agua en el rostro, mas no alcanzó, sino una sonrisa que Sócrates acompañó de esta observación: «Después de la tempestad, la lluvia»! Y cuando sus amigos recordábanle las bravatas de Jantipa, él respondía de esta suerte: «Incuba mis hijos!...»

Sócrates era humilde: una sola capa servíale tanto para el estío como para el invierno. Bajo el sol o la lluvia siempre andaba descalzo, pero no por descuido en el vestir, sino para evitar exigencias a sus amigos. A pesar de que Melito lo acusara de corruptor de la juventud ateniense, sábese por Platón, que Sócrates calificaba de infame la intimidad carnal entre dos amigos, como era costumbre entre los

4

griegos los cuales miraban con desden al sexo debil, según Jenofonte. Es el mismo Platón quien refiere cómo Alcibíades quiso conquistar a Sócrates. Plutarco, en la *Vida de Alcibíades,* también defiende al filósofo.

En fin, cuando Critón aconseja al maestro que huya a Tesalia, Sócrates arguye que no es posible desobedecer a la ley y deshonrar así una vida que él le había dedicado íntegramente. Y con la copa mortal entre las manos, como se lee en *Phedon,* él habla a sus amigos acerca del dogma favorito: la immortalidad del alma...

Esta es, sintéticamente, la existencia socrática. Ahora bien, en su psicología se reconocen detalles muy trascendentes desde el punto de vista patológico.

VIII — Según Porfirio, Sócrates solía desobedecer a sus padres cuando era joven. Plutarco advierte que el suyo era el espíritu de un niño meditativo y de una singularidad especial. Esto de la singularidad es recordado por más de un contemporáneo de Sócrates... Pensad luego en un hombre que según Platón, marchaba sin calzado tanto sobre la nieve como sobre la arena candente, que danzaba y saltaba a menudo sin razón para ello, que según Diógenes Laercio, llevaba la cabeza de manera singular, y cuya ocupación consistía en perorar en todas partes... Además, era tal su excentricidad, que Zenón no encontró mejor medio para calificarlo sino llamándolo «bufón de Atenas».

He aquí uno de sus detalles psiquiátricos más alarmantes: eran los días del sitio de Potidea; en el

estío, en una bella mañana campesina, Sócrates miraba fijamente el sol, como suelen hacerlo en los manicomios los locos incurables... Se le observa y lo señalan sus compañeros: nada le importa!... En llegando la tarde, los soldados iónicos llevaron sus camas hacia el sitio en donde Sócrates, de pie, contempla el cielo: durante la noche, continuó en la actitud, cazando estrellas... En la mañana siguiente, saluda al sol y lentamente dirígese a su tienda sin atender a sus compañeros estupefactos!... Esto lo recuerdan Platón, Diógenes Laercio y Aulo Gelio.

Estos mismos autores y también Plutarco, advierten que era costumbre en Sócrates detenerse en sus paseos para después continuar su camino: había oído la voz de su «Dios», «Demonio» o «voz divina». El filósofo habla en ocasiones múltiple de esta divinidad, «señal divina» que érale familiar. Sócrates llegó a convencerse de que él poseía la divinidad. Lelut no lo dice, pero es de advertir que el Demonio socrático pudo ser una forma disimulada de la teomanía. Según el biógrafo, el maestro de Platón aseguraba que gracias a la divinidad, él podía ejercer su influencia sobre sus discípulos a través de grandes distancias (1).

Hasta aquí, la biografía socrática es muy semejante a la que han establecido los historiadores. La

(1) El Libertador Simón Bolívar declaró alguno vez al general Perú de Lacroix, que «Sócrates llamaba *Demonio* a sus presentimientos.» Y luego añade: «Yo no tengo tal *Demonio*,

interpretación de esta vida maravillosa, no carece de interés tanto para la Filosofía como para la Ciencia.

IX — He querido seguir paso a paso la incursión histórica del médico de Bicêtre; he transcrito, de intento, los nombres de aquellos que en la antigüedad hablaron con Sócrates o con sus amigos íntimos; he tratado de someterme a la interpretación que de él intentaron aquellos admiradores, para que de esta suerte, el lector no vea en las conclusiones de Lelut, sino la valla natural, lógica, científica de un sendero que no pudo desviarse hacia extraños e inciertos vericuetos, sino que, forzosamente, debía terminar así: en una deducción natural que tuviera relación con los datos psiquiátricos que se conocen o se admiten acerca del enfermo Sócrates... «He aquí, en resumen, dice

porque poco me ocupo de ellos. Estoy convencido de que los sucesos venideros están cubiertos por un velo impenetrable, y tengo por un imbécil o por un loco al que lleva sus inquietudes más lejos de lo que debe y teme por su vida porque ha tenido tal o cual sueño...» *Diario de Bucramanga*, edic. Ollendorff, pág. 231.

Ciertamente que no era descabellada la opinión del Libertador; mas, el Héroe de América miraba la paja en el ojo ageno y desconocía la propria actuación: sus tiempos no eran los tiempos socráticos; no era posible hablar de «voces» y de «inspiración divina»; pero entre aquel que se siente dominado por la influencia divina y el otro que se declara un «designado», la diferencia radica en el lenguaje de los siglos y en la evolución de las ideas... Bolívar declaró alguna vez al dictador Alvarez, en carta de diciembre de 1814: ...«El cielo me ha destinado para ser el libertador de los pueblos oprimidos...» Y como esta, hay muchas otras declaraciones análogas.

Lelut, lo que aconteció con el filósofo: lo que había sido al principio una impulsión irresistible, una convicción profunda, un pensamiento de cada instante, transformóse por los progresos del tiempo, pero sobre todo por efecto de una acción incesante, en una sensación externa del oído, y sin duda también de la vista. Después de las inspiraciones de la conciencia aparecieron las de la divinidad»...

Sócrates entendió la «voz», el tan famoso «Demonio»... El ha sentido en todo su cuerpo el estremecimiento de sus impulsiones; ha pensado y obrado en consecuencia...

Se dirá, por ejemplo: «Por qué sus contemporáneos no lo tuvieron por loco? — Lelut responde: «Hipócrates, que era de la época, creía que la locura verdadera era el furor de los enajenados; para él, la locura era distinta del delirio «pytico» o inspirado por los dioses; además de que, según Séneca y Cicerón, un sabio no podría jamás perder el juicio...»

Cómo se armonizan entonces la filosofía socrática, plena de gracia y de grandeza, con la enajenación psíquica del esposo de Jantipa?... — El genio avanza hasta los límites indecisos de la razón, de lo anormal, y en ocasiones se expresará y realizará proezas normalísimas! tan normales, que el «filisteo», hombre bruto o necio burgués, no podrá nunca apreciar, debidamente, aquello que ofrece la evolución normal desmedida. Mucho menos podrá comprender el mentecato ése tan bien diseñado por el sabio Nordau, el que aquel mismo genio realice actos insuperables en pleno ebullir de la razón genial... Porque suele olvidarse que el genio en ocasiones se abandona a

la violencia dirigida por aquella ebullición incontenible, y se satura de una inspiración profunda, como dice Lelut: de suerte que avanzando un paso más, el intervalo entre el juicio y la ofuscación mental sería inapreciable... Así, a las puertas del misterio, protegido por todas la amnesias, en lugar de Galileo podría aparecer Cardan, en el sitio de Alejandro cabría Mahoma, y Sócrates podría muy bien reemplazar a Platón: él sufrió de alucinaciones, las cuales constituyen un carácter formal de la locura. El confundió sus propios pensamientos con sensaciones que surgían de la acción inmediata de los objetos exteriores. Durante cuarenta años poco más o menos, advierte Lelut, Sócrates padeció ese síntoma irrefutable de la enajenación mental. Pudo conservar esta locura el carácter sensorial, sin confundirse en el delirio o manía... El filosofo fué en fin, ejemplo de la razón alucinada como lo fué también del pensamiento filosófico y de la virtud insospechable...

Con estas palabras, el francés entrega a la consideración de la Historia científica, «la figura más colosal de la antigüedad griega, la encarnación de la Filosofía y cuyo pedestal está formado por los fragmentos de la civilización pagana...»

X — Luego, escribe, la historia de las alucinaciones, al disecar con su método la personalidad de Blas Pascal, y define de una vez las relaciones de la genialidad y de la afección mental que Moreau, de Fours, trece años más tarde, en 1859, no solo reconoce sino que identifica la genialidad y determinadas for-

mas de la neurosis, sobre todo cuando se trata de la genialidad exhorbitante.

En 1879, el doctor Lelut públlica su *Amuleto de Pascal,* para que sirva de norma en la interpretación de las alucinaciones. Esto es: abonaba el terreno que más tarde iban a cosechar Moreau, Lombroso y Max Nordau, junto con Binet-Sanglé, Renda, Nass y Cabanes.

Brevemente podríamos sintetizar el pensamiento de Lelut a propósito de Pascal: en su primera juventud, sufrió de hidrofobia particular, muy distinta de la que padeció Pedro el Grande, de Rusia: viendo caer el agua, iniciábase en Pascal una cólera honda; cuando apenas tenía un año, languideció y creyó morir, en términos de que advierte a sus padres que estaba embrujado .A los siete años de edad, nueve hojas de tres hierbas distintas le curan de la obesidad; tres años después, en oyendo un ruido de platos, crea de una vez su teoría acústica; a los doce años interpreta la geometría y a los quince compone su tratado de secciones cónicas... En 1647, a los veinte y cuatro años de edad, sus piernas se enfriaron y durante tres meses le invalida la parálisis... Luego, como por obra de resurrección, aparecen sus mejores estudios de física y de matemáticas, a pesar de que sus males continuaban. La hidrofobia consistía esta vez, en no poder pasar líquido a menos que estos no estuvieran calientes, y con todo, gota a gota... Sobreviénele el accidente de Neuilly: un carruaje que conducía a Pascal está a punto de irse al río, y un mes más tarde, en noviembre de 1654, sufre Pascal una alucinación de dos horas, de las

diez y media a las doce y media de la noche... La historia de esta alucinación óptica la tenía escrita en una hoja que, envuelta cuidadosamente, llevaba prendida a su ropa interior y es lo que constituyó el famoso amuleto de Pascal... Este amuleto, a pesar de la fe, no logró curar a Pascal del terror de verse al borde de los precipicios imaginados por su cerebro... Después se ha sabido que también sufrió de convulsiones violentas, que en su cerebro hubo rastros de antiguas hemorragias lo mismo que en las meninges, y que la sutura medio-frontal permaneció abierta hasta en el adulto. Todo esto se supo después de examinar el cadáver, claro es, de Blas Pascal; mas, lo esencial en la observación se debe al doctor Lelut: él descubrió en el autor de los *Providenciales*, la relación entre el genio y los atributos psiquiátricos de la locura.

En esto consiste la originalidad del alto-saonés: en haber identificado las fuentes de la genialidad socrática y luego las de Pascal en detalles violentos, en síntomas clarísimos de patología mental. Faltábale confirmar su método en la crítica más rigurosa, aplicando los principios de la Ciencia a los hechos que la Historia considera irrefutables, para demostrar así que aquel método no tiene el mismo valor de otras tentativas caprichosas y tentadas por hipótesis inverosímiles. Su réplica a las ideas frenológicas de Gall, es una pieza de sentido crítico que habríale bastado a Lelut para labrarse la gloria.

XI — En 1843 aparece su obra que es, en definitiva, la condenación del sistema organológico. Ya, en 1836, en la misma época en que apreció *El Demo-*

nio de Sócrates, dió a pública luz *Qué es la Frenología?,* o ensayo sobre la significación de los sistemas de Psicología en general y el de Gall en particular.

En el volumen de 1843, está de bulto la personalidad del pensador y la severidad del crítico sabio. Su promesa que fué cumplida por modo admirable, consiste en lo siguiente: anular una mala fisiología del pensamiento y edificar una nueva para destruir con ella la Frenología.

Hagamos un poco de historia: Platón creyó sorprender alguna relación entre las almas concupiscente, irascible y la racional y las regiones cefálica y raquidiana del sistema nervioso. Habría sido, sin embargo el obispo Nemesio, de Emesa, quien divulgara que las cavidades anteriores del cerebro eran el asiento de la razón, y las posteriores lo serían de la memoria... Luego, desde Avicena a Willis, pasando por Santo Tomás y todos los sabios escolásticos, la teoría de Nemesio conservóse casi entre los mismos límites de la primitiva exposición. Apenas si Willis agregó que el cerebro era también el órgano del apetito.

Así la historia, en estas ideas parece que se inspiró Gall, cuyas teorías propagó en Francia un profesor llamado Bischoff. Spurzhein, en Inglaterra dióse a la tarea de hacer más científicos los principios de la Organología ideada por el frenólogo alemán.

Este revolucionario así definía sus propósitos: estudiar las funciones del cerebro en general y las de sus núcleos en particular; probar también, sobre todo en su Anatomía del sistema nervioso, editada de 1810 a 1819, que se puede reconocer diferentes dis-

posiciones e inclinaciones gracias a las protuberancias o depresiones que se hallan sobre el cráneo; con idéntico método aspiraba a exhibir más claramente las más importantes verdades y consecuencias que resultan útiles y necesarias en el arte médico, para la moral, la educación y la legislación por lo que de ellas se deducen profundos conocimientos acerca del hombre.

Este es, en resumen, el enunciado de un sistema que Gall desarrolló a principios del siglo XIX. En su tiempo, los cráneos más famosos fueron sometidos a la investigación caprichosa de los frenólogos. Lelut era opuesto a la pseudociencia del profesor alemán. Según el francés, Gall no llegó a las conclusiones de su obra por las vías sabias y serenas de la Filosofía hermanada con la Psicología, sino por los senderos de un empirismo grotesco: Gall era muy joven cuando le vino en ganas interpretar la superficie de los cráneos. No debía saber gran cosa de Anatomía y mucho menos de Psicología. En términos, que Bischoff en Berlín y Spurzhein en Escocia, fueron los modeladores del sistema que en las manos de Gall iba camino del caos por el desorden que abundaba en la exposición y en la observación... Oigamos a Lelut, para quien la Frenología fué falsa desde el principio, no porque lo fuera en todos sus pormenores, sino por el modo como había sido interpretada por malos experimentadores.

XII — Gall quiso definir las funciones localizadas en el cerebro, pero lo hizo tan caprichosamente, que su obra no tardó en derrumbarse ruidosamente,

a pesar de la ayuda que le prestaran hombres del temple de Broussais, en quien fué tan honda la influencia, que en sus cursos de frenología expuestos en la Escuela de Medicina de París, en 1836, declara que había encontrado el órgano de lo maravilloso en *retratos* de Moisés y de San Antonio. Según la división del inventor y frenólogo, las circunvoluciones posteriores del cerebro y las porciones laterales del mismo, alojaban el amor hacia los niños, la virtud del afecto, el instinto de la defensa, el instinto carnicero, el del engaño, el sentimiento de la propiedad y el de la prudencia. En el cerebelo estaría implantado el instinto de la propagación, especie de cofre en donde habría tenido su cuna el *Génesis*... En las circunvoluciones anteriores y laterales, así como en la extremidad supraorbitaria de los lóbulos frontales, estarían los centros de la memoria de las cosas, el de los lugares, el de la memoria de personas y el de las palabras, los núcleos del sentido del lenguaje, el de los colores y el de los números junto con el de la mecánica y el de la memoria para las artes. En fin, la sagacidad comparativa, el espíritu cáustico, el talento poético, la benevolencia, la mímica o instinto de imitación, el centro de la teosofía y el de la firmeza, estarían colocados en toda la porción media frontal del cerebro hasta la parte superior... Todos un museo de núcleos cuya verdadera localización, en relación con las funciones cerebrales, no ha podido dilucidar todavia la ciencia de Dejerine, Babinsky, Pierre Marie y el clínico Janet.

En la historia de las localizaciones se descubre que Gall, como la advierte en su *Filosofía e historia de la Biología* el insigne sabio Gley, no era, ciertamente, un fisiólogo sino un teórico. Fué Broca, en 1861, el primero en observar la pérdida del lenguaje articulado en seguida de una lesión cerebral de cierta naturaleza. Luego Fritsch y Hitzig, en 1870, demostraron que la excitación de algunas regiones cerebrales determinaba movimientos en grupos musculares muy bien, localizados... Apareció después Charcot con su falange de compañeros, y declaró formalmente «El cerebro es un grupo de órganos, y cada uno de estos órganos cuyo conjunto constituye el cerebro, está dotado de propiedades especiales. La lesión de una estas partes acarrea la supresión de funciones a las cuales presidía, y, durante la vida es posible deducir de estas perturbaciones funcionales la localización anatómica...» Como se ve, esta sí era una lucecilla firme. Mas, esto se decía a partir de 1870, después de los trabajos de Fluorens. En 1843, Lelut atrevíase a combatir el sistema ideal del doctor alemán, y exponía para oponerle un criterio netamente científico, un sinnúmero de razones que no habrían quedado mal en la pluma de Charcot y del mismo Fritsch. Nuestro ilustre biografiado decía en aquella fecha: «No es posible considerar el sistema de Gall desde el punto de vista organológico». Esto es: no hay relación entre lo que Gall afirma y las enseñanzas precisas de la ciencia morfológica... Y luego añade: «Si se considera el tal sistema como una hipótesis probable, élla no reposa en ninguna de las pruebas en que Gall pretendió apoyarla...» Lo

que equivale a esto otro: ni admitiendo la hipótesis de la relación entre órganos y funciones, se llega a una comprensión científica de lo que Gall pretendió descubrir... Y es que éste, como lo declara Lelut después de hondo examen de la cuestión, habría cerrado voluntariamente los ojos ante las imposibilidades de su sistema.

Semejantes afirmaciones indican dos casos: que Gall era un autosugestionado de excepcionales condiciones para el triunfo; que Lelut fué un trabafador eminente que sabía sorprender la verdad y arrancar los disfraces a la mentira, como lo demuestra la historia del método frenólogico: antes de que la ciencia contemporánea distinguiera en las ideas del alemán un conjunto disparatado y caprichoso, ya un médico de la Salpetriêre, antes de que Charcot llenara las escuelas con sus descubrimientos famosos, había demostrado que la Frenología es insostenible en el campo de la experimentación científica... Pero había descubierto algo más el doctor Lelut: demostró que la Ciencia aplicada a la Historia, puede desentrañar sucesos extraordinarios de aquellos detalles que para los simples narradores eran singularidades de los personajes célebres. Su originalidad la está proclamando toda una escuela de sabios que son sus discípulos en el tiempo: Moreau, Lombroso, Renda, Cabanes, Ribot, Nordau, Binet-Sanglé, Jacoby, Brachet, Ramos Mejía en la República Argentina y Lisandro Alvarado en Venezuela.

HIPÓLITO TAINE

I — Es muy acentuada la tendencia en algunos escritores de querer aplicar siempre, en los problemas históricos, los procedimietos taineanos al caso de ilustres o célebres personajes. Algunas veces los subyuga la novedad, aunque no venga al caso la aplicación ; en otras ocasiones, se cita a Hipólito Taine y es ayuda poderosa la bibliografía del filósofo francés. Cuando se quiere hacer gala de sabiduría se habla entonces en términos biológicos, creyendo así cumplir la consigna científica del autor de los *Orígenes:* se habla por ejemplo de la ley biogenética de Haeckel y se la aplica a la evolución de los pueblos de conquista; se ensaya la creación de una Bio-sociología o de una Biología sociológica, de la cual dijo en 1907 el profesor Le Dantec, en la más profunda de sus obras, en la *Filosofía del Siglo XX*, que «la Sociología no conoce sino individuos! Lo que es un error formidable en Biología es el propio fundamento de las sociedades. La Biología ignora las personas, lo cual indica que ignora el bien, el mal, la justicia, la responsabilidad, el

mérito; élla repudia todas las nociones que son la base de un organismo social. Hablar de un «individuo responsable» es, en Biología, un absurdo; hablar de un individuo sano e irresponsable, es en Sociología un absurdo equivalente...» Y es que parecería confundirse en un error preliminar la trascendencia especial, «filosófica», si se quiere, de la biología. — Según entiende el mismo Le Dantec, «la Sociología no tiene necesidad de la Biología, sino únicamente de la Historia natural. Ella no es otra cosa que la historia natural de las sociedades formadas de individuos».

II — Lo que acaso haya podido provocar alguna confusión en más de un discípulo de Taine, es aquela frase un tanto petulante con que el académico francés se promete estudiar los *Orígenes de la Francia contemporánea:* «Los tres estados, dice, que voy a tratar de describir con exactitud son el Antiguo Régimen, Revolución y Régimen moderno. Permitidme declarar aquí que no persigo otro fin; se ha de dispensar a un historiador conducirse como naturalista; estoy ante el asunto como ante la metamorfosis de un insecto».

Esta frase ha corrido con suerte, pero en ocasiones ha tenido la desgracia de no haber sido suficientemente comprendida: se generaliza la única grande y original aspiración del sabio de Vouziers y se confunde, lastimosamente, aquella tendencia de un «naturalista» de la Historia que fué contemporáneo de Littré, de Darwin, de Humboldt, de Milne Edwards, con algo que no corresponde a la estructura de su

método: sabemos que la Biología tiene el suyo y deja a otras ciencias el estudio de la metamorfosis de los insectos, pongo por caso.

III — La tendencia naturalista sí fué fecunda en Taine. Muy a menudo se le sorprende discutiendo en el «especial» lenguaje de los naturalistas: cuando escribe acerca de la filosofiia del siglo XVIII, se expressa de esta suerte: «Nacida en Inglaterra, no ha podido desarrollarse en Inglaterra; la fiebre de destrucción y de reconstrucción fué allí superficial y momentánea. Deísmo, ateísmo, materialismo, excepticismo, ideología, teoría del regreso a la Naturaleza, proclamación de los derechos del hombre, todas las temeridades de Bolingbroke, Collins Toland, Tyndal y Mandeville, todos los atrevimientos de Hume, Hartley, James Mill y Bentham, todas las doctrinas revolucionarias han sido allí plantas de estufa abiertas aquí y allí en los gabinetes aislados de algunos pensadores; al aire libre, abortaron, tras una breve florescencia, bajo la concurrencia demasiado poderosa de la antigua vegetación a la que ya pertenecía el suelo. — Por el contrario, en Francia, la semilla importada de Inglaterra germina y crece con un vigor extraordinario. Desde la Regencia está en flor. Como una especie favorecida por el terreno y el clima, invade todos los terrenos, acapara el aire y la luz para ella sola, y apenas permite que a su sombra germinen algunos engendros de especie enemiga, algún superviviente de una flora antigua como Rollin, algún espécimen de una flora excéntrica como San Martín. — Con sus robustos árboles,

sus apretados macizos, su innumerable ejército de malezas y plantas trepadoras, con Voltaire, Montesquieu, Rousseau, Diderot, D' Alembert y Buffón, con Duclós, Mabli, Condillac, Turgot, Beaumarchais, Bernardino de Saint-Pierre, Barthelemy y Thomas, con la infinidad de sus periodistas, de sus compiladores y de sus oradores, con los eximios y los vulgares de la filosofía, de la ciencia y de la literatura, la semilla en cuestión se apodera de la academia, del teatro, de los salones y de la conversación. Todos los grandes cerebros del siglo son retoños suyos, y entre ellos se pueden contar algunos entre los mayores que haya producido la especie humana. Y es que la nueva semilla ha caído en el terreno apropiado, es decir, en la patria del espíritu clásico. En el país de razón raciocinante no tropieza con rivales que la sofoquen como en el otro lado de la Mancha, y en seguida adquiere, no solamente savia vigorosa, sino también el órgano, de reproducción que le faltaba».

Estos párrafos y toda la obra histórica, y hasta crítica, están inspirados en el método y en el tecnicismo de los botánicos, o de los naturalistas en general. La impressión es perfecta: se diría que Taine, el «horticultor» de la cultura inglesa del siglo XVIII, trasplantara de nuevo a la tierra francesa, como a un almácigo providente, la semilla que había producido la *Enciclopedia.* Ni más ni menos que a la manera del holandés De Vries cuando trasplanta y «modifica» el tipo de la *Ænotera lamarckiana.*

Si alguna influencia se arraigó en Taine, fue la del cerebro más brillante de su época: Saint-Beuve.

IV — Esquiva citarlo, y acaso sea esta la razón de porqué se dice que Taine fue un discípulo de Augusto Comte, cuando a la verdad, su obra ideológica como lo advierte Bergson, es del siglo XVIII y se inspira especialmente en Condillae. Cierto es también que la *Filosofía positiva* de Comte se refiere a las sociedades y no a los individuos: y en cambio la obra de Taine está informada por una teoría científica que pretende aplicar el método experimental a la obra de los pensadores y artistas. El es, de fijo, quien mejor ha logrado aplicar el naturalismo a la ciencia de la Historia. Ahora bien, este método taineano es el mismo que empleara Saint-Beuve en sus trabajos de crítica; el proprio autor de *Retratos literarios* se ha calificado como el naturalista de los espíritus en la investigación de las formas literarias. Más aún, y esto es también cualidad o defecto en su discípulo: Saint-Beuve se refirió a los caracteres individuales en la obra literaria; en ocasiones su labor de crítico, según Sensine, es un puro acto de curiosidad intelectual. Bien se comprende que el siglo XVIII en cuya fuente abrevara Saint-Beuve, estaba saturado de un evolucionismo risueño, o de un naturalismo filosófico: la obra de Buffon y las ideas de Lamarck encontraban nuevas aplicaciones en las *Conversaciones del Lunes* y en la *Historia natural de los espíritus*.

En lo que Taine ha podido superar a Saint-Beuve, es en la definición de lo que se ha llamado el método taineano: aquel fué mas científico, o mejor, «naturalista»; y en esto consiste la tendencia tan bien definida de los estudios: Taine es quien mejor ha

expuesto el problema del «medio», y ha excedido en nociones al mismo Spencer.

V — También es del orden naturalista, este capítulo de la «filosofia» histórica de Taine. No es propiamente biológica esta cuestión, aunque la herencia sobre la cual cabalga perennemente la escuela fundada por el sabio, es, pero en términos generales, muy generales, uno de los problemas de la Biología, aunque a la verdad, es más discretamente una cuestión de Fisiología embriológica. Y en este caso, la Fisiología embriológica aplicada á la Historia, transformaríase, de hecho, en la Prehistoria científica, llena de vaguedades, de incertidumbres y de postulados hasta grotescos.

VI — La teoría del medio en Historia fué considerada la primera vez por un filósofo renacentista, el abogado Juan Bodin, de Lyon. Parece que su originalidad arranca de la manera muy especial como consideraba la acción del clima o su influencia en las costumbres, instituciones, religión y leyes; esto es: en la Historia. Luego, Montesquieu se inspiró en las ideas del lionés, y de allí su famosa obra sobre el *Método para facilitar el conocimiento de la Historia.*

Este mismo método que sufrió la depuración de un siglo, aparece patrocinado por Taine, cuando éste considera la raza, el medio y el momento. Con mayor amplitud, ciertamente que Taine admite no solo el clima de Bodin, sino que en el medio concurre un número grande de circunstancias que fueron todas pedidas a la Botánica y a la Zoología. El admite que

la profunda diferencia que se sorprende, por ejemplo, entre las razas germánicas y las razas helénicas, proviene en su mayor parte de la diferencia de comarca donde ellas se establecieron: las unas se agitaron en países fríos y húmedos, en bosques pantanosos o a orillas de un océano salvaje, sometidas a sensaciones melancólicas o violentas, inclinadas a la embriaguez y a la alimentación grosera, vueltas a la vida militante y carnívora; en tanto que las otras vivían en países de parajes hermosos, frente a un mar sonriente y brillante que las invitara a la navegación y al comercio, exentas de necesidades estomacales groseras, inclinadas desde el principio a las costumbres sociales, a la organización política, a los sentimientos y facultades que desarrollan el arte de hablar, el talento de gozar, la invención de las ciencias, de las letras y de las artes... Y cuando se refiere al momento, es el enamorado de las Ciencias Naturales quien escribe. — Un pueblo es como una planta, dice, la misma savia bajo la misma temperatura y sobre el mismo suelo, produjo en los diversos grados de su elaboración sucesiva, formas diferentes, botones, flores, frutos, semillas, en tal modo que la siguiente tiene siempre por condición la precedente y nace de su muerte... Madame de Stael muchos años antes, había expresado el mismo pensamiento cuando en su *Literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales*, declara que el clima es ciertamente una de las razones principales de la diferencia que existe entre las imágenes que gustan en el Norte y aquellas que se recuerdan con

cariño en el Mediodía... Mas, es de Taine la estricta aplicación del método naturalista.

En su *Filosofïa del Arte,* así, expone el punto de la metodología taineana: «El método moderno que trato de seguir y que comienza a introducirse en todas las ciencias morales, considera las obras humanas y en particular las obras de arte como hechos y productos de los cuales es necesario señalar los caracteres y buscar las causas... La Ciencia sigue el movimiento general que tiende a relacionar las Ciencias Morales con las Ciencias Naturales...» Es el mismo Taine quien aplicara el «principio de la subordinación de los caracteres» no solo como suele hacerse en el caso de los animales, sino en el caso del hombre moral, este hombre que siendo un animal ha constituído la Historia con la Novela y el Teatro, con la Epopeya y en general con la Literatura... Lo cual está probando la influencia que tuvieron Lamarck y Darwin sobre la poderosa imaginación taineana.

VII — Aquella teoría del medio o «mesología», fué muy brillante en Taine, a causa tal vez, como ya lo llevo dicho, de que la influencia poderosa de Lamarck y de Darwin fué muy patente en la Escuela francesa. Ahora bien, es el mismo Lamarck quien establece, en su *Filosofïa zoológica,* el principio de adaptación según el cual la influencia de los cambios de circunstancias acarrea desviaciones en las costumbres y en las funciones; mas, es también Darwin quien en el *Origen de las especies* parece oponerse a esto cuando declara que al estudiarse la distribución de los

seres organizados en la superficie del globo, sorprende el hecho de que ni las diferencias climatéricas ni las otras condiciones físicas expliquen suficientemente las semejanzas o desmejanzas de los habitantes de diversas regiones... Lo cual podría indicar, advierte Pablo Mougeolle, que la mesología todavía esta en la infancia: «Los fracasos de los resultados demuestran no la falsedad de la doctrina, sino la dificultad del problema».

A pesar de la divergencia palpable entre la Escuela histórica francesa y la Escuela biológica del mismo país, el método taineano consiste, esencialmente, en señalar las relaciones que unen al sér vivo, al hombre y al medio.

En este sendero las teorías de la herencia aplicada a la Historia son muy fecundas, y su aplicación moderna es casi la obra mejor de Teódulo Armando Ribot. Mas, tenga o no la herencia una precisa aplicación en los fenómenos históricos, la cuestión es tanto del orden naturalista como del orden biológico: me parece que la herencia fisiológica corresponda mejor a los accidentes botánicos, desde luego que más fácil será obtener detalles «macroscópicos» de los personajes antiguos y en cambio será muy difícil saber algo que en el orden biológico se relacione con los individuos de otras épocas: pasado algún tiempo, el documento biológico no existe, porque lo desmenuzan los siglos o lo transforma la evolución; en tanto que el documento fisiológico varía menos y resiste mejor la acción caudalosa de las edades.

Esto parece haberlo comprobado Taine cuando esgrime el método naturalista. Esto mismo parece

que place a Gustavo Le Bon cuando en sus *Leyes psicológicas* recuerda que somos a la vez los hijos de nuestros padres y de nuestra raza; los muertos son los únicos directores indiscutibles de los vivos; llevamos el peso de sus faltas; recibimos la recompensa de sus virtudes: lo cual esta indicando que la herencia domina profundamente el problema de los fenómenos históricos.

VIII — En aquella trasplantación de la filosofía inglesa del siglo XVIII, Taine parece subordinarse al naturalismo de la Botánica; acaso el suiso De Candolle lo inspiraba; cuando diseña la historia de los herederos de aquella filosofía, «las plantas vivas y vivaces» que eran los pensadores ingleses del siglo XIX, ya no le sirve el naturalismo botánico, sino que el mismo Darwin tal vez fuera el maestro. Así, cuando habla de Carlyle sea o no en sentido metafórico, válese del tecnicismo de los zoólogos cuando dice: animal extraordinario, resto de una raza perdida, especie de mastodonte extraviado en un mundo que no fué hecho para él... En esta época, (1863), ya eran muy discutidas las ideas de Cuvier publicadas en 1824, a propósito de las *Osamentas fósiles* de Paleoterios y Mastodontes.

IX — También Emilio Zola dejose arrastrar por la influencia que ejerció la metodología taineana: *Les Rougon-Macquart* es la historia natural y social de una familia, como lo advierte el mismo autor. En el primer volumen de la extensa historia de los Rougon, asi se expresa Zola: esta obra, que formará

varios episodios, es, en mi pensamiento, la historia natural y social de una familia bajo el segundo imperio. Y el primer episodio: *La fortune des Rougon,* debe bautizarse con su título científico: *Los Orígenes.*

Como se ve, hasta, el nombre sugestivo de la obra más profunda de Taine, influyó en Zola: en los *Orígenes de la Francia contemporánea,* el historiador reconstruye por medio de los documentos históricos y las ciencias naturales, una época de transición en la política; se refiere a la vida de las muchedumbres y narra, como si se tratase del organismo grandioso de un pueblo, sus costumbres y sus vicios, regidos o no por las leyes de la herencia y de la imitación; Zola hace otro tanto, no ya ante el cuadro dantesco de una sociedad desenfrenada o que obedece a leyes inaplazables, sino que toma de la historia la síntesis psicológica de sus grandes etapas y la aplica a una familia que está sometida a las leyes inevitables de la herencia individual que se trasmite: para Taine, el fenómeno de sus *Orígenes* tiene sus raíces en la herencia sociológica; para Zola, el doloroso fenómeno de sus *Orígenes* arranca de la herencia individual, de un plasma enfermo que se prolonga en organismos débiles.

EMILIO LITTRÉ

I — El caso de Littré como historiador, parecería demostrar que mayor influencia tiene en los creadores de métodos históricos, o de tales o cuales calcomanías ideológicas, la tendencia que naturalmente surge del medio literario en donde se agitara el escritor. Así, Emilio Littré, sin ser académicamente un médico, siéndolo desde luego muy notable desde el punto de vista de sus vastos conocimientos clínicos, fué uno de los más felices y sagaces historiadores que aplicara a los personajes antiguos el método trascendental de la Medicina científica.

Claro es que al suyo, por la razón de ser un método inspirado en la Patologia, le corresponde también, al igual del procedimiento taineano, el título de método naturalista. Me diréis que nó; que lo patológico es médico y lo botánico o zoológico es naturalista... Sin embargo, en las clasificaciones de Augusto Comte, cabría, «naturalmente», la Medicina en el orden biológico y de consiguiente en el amplio radio de las Ciencias Naturales.

II — La razón a la cual se debería el que la Medicina se considere como una prolongación «especial» de aquellas ciencias, exige el que se tenga a los estados patológicos generales como aspectos indecisos de los estados fisiológicos. En este sentido, clasificados así determinados cuadros clínicos, la llamada Patología General formaría uno como eslabón que uniera la aparente separación que los «miopes» creen descubrir entre lo fisiológico y lo morboso. Ya lo ha dicho Hericourt en sus *Fronteras de la enfermedad:* «El límite que separa el estado de enfermedad y el estado de salud es vago y en ocasiones muy difícil de reconocer.» El mismo Charrin, estudiando *Las oscilaciones del estado fisiológico,* advierte que la misma naturaleza quiere que la salud y la enfermedad ofrezcan puntos de contacto... Lo cual parecería indicar que el método patológico aplicado a la Historia, fuera ni más ni menos que una variedad del método naturalista que aplicaron Saint-Beuve y Taine. Con solo pensar que numerosos estados morbosos fueron manifestaciones «anormales» en el complejo fenómeno de la individualidad biológica en la especie humana, bastaría a justificar para Littré el título de historiador naturalista en el mismo grado en que lo fueron Taine, Saint-Beuve y en estos últimos tiempos el profesor Binet-Sanglé.

Es oportunísima la reminiscencia que ahora hago yo mismo en Venezuela. Recordando las palabras de Jesús, yo podría repetir como él, según San Lucas: «El que tiene oídos para oír, oiga».

III — Admitida así la parentela entre la Zoología, la Botánica y la Medicina, vendríamos a darnos cuenta de que antes de Saint-Beuve y Taine, mucho antes de que Littré aplicara el método de sus «reconstrucciones» históricas, ya Lelut, el tan discutido autor del *Demonio de Sócrates* y del *Amuleto de Pascal,* apoyado en una vasta bibliografía antigua, demuestra que Sócrates, era insensible a las impresiones del dolor físico como a los tormentos del sufrimiento moral. O como lo advierte el propio Lelut cuando explica las tendencias de su obra, la cual había de erigirse en método histórico y en cuya fuente se inspiraron no solo Ribot y Lombroso, Binet-Sanglé y el más eminente discípulo de Littré, Augusto Brachet, el autor de la *Patología mental de los reyes de Francia,* sino que Lelut informó a Renán y al mismísimo Strauss. Como lo advierte al referirse a la trascendencia de su obra, es necesario «prevenir los sarcasmos de la sorpresa a los reproches de la indignación». Pues según lo entiende Lelut, «se discute una cuestión de psicología histórica que se hará con la reserva que exige el pudor reclamado por el nombre de Sócrates, el honor de la Filosofía y el respeto a las opiniones de los siglos».

Y luego, demuestra que Sócrates era un loco, enagenado como lo fueron también numerosos personajes célebres.

IV — Este método de Lelut, es propiamente una forma de la inquisición y de la interpretación históricas; en cambio, en el método de Moreau, de Tour, sobre el mismo tema de la *Psicología morbosa* o

mórbida, se define mejor el carácter patológico de muchos hombres eminentes. En este orden de ideas, son sus discípulos Taine, cuando declara que en Napoleón la grandeza degeneró en locura; Lombroso cuando afirma que *El hombre de genio* es un neurópata, es un epiléptico; Ribot cuando en *La herencia psicológica* pasa revista a todas las «locuras» de la humanidad eminente; Binet-Sanglé cuando en *La locura de Jesús* cree haber demostrado que el Dios de los hombres, el Dios veinte veces secular, fué un tísico y un megalómano...

Como se observa, en estos métodos o aspectos del método de Lelut, predomina el afán de la interpretación. En Littré, en su extensa obra histórico-científica, prevalecen la tendencia de interpretar y la vehemencia por la inquisición de los detalles. Esto mismo acontece en Augusto Brachet.

V — Brachet fué uno de los discípulos más ilustres que honraran a Littré. Por indicaciones de éste, dióse a la ardua labor de escribir la *Patología mental de los reyes de Francia,* o sea la patología histórica de la reyedad francesa, un capitulo de aquella Ciencia embrionaria que en el sentir de Littré adquirirá todo su desarrollo en el siglo XX.

Brachet define por modo muy plausible el fin a que aspira la Patoligía biológica: «Sería la reconstrucción de la fórmula biológica (somática y psíquica) de cada uno de los hombres representativos de la humanidad». Y de una vez define su tendencia metodológica que sería la misma de Ribot, la misma de Binet-Sanglé y una muy análoga a la que el

Dr. Pablo Jacoby emplea en sus *Estudios sobre la selección en el hombre:* «La historia del individuo, dice, estando contenida en potencia en la historia de sus ascendientes, el caso patológico más simple es necesariamente aquel en el cual conozcamos la cantidad máxima de antecedentes hereditarios de los cuales resulta el sujeto...» Y al definir la Patología histórica que con tanta sagacidad y sentido clínico ha estudiado Binet-Sanglé en los orígenes del Cristianismo, advierte que «la Patología histórica es propiamente la explicación por la Ciencia Biológica, de los datos que nos suministran los textos históricos, datos reunidos y controlados según las reglas de la crítica científica, con el doble fin de servir tanto a la Ciencia médica como a la Ciencia histórica». Luego, Brachet, como los más eminentes historiadores del siglo pasado, sigue dos rutas que no son divergentes: solicita la explicación del fenómeno histórico en la ley que lo rige más hondamente: la herencia; y en los accidentes que lo complican más profundamente: el morbus, que en el caso concreto sería una variedad de fenómenos biológicos. Esto es: Brachet al reconstruir el encadenamiento patológico de la familia de los Capetos, es en cierto modo un continuador del método naturalista de Saint-Beuve y de Taine. Veamos cuáles son las tendencias y las influencias de su maestro.

VI — Cabanés, en sus *Indiscreciones de la Historia,* define por modo admirable la tendencia y la originalidad en Littré: por encima de los conceptos taineanos acerca del predominio de la raza y del medio;

por sobre el naturalismo «espiritual» de Saint-Beuve, prevalece la influencia de Littré sobre los más eruditos historiadores que sin olvidar el elemento esencial de la narración, se imponen la delicada labor de aplicar a los sucesos no solo el concepto sociológico, etnológico, antropológico o de otra suerte, sino que piden armas a otra ciencia acaso de mayor influencia en los fenómenos históricos: la Medicina.

Como lo advierte el autor que cito, Littré ofrece a nuestros ojos la superioridad de haber iniciado sus trabajos de Patología retrospectiva por estudios médicos profundos. Es, gracias a nociones laboriosamente adquiridas, como él ha podido entrar resueltamente en la vía abierta por él y en la cual marchan ya numerosos discípulos...

Como lo publica en *Los grandes médicos del siglo XIX* uno de los discípulos más adictos, el académico Daremberg, Littré aplicó a toda la historia de la Medicina el bello método inaugurado solemnemente en la interpretación de Hipócrates, y que consiste en estudiar atentamente los hechos antiguamente observados con ayuda de la luz que procuran los conocimientos modernos en Anatomia, en Fisiología y en Patología.

Bastaría aquella interpretación de Hipócrates, para que Littré fuese el iniciador de un método que siguieron luego Taine, Renán en cierto orden de apreciaciones, Lombroso, Max Nordau, Renda, Binet-Sanglé, Jacoby, Brachet, Ribot y el Dr. Cabanés.

VII — Encontrados los caminos para la reconstrucción de la obra hipócrática, solo quedaba a Lit-

tré resolver el más delicado de los problemas: la paternidad de tales obras.

Porque, fué un hombre quien formuló tales maravillas médicas, o es el producto de una tradición que pasaba íntegra de siglo a siglo? O en otra forma: Existió realmente el nieto de Hércules y de Esculapio, aquel hijo de reyes y de dioses, que tuvo la singular donosura de aliviar la enagenación de Demócrito y detener la peste que azotara a la ciudad de Atenas ?

Realmente, el problema era de muy difícil resolución como que ya desde 1804, Boulet había afirmado en una tesis de la Facultad Médica de París, que Hipócrates era un producto de la imaginación, la síntesis de una leyenda fuerte como los tiempos e indestructible como la tradición. Sin embargo, como lo publica Littré, Platón declara en *Fedra* y en los *Diálogos*, que Hipócrates era de Cos, de la familia médica de los Asclepiades, que enseñaba gratuitamente la Medicina y que había sido contemporáneo de Sócrates. Hasta cita párrafos referentes a las teorías hipocráticas. Cierto es que el mismo Tucídides, tan meticuloso en la descripción de la peste que azotó a los Atenienses, no recuerda para nada a Hipócrates. Es gracias a la solicitud de Littré en los tiempos modernos, por lo que se sabe que la biblioteca de Hipócrates, de su hijo Thesalus y de su yerno Polibio, perteneció a la ciudad de Alejandría, y que sus contemporáneos, Platón, Ctesias y Diocles de Caryste le attribuyen los *Aforismos* y los *Tratados*.

Con qué método ha emprendido Littré esta obra de interpretaciones?

VIII — No es que consideremos a Littré como creador del método positivo, pero a él se debe su estricta aplicación a los fenómenos históricos. Y algo más agregó el francés al método cuya mejor fuente de información se debería a Augusto Comte: aquél, gracias a su vasta erudición, pudo aderezar el Positivismo de la Historia con la protección poderosa que las Ciencias Médicas son capaces de prestar a la indagación de los hechos humanos. Como lo dice su biógrafo, Littré tomó buena nota de la conexión de las Ciencias y sorprendió que la Medicina sigue la suerte de la Fisiología y esta no podría progresar sino con el popio progreso de la Física y de la Química... Con este modo de interpretación, claro es que se cae en los senderos del Positivismo comteano. Pudiérase decir que Littré fué el jefe de la Escuela Positiva en la historia de las Ciencias. Su divisa, que es ley en la Ciencia de la Historia, proclama que las errores de la Patología son solidarios de los errores de la Fisiología. Lo cual, en otra forma, ya lo había escrito Hericourt.

Esta aseveración de Littré, obedecía a su amplia comprensión filosófica de la Medicina, y sobre todo, a la influencia que sobre él ejercieron Andral y Bouillaud, Bichat y Broussais.

IX — A fines del siglo XVIII, Bichat había expuesto su labor de *Anatomía general*. El concepto acerca de las «propiedades vitales» hizo parte

muy especial del edificio científico de la Fisiología moderna: Bichat fué un genial constructor. Verdad es que en el sentir de Claudio Bernard, el Vitalismo de Bichat fué doctrina de transición, pero él fué el fundador de una Escuela a la cual se afiliaron Broussais y Andral que fueron los verdaderos maestros de Littré. Inspirado en Glisson, Broussais instituye la *Medicina fisiológica* y admite que junto con un principio material, las facultades intelectuales son el resultado de la excitación encefálica. Sábese el impulso que Broussais, «de la raza de los grandes reformadores», prestó a la Medicina del siglo XIX. Uno de sus más brillantes contendores fué Andral, espíritu ecléctico y admirador de las sanas máximas de Leibnitz... Luego, después de asistir a la derrota del sistema de Broussais, Littré recibe la influencia del genial investigador que fué Claudio Bernard. Vivió en su tiempo; fué su contemporáneo y asistió en 1866 al triunfo de la *Medicina experimental,* en tanto que para 1877, alumbraba los senderos tortuosos de la Ciencia el genio excelso de Luis Pasteur! Desde luego que esta influencia de Pasteur no se refiere concretamente a la tendencia esencial del trabajo de Littré, sino que hemos de pensar que ante el misterio, deshecho por la visión aquilina de Pasteur, los investigadores de su tiempo sintieron ansiedad de conocer, de poder interpretar en los diversos dominios de la Ciencia. Así fué, de fijo, Renán. — Si Pasteur asciende a las cumbres de Chamonix para demostrar a la humanidad que un germen invisible domina y realiza el processo de las fermentaciones, Renán se lanza a la pesquisa de los

Santos Lugares a fin de sorprender en ellos la huella de los mártires e inspirados. Lo mismo que Littré cuando pretende desentrañar de la Edad Media toda la sedimentación nerviosa con que no contaba la Historia.

X — Este es uno de los más delicados problemas que haya podido resolver la Ciencia de la Historia con ayuda de los principios de la Medicina científica: ya, inspirado en las ideas de Lelut, pudo Littré demostrar que el demonio socrático obedecía a una alucinación en un «demifou», como diría Grasset.

Pudo la investigación de Littré proyectar mucha luz en la psicología de la Edad Media, toda ella informada o «entorpecida» por lo maravilloso y fantástico. El Diablo solía aparecer y entremeterse en mínimas miserias terrenas: el sortilegio y la brujería, con la magia y la quiromancia habían propagado la alucinación hasta el punto de ser esta una como epidemia en las convulsiones del siglo XVIII y en los jansenistas de San Medardo!.. El sentimiento religioso exagerado, como lo demuestra Littré, es la causa esencial de tales estados histeriformes. Bastaba la clasificación que él ha intentado de las convulsiones espirituales de la Edad Media, para que resaltara la potente originalidad de su obra: pretendió Littré comprender aquellas convulsiones en la Patología del diabolismo y en la Terapéutica del Milagro. Recordemos también que en esta vía de la reconstrucción de los accidentes «médicos» en la Historia, es a Littré a quien se debe la adverten-

cia de que el opio y el haschich provocan sueños de encantos; que ciertas sales quínicas producen vibraciones auditivas que simulan cataratas tormentosas, huracanadas; que la belladona lanza la retina por caminos extraviados y la estricnina sostiene el tonus muscular semejante al tonus rígido de los «convulsionarios» y extáticos del siglo XVII... Es suyo, en fin, este método que extrae de las Ciencias Médicas una fecunda enseñanza que explica a Cabanés, en las *Indiscreciones de la Historia,* porqué Martín Lutero sufrió de alucinaciones auditivas a causa de una otitis media que padeció el Reformador como consecuencia de un catarro crónico de la trompa de Eustaquio.

Naturalmente que esta poderosa ayuda del diagnóstico, acaba de una vez con el método «providencial» que con tanto ardor defendiera en sus *Discursos sobre la Historia Universal,* el Obispo Jacobo Benigno Bossuet, de Condom y de Meaux.

Littré pide a la Fisiología y a la Patología la razón de numerosos estados históricos: luego, Juan Martín Charcot, después de las publicaciones del historiador, comprendió que en verdad, entre la Historia y la Histeria hay en ocasiones relaciones que no son las más insignificantes. Y si en la Historia es prudente y filósofico tener en cuenta el que las edades son como una cadena vibrantísima de los nervios todos de la humanidad heroica, política, científica o moral, con razón que el estudio de la Fisiopatología del sistema nervioso sea una fuente de conceptos preciosos cuando se trata de interpretar la vida de los siglos.

XI — Cuál será el método mejor? En dónde estará la «verdadera» interpretación del fenómeno histórico? Será el menos imperfecto aquel que asigna desde la cuna una consigna a los grandes hombres y los adueña de la Historia; o el otro que deja al «medio», a las circunstancias, el desarrollo de los grandes cerebros ya preparados por la Herencia?

— El primero, ya lo sabemos, es el procedimiento bossuetesco y nada tiene que ver con el Naturalismo que está relacionado íntimamente con las acciones, con las ambiciones, con el temperamento y con la tendencia moral de los hombres. El otro es el método de Littré y se apoya en lo que domina siempre en el hombre: el dolor o el placer, según el estado orgánico y espiritual; esto es: según domine la normalidad del sistema o lo patológico de las energías. En este caso, la Historia estaría sometida a las condiciones orgánicas de los grandes espíritus, como acontecio, por ejemplo, en el caso de Napoleón en la batalla de Moskowa: sufría de disuria, según el Doctor Ivan. También parecería explicarse por anormalidad de orden patológico su fracaso en el campo de Waterloo: según el general Gourgaud, hacía algún tiempo que al Emperador érale doloroso cabalgar a causa de una afección hemorroidal que se aliviaba gracias al extracto de saturno líquido y caliente que le indicara Lorrey.

Este solo ejemplo basta para enseñarnos cuán profunda es la huella del «síntoma» en los actos humanos; esto es suficiente para que en el orden de las contingencias «neuropatológicas», nos expliquemos el impulso de César o la firme voluntad del

Libertador. También la responsabilidad cabe a ratos en aquella contingencia, cuyas mejores explicaciones han intentado Lelut, Lombroso, Binet-Sanglé, Ribot y Max Nordau.

El último de estos escritores, es quien más acremente, acaso sin respetar la impersonalidad de la Historia, ha exagerado aquel método con el cual lograra Littré reconstruir tradiciones confusas que ya se perdían en el Leyenda.

ERNESTO RENAN

I — El antiguo seminarista de San Sulpicio, se ha encargado de indicarnos la clave u origen de su genialidad como historiador; esta genialidad encuéntrase en su propia raza, aunque no es raro sorprender en Ernesto Renán influencias extrañas a la gente bretona. Pero lo esencial de su método, el estilo en que suele inspirarse la narración, deriva absolutamente, y como una cristalización, de la sinceridad de Bretaña, de esta tierra en donde se conservan intactas la espontaneidad de una raza y las tradiciones de la religión: en los *Recuerdos de infancia y de juventud,* está hablando Renán la lengua religiosa de los viejos cristianos de Treguier, de San Malo y de toda la costa armoniosa del Finisterre; en ese libro, aparece toda la influencia que pudo ejercer en su alma el alma cándida y ferviente de los bretones: los ojos de su inteligencia se abrieron en Treguier, aquel suave «nido de sacerdotes y de monjes».

Oigamos cómo define él mismo el medio donde se deslizó su infancia: «La catedral, obra maestra,

de ligereza, ensayo loco para realizar en granito un ideal imposible, me desvía al principio. Las largas horas que yo he pasado, han sido la causa de mi completa incapacidad práctica. Esta paradoja arquitectural ha hecho de mí un hombre quimérico, discípulo de San Tudwal, de San Iltud y de San Cadoc, en un siglo en que la enseñanza de estos santos no tiene ya ninguna aplicación. Cuando yo iba a Guingamp, ciudad más laica y donde yo tenía parientes en la clase media, experimentaba fastidio. Allí no me regocijaba sino con una pobre sirvienta a quien leía cuentos. Yo aspiraba a volver a mi vieja villa sombría, aplastada por su catedral, en donde a pesar de todo, sentíase una fuerte protesta contra aquello que es llano y ordinario. Me reconocía cuando de regreso veía nuevamente mi campanario, la nave aguda, el claustro y las tumbas del siglo XV; yo no estaba a mi gusto sino en compañía de los muertos, cerca de aquellos caballeros y nobles damas que dormían un sueño sereno, con su galgo a los pies y una gran antorcha de piedra en la mano... Mi infancia deslizóse en esta gran escuela de fe y de respeto».

Esa influencia sobre la personalidad de Renán, se aumentó con la resonancia mística que sobre sus oídos lanzó el mar bretón, en cuyo fondo, según la leyenda, estaría sumergida la ciudad de Is; constantemente vive el recuerdo en la recia gente marina: «Los dias de tempestad, dice, asegúrase que suele verse en la cavidad de las olas el vértice de las flechas de sus iglesias; los días de calma escúchase ascender del abismo la música de sus campañas que modulan el himno del día...»

II — Naturalmente que un alma sensible como la del niño Renán, protegida en su infancia por la solicitud inteligente y piadosa de una madre que fué ejemplo de excelentes matronas, apropióse de una vez el material étnico que, en determinadas ocasiones, requiere el genio para florecer en una raza. Dormía en él, desde su iniciación intelectual, el patrimonio de todo un pueblo; el carácter nacional y la herencia que la colectividad en silenciosa evolución puede incubar en uno de sus individuos, se muestran definidos en el niño bretón. O de otro modo: si aceptamos las definiciones de Ribot, en su *Herencia psicológica,* Renán habría sido un producto bastante complejo de las leyes psicofisiológicas que constituyen una raza o nación. En aquellas tierras de los «perdones» y de la fábula de la ciudad de Is, desentrañó él, como en una síntesis de virtudes geniales diversas, toda la herencia religiosa de sus antepasados. Son suyas estas palabras que delatan la vigorosa herencia ancestral: «Por mi raza, yo estaba fragmentado por fuerzas contrarias: había en la familia de mi madre elementos de sangre vasca y bordelesa; un gascón, sin que yo lo supiera, hacíale jugarretas increíbles al bretón; presentábala facciones simiescas... Mi padre, mi abuelo paterno, mis tíos, eran nada menos que gente clerical; mas, mi abuela materna era el centro de una sociedad donde el realismo no se alejaba de la religión. Esta complejidad de origen, es en gran parte, según me parece, la causa de mis aparentes contradicciones; soy doble: algunas veces una parte de mi yo ríe cuando la otra llora...

Ya este ambiente familiar, prestábale los elementos étnicos de que iba a valerse su personalidad para intentar la obra de reconstrucción histórica más original de los últimos tiempos: en su familia había la sinceridad religiosa más arraigada; en su país, la tierra de los «perdones» y de los marinos ensimismados ante la Virgen que los salvara del trágico vaivén de las tempestades oceánicas, existen aún los factores de una fe profunda, infantil.

Con estos elementos, él vivirá los primeros años de su azarosa vida de clérigo fracasado, en el retiro de San Nicolas del Chardonnet, en donde al fin de cuatro años de lucha, sufrirá la obsesión de esta frase que contra su fe de cristiano sometido a la narración bíblica, resonaba ya como una forma de autoscopia: «Eso no es verdad»!

En el seminario de San Sulpicio, el cándido padre Gottofref, uno de sus directores espirituales, lo acusa de no ser cristiano; y ante la lucha aquella del patrimonio remotísimo de sus creencias, los estudios teológicos y de hermenéutica sagrada junto con un poco de erudición extraña y opuesta a la verdad bíblica, prefiere ser sincero consigo mismo, y el 6 de octubre de 1845, el joven seminarista deja San Sulpicio, y su primer amigo en este combate de sus tendencias, de su nueva embriologia mental, será uno de sus contemporáneos más ilustres, que hablaba la lengua de los experimentadores: fué Berthelot, quien enseñó a Renán, según popia confesión, aquello que no enseñan en el seminario. Este método de los químicos y de los naturalistas en general, echará vigorosas raíces en el futuro historiador, aunque a la

verdad, la preparación renaniana arranca de otras fuentes, como pretendemos demostrarlo.

III — Algunos de mis lectores más perspicaces, podrían detenerse en medio de estas escrituras para interrogarme: «Cómo pudo suceder que siendo Ernesto Renán originario de un país de fondo y de costumbres esencialmente cristianos, hijo de padres religiosos en grado edificante y sometido como estuvo a la disciplina escolar de los sacerdotes, haya resultado de él un genio crítico abiertamento opuesto a los hondos problemas del dogma católico»?

— En el misterio de la genialidad, parecería que la preparación de la raza para incubarla, fomentarla y sacarla a luz; el esfuerzo íntimo de las fuerzas étnicas que se conglomeran para sintetizar la mentalidad colectiva, fuera iniciada, sostenida por la espontaneidad, sea cual fuere la forma intelectual en que se haga plástica la genialidad que aparece. De tal suerte seria esto así, que no resultaría extraño en Renán la crítica serena de la historia cristiana, así como en Félix Le Dantec no fué una incongruencia la propaganda científica del materialismo ateístico: ambos — y no tenemos derecho para admitir otra cosa, — fueron espontáneos, originales y amplios... Esto bastaria a la silenciosa evolución de los pueblos: éstos, en la ingenuidad de varias generaciones, trasmiten a la descendencia un poco de aquella singular sabiduría de la sinceridad; fortifican esta en los factores germinales de los individuos pertenecientes a futuras generaciones, y habiendo preparado en un sueño de siglos el terreno para que germine en él

una florecilla aromosa y coqueta, resulta, cuando menos, que la florecilla ricamente aderezada con los verticilos de la cerebración alta, requiere otros abonos, otro clima y hasta más exquisitos floricultores... Ante la descendencia despabilada, aquella florecilla es la monstruosa flor a que alude él autor de los *Aforismos:* (1) la generación seguiente, admite la genialidad que sin saber porqué, solicitó, con la «inconsciencia» de algunos lepidópteros efímeros que se enloquecen ante la radiación de los focos eléctricos, otros rumbos, nuevos senderos que iluminan con la antorcha de oro de sus células nerviosas evolucionadas... Todo esto pudo acontecer en Ernesto Renán.

IV — En su existencia de Issis, o en sus días de San Sulpicio, naturalmente que los estudios de Apologética, de Patrología y sobre todo de lenguas muertas, indicáronle las rutas más seguras que debía seguir en sus pesquisas históricas; en términos, que la erudición ortodoxa que adquirió en los seminarios, le concede una autoridad no menos eminente que la de un ilustre profesor de Teología o que la de un sabio catedrático de historia eclesiástica. Son suyas estas palabras: «La lucha teológica adquirió para mí un carácter particular, de precisión sobre el terreno de los textos reputados como obra de revelación. La enseñanza católica creyendose segura de si misma, aceptaba la batalla en este campo. La lengua hebréa era

(1) Gustavo Le Bon: «Las grandes superioridades mentales, en algo son comparables a las monstruosidades botánicas artificiales». Edic. franc, 1914, pág. 8.

en este caso el mismo instrumento capital, pues de las dos Biblias cristianas, una está escrita en hebréo y al igual que para el Nuevo Testamento, no hay exégesis completa sin el conocimiento de aquella lengua...»

Cuando Renán sostenía esta lucha, su conocimiento de algunas novedades alemanas era muy avanzado. En carta de setiembre de 1845, dice, probablemente al padre Cognat: «Lamento algunas veces no haber nacido en un país donde los lazos de la Ortodoxia fueran menos estrechos que en los países católicos, porque a todo precio yo quiero ser cristiano, mas no puedo ser ortodoxo. Cuando admiro pensadores tan libres y atrevidos como Herder, Kant, Fichte que se titulan cristianos, siento envidia de ser como éllos...»

Luego, en setiembre, de 1846, dícele al mismo sacerdote, que Kant, Herder, Jacobi y Goethe son ejemplos admirables del nuevo orden que debe comenzar para las religiones.

En el tiempo transcurrido en un año, de setiembre de 1845 a setiembre del año siguiente, se descubre, en su correspodencia, que ciertas lecturas alemanas lo han impresionado profundamente: la influencia que ellas van a dejar en su criterio, no perecerá en el curso de su obra histórica. Sobre todo, un autor debió de ejercer influencia en su espíritu y en sus inclinaciones cuando aún era discípulo de la casa aristocrática de Monseñor Dupanloup: el predicador Juan Gottfrier Herder, el mismo que Renán ensalza en su correspondencia para el padre Cognat. Las obras más alentadoras de aquel prusiano, *El espíritu de la poesía hebraica* y las *Ideas sobre la filosofía de la historia humana,* como si hubieran ser-

vido a Renán para interpretar los más delicados problemas del Cristianismo; como si aquél se apropiara, a manera de escudo, estas frases de Herder: «Si consideramos la humanidad tal como la conocemos, según sus leyes internas, no hallaremos nada tan elevado como la humanidad en el hombre. — En todos sus estados y en todas sus sociedades, el hombre no ha podido imaginar ni crear otra cosa sino la humanidad, sea cual fuere el modo como la haya imaginado...»

En lanzándose fuéra de San Sulpicio, otra influencia alemana más pertinente, más indeleble, informará casi todo su pensamiento histórico.

V — La pluma de escritor tan autorizado como Pablo Bourget, ha escrito de esta suerte en el prefacio al *Diario íntimo*, de Enrique Federico Amiel: «Es manifiesto que, en nuestro siglo XIX, el espíritu germánico posée, por el contrario, una energía superior, esto es, un mayor poder de producción de obras, porque la mayor parte de nuestros escritores no han hecho casi otra cosa, desde hace cincuenta años, que repensar las ideas emitidas más allá del Rhin o de la Mancha... No es verdad que las teorías de crítica religiosas propuestas por Renán derivan de la exégesis alemana?...» Y egrega más abajo: «Cuando se dice que la crítica religiosa de Renán procede de la crítica alemana, se quiere decir que el autor de la *Vida de Jesús* se ha asimilado el método de los exégetas de más allá del Rhin, y ha sabido sacar de él resultados que, a pesar de todo, se hallaban conformes con el genio de su propia raza;

y de hecho basta comparar sus libros con los del doctor Strauss, para percibir la diferencia entre el germanismo puro y su interpretación latina...»

Esta influencia del Dr. Strauss sobre la obra de Renán, fuera acaso posterior a la que debió ejercer otro alemán: el barón Pablo Dietrich von Holbach que nació ochenta años antes de Strauss.

Von Holbach fué amigo de Diderot, y en sus libros parece que abunda la gracia y agilidad de los literatos franceses. Según se dice, él fué el primero en intentar, en su *Historia crítica de Jesucristo,* la interpretación de la personalidad del Dios de los hombres al amparo de un método extraño a las religiones. De su estudio parece deducirse que Jesús habría sido un triste y a la vez un orgulloso, audaz y pusilánime.

Natural es pensar que el francés conociera antes a von Holbach que al Dr. Strauss; luego, la celebridad de este lo decidió de una vez a emprender sus labores históricas. El sabio David Strauss editó en 1835 su *Vida de Jesús,* y fué tal el escándalo que commovió la clerecía de Tubinga, que el vilipendiado profesor de la Universidad de Zurich fué expulsado de su cátedra. Una de las conclusiones de su obra está expresada así: «De admitirse como históricos los discursos de Jesús en el Evangelio de Juan El Evangelista, estaríamos obligados a reconocer que Jesús debió exhibirse cual un «visionario convencido», aceptando, desde luego, el vocablo visionario en el sentido en que suele tomarse en Psiquiatría.

Pudo suceder también, y esta sería la hipótesis menos incierta, que Renán se valiera del método de

Strauss gracias a la traducción que de la obra crítica de éste, había hecho para 1839 el erudito Littré. En este caso, la inluencia no sería del todo germánica: la figura brillante del reconstructor de la historia hipocrática tuvo, ciertamente, especial ascendiente, y grande, en el antiguo seminarista.

VI — En la época de mayor actividad intelectual de Renán, Emilio Littré era ya un maestro de la Historia. Debieron conocerse mucho, sostener estrechas relaciones de amistosa simpatía, de aquella «afinidad electiva» de que habla Goethe; acaso llegaría Renán en cierto modo, a ser un discípulo de Littré, como pretendemos comprobarlo: para 1839, Littré pūblica el primer volumen de su *Traducción de las obras de Hipócrates.* Para esta fecha, era hombre hasta de treinta y ocho años. Renán enriquecíase entonces, en el silencio de sus aulas, de conocimientos y doctrinas de los cuales resultó veinte y cuatro años después la *Vida de Jesús.* En 1861 edita Littré el último volumen de su *Hipócrates,* y dos años más tarde, en 1863, aparece la obra renaniana, cuando el bretón tenía cuarenta años de edad. Para esta época estaba en el apogeo de su gloria, y Littré era su colega en el Colegio de Francia y en la Academia Francesa...

Fácil es apreciar las condiciones en que debió realizarse aquella influencia: cuando Renán empezaba a bosquejar su obra, encontróse en los vastos corredores del Colegio de Francia o en las cátedras de la Casa de Mazarino, a Emilio Littré quien era entonces

un reconstructor de la Historia. Forzóso érale seguir los pasos al sabio de Mesnil-le-Roy: Littré había vertido al francés la obra de David Strauss, y por esta razón hiciéronle, de fijo, profundos comentarios al problema de la religión cristiana. Solo que el discípulo que siguiera las tendencias metodológicas del maestro, no las cumplió en todas sus partes: Littré con su poderoso esfuerzo intelectual y su vasta erudición, logra arrancar a la Leyenda la personalidad humana de Hipócrates; la traslada viva en el recuerdo, a las páginas de la Historia, y de una vez la exhuma de la fantasía para colocarla entre las figuras inmortales del mundo. Renán en cambio, con un método análogo al de Littré, pretende desglosar de la Historia todo aquello que rebozando la medida de los fenómenos naturales en la personalidad de Jesús, debiera, según él, relegarse de una vez a la ficción, a la fábula que como una tradición también va de bracero con la Historia en el seno de los siglos.

Para Littré, en suma, la leyenda hipocrática es historia auténtica; para Renán, la historia cristiana es en su parte misteriosa, milagrosa y teística, pura leyenda que parecería surgir del hondo conocimiento que el pueblo judío habría tenido de los Libros mosaicos y demás obras del *Antiguo Testamento*...

Con razón que Monseñor Dupauloup, «aquel sacerdote que a un tiempo sabia engañar al mundo y al cielo», dijera en su *Advertencia dirigida a los jóvenes y a los padres de familia,* a propósito de Littré el fascinador de su discípulo Renán, que «era un escritor de estilo pesado, un espíritu inflexible, más aleman que francés, fatigado por la visión obsti-

tinada del mismo horizonte y por la terquedad de las mismas ideas».

VII — Si Littré aplicó el método mejor a los factores históricos de la Medicina antigua, aquel método que consiste en apreciar los sucesos valiéndose de los progresos actuales de la Ciencia, Renán hizo igual cosa al estudiar la personalidad del Salvador. Ya esta tendencia es hasta plausible, pues lo contrario sería, según entiendo, una petición de principio: estudiar a Hipócrates, Sócrates o Jesús con la intención de «verlos» como los miraron sus contemporáneos y biografos, equivaldría a caer en un error de apreciación sobre seres tan desconocidos y más aún que aquellos biógrafos y contemporáneos. Además, hemos de pensar que cada generación, o si se quiere, cada centuria, aprecia con un criterio más evolucionado y que cuenta con la experiencia de los abuelos, la cual adereza mejor nuestra propia experiencia. No es posible, a riesgo de incurrir en faltas groseras, referirse ahora a la vida de antiguos personajes sorprendiendo su psicología en las solas frases de éllos o de aquellos admiradores o detractores que vieron en la época. Es preciso que la Ciencia, y en este caso concreto la Filosofía de la Historia, casi obedezca en todas sus partes a las amplísimas Ciencias Médicas y Naturales, interprete la personalidad de acuerdo con aquellas frases o escritos de los contemporáneos. Es como una especie de disección que se logra sobre los documentos, los cuales «representan» alma y cuerpo del personaje biografiado. Claro se está que las leyes naturales son las encargadas de

«explicar» aquella disección... Rara vez irán de bracero, y en triunfo con ellas, lo sobrenatural y milagroso.

Littré, por ejemplo, ha señalado el hecho de que lo maravilloso en la antigüedad y en la Edad Media, las enfermedades diabólicas y ciertas curaciones estupendas, así como la gran epidemia de flagelación en el siglo XIV y los convulsionarios del siglo XVII, parecerían deberse en unos casos a epidemias de nervosismo cuya explicación natural pertenece a la Patología. Otras veces, señala Littré, la epidemia espiritual como si obedeciera al medio social, a la influencia moral, al medio psíquico sometido a la exageración del sentimiento religioso sobre almas duramente excitadas y probadas por los dolores generales de la humana miseria. Así, se recuerda, que siete enfermos tocados por la «parálisis» en el siglo XIII, fueron acostados sobre la tumba del santo rey Luis, y luego de haber sufrido fuertes contracciones recobraron la sensibilidad y el movimiento: tratábase de la histeria provocada por una viva influencia moral que produjo y sostuvo una fuerte sacudida nerviosa.

Veámos cómo, en casos análogos, o parecidos, intenta Renán reconstruir la historia romántica, suave y admirable del Cristianismo.

VIII — Ya en las primeras páginas de la obra, observamos que el método empleado es el de la historia reconstructiva, «vivida» casi por aquel erudito francés que para 1861, viajaba con su hermana Henriqueta por tierras de Gaza o Ghuzzeh, aquel país

de Palestina con cuyas puertas cargó Samson, que sufrió el yugo de David, la sumisión a la potestad de Salomón, los castigos de Ezequías y las venganzas del rey judío Alejandro Janneo.

Según lo entendía el historiador, Jesús habría nacido en Nazaret no en Bethlehem de Judea, como lo aseguraron los evangelistas Mateo y Lucas, y ya anteriormente en el libro de Micheas, con este versículo :«Mas tú, Beth-lehem Ephrata, pequeño para ser en los millares de Judá, de tí me saldrá el que será Señor en Israel: y sus salidas son desde el principio, desde los días del siglo». De este detalle, mesológico, si se nos permite, del nacimiento en Nazaret, extrae Renán una fecunda enseñanza en relación con la psicología del Salvador: estudia el medio en donde la personalidad se desarrolla, y admite, desde luego, la eficaz influencia de la psicología, del clima y demás condiciones que deben influir, necesariamente, sobre el carácter de los habitantes. La grandeza de Herodoto como historiador, se debe a este cuidado de reconocer a la tierra donde nacimos el patrimonio de nuestras mejores y peores cualidades psíquicas; es necesario que la Historia añada, como indispensable complemento, la indispensable noticia geográfica.

Naturalmente que se comprende la trascendencia de esta medida que tan útil ha sido al profesor Seignobos (1) en sus cursos de Historia en la Facultad

(1)—Seignobos ha escrito su famosa obra de *Historia contemporánea* en colaboración con Alberto Mélin, profesor de Geografía y de Historia.

de Letras de París: el medio, el clima, la perspectiva de un lugar como lo menos transformable en la psicología de un pueblo, prestan a sus hombres ciertos caracteres que varían en límites casi despreciables para el caso de las variaciones en la personalidad.

Nazaret era pues, y sería actualmente, según Renán, «un delicioso lugar, acaso el sólo sitio de Palestina donde el alma se siente aliviada del peso que la oprime en medio de esta desolación sin igual. La población es amable y sonriente; los jardines son frescos y verdes. Es encantadora la fertilidad de las cercanías que Antonino Mártir comparaba a las bellezas del paraíso... El horizonte de la villa es estrecho, pero si se asciende un poco, y si se alcanza el terraplén azotado por una brisa perpetua que domina las mansiones más altas, la perspectiva es espléndida. Al oeste despliéganse las bellas líneas del Carmelo terminadas por una punta abrupta que parece sumergirse en el mar. Luego, aparecen el doble vértice que domina Magede, las montañas del país de Siquém, con sus lugares santos de la edad patriarcal, los montes Gelboé, el pintoresco grupito con el cual se relacionan los recuerdos graciosos o terribles de Sulem y de Endor, el Tabor con su bella forma redondeada que la antigüedad comparaba a un seno. Por una depresión entre la montaña de Sulem y el Tabor, se entrevé el valle del Jordán y las altiplanicies de la Perea, que forman del lado del este una línea continua. Al norte, las montañas de Safed, inclinándose hacia el mar, disimulando San Juan de Acre, pero dejando ante

los ojos el golfo de Caifás. Tal fué el horizonte de Jesus...»

Se reconoce la tendencia del autor, de querer achacar al medio casi toda la psicología del personaje: ésta se elaboraría y evolucionaría en el propio ambiente nacional. Contemporáneos Rénan y Taine, muy natural me parece que el método del segundo influyese en las reconstrucciones del primero; cuando menos, hemos de pensar que estos hombres se admiraron recíprocamente...

La propia influencia filosófica de Pasteur, cuando éste desentraña de hechos naturales toda una ciencia, debió subyugar a Renán: fué éste quien lo saludara de esta suerte cuando la recepción en la Academia Francesa: «Nosotros somos incompetentes para apreciar lo que constituye vuestra gloria, esas investigaciones admirables por las cuales habéis penetrado hasta en los confines de la vida, con esa ingeniosa manera de interpretar la naturaleza que tantas veces os ha respondido...»

En otros pasajes de su obra, Renán pide al medio muchos de los caracteres psicológicos de la Historia.

IX — De esta suerte sostiénese la narración: pidiendo a los Lugares Santos, en la solemne desnudez de sus piedras y en la calma radiosa de los días solares, la nivelación de los puntos tortuosos en las líneas cronológicas de las edades del Cristo. Así escribe Renán: «El hermoso clima de Galilea hizo de la existencia de aquellos honestos pescadores, un encantamiento perpetuo. Ellos ensalzaban

realmente al reino de Dios; eran simples, buenos y felices y fueron desde niños dulcemente arrullados sobre el delicioso mar, o durmiendo por las noches en sus orillas. No podemos imaginarnos la embriaguez de una vida que se desliza así frente al cielo; no podemos apreciar debidamente la llama fuerte y dulce que concede ese perpetuo contacto con la claridad de las estrellas bajo una cúpula azul de una profundidad sin fin. Fué durante una tal noche cuando Jacob, la frente apoyada sobre una piedra, vió en los astros la promesa de una posteridad innumerable y la escala misteriosa por la cual las divinidades cananéas iban y venían del cielo a la tierra. En la época de Jesús, el cielo no estaba cerrado ni la tierra había dejado de ser tibia y ferviente. La nube se abría aún sobre el ojo del hombre; los ángeles ascendían y descendían sobre su cabeza; las visiones del reino de Dios se producían por todas partes, porque el hombre las llevaba en su corazón. La pupila clara y dulce de estas almas simples contemplaba el universo en su fuente ideal: el mundo esclarecía tal vez su secreto a la conciencia divinamente lúcida de sus felices hijos, en quienes la fuerza del corazón merecía el que algún dia viesen a Dios.

Jesús vivía con sus discípulos casi siempre en pleno aire... Su predicación era suave y dulce, toda plena de la naturaleza y del perfume de los campos. Amaba las flores y de ellas tomaba sus más bellos ejemplos. Los pájaros del cielo, el mar, las montañas, los juegos de los niños eran objeto constante de su enseñanza. Su estilo no tenía nada del

período griego, pero se aproximaba mucho más al de los parabolistas hebráicos, y sobre todo a las sentencias de los doctores judíos sus contemporáneos».

Luego, en otro capítulo, al referirse a las angustias de Jesús en el huerto de Getsemaní o de los Olivos, confunde en una misma impresión de tristeza la suprema tristeza del ajusticiado con la honda melancolía del sitio: «Había sobre el Monte de los Olivos, dice, dos grandes cedros cuyo recuerdo se conservó por largo tiempo en los judíos dispersos. Sus ramas servían de asilo a las nubes de palomas y bajo su sombra habíanse establecido pequeños bazares... Jesús sentábase a menudo sobre el Monte de los Olivos, en frente del monte Moria, teniendo bajo los ojos la espléndida perspectiva de las terrasas del templo y de sus techos cubiertos con láminas brillantes... Mas, un profundo sentimiento de tristeza envenenaba para Jesús el espectáculo que a todos los otros israelitas llenaba de fiereza y de júbilo... Su alma fué triste hasta la muerte; el amor de su obra lo embarga...»; y allí en Getsemaní fué donde, según Lucas, «estando en agonía, oraba más intensamente: y fué su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra», y que según las interpretaciones científicas de Binet-Sanglé, trataríase del fenómeno de la hematidrosis en un gran místico...

Como se ve, Renán quiso no solo arrancar muchos secretos a las tierras santas de Jesús, sino que contra la opinión de hagiógrafos y patrólogos, pretende reconstruir la figura humana del Hijo del Hom-

bre. El Padre Didón, veinte y ocho años después de publicada la *Vida de Jesús,* edita su *Jesucristo,* para atenuar el triunfo literario, histórico y científico que alcanzara el pensador de Bretaña, cuyo escudo o lema en Historia está comprendido en estas palabras: «La Ciencia sóla es pura; porque la Ciencia no tiene nada de prático; élla no toca a los hombres; la propaganda no le ineressa. Su deber es probar, no persuadir ni convertir...» Esto mismo pudiérase aplicar, en ciertos límites, a la exageración del patriotismo cándido, místico, o del otro que si es pecaminoso: el especulativo, comercial, saturado del resabio culinario de los poemas — en prosa o en verso — que podrían expresar el olaje en los estómagos llenos de agua...

X — La obra *Jesucristo,* escrita por el Padre Didón y publicada en 1891, aparece veinte y más años después de haberse editado el libro de Renán, como para oponerse a la expansión que tomaban los volúmenes del sabio.

Didón se propuso narrar la vida del Salvador sirviéndose de la propia documentación que utilizó Renán; y hasta en el mismo método inspiró más de uno de sus períodos. Sin embargo, cuando intenta la interpretación de los hechos, no se vale para mucho de los fenómenos naturales que conocemos; el historiador se transforma entonces en el célebre dominico y hermano predicador.

Viajó mucho, como el ótro. Y es tal la importancia que concede a los viajes, que así escribe para imprimirle mayor esplendidez a su obra que

sí es muy brillante: «Todo acontecimiento está sometido a las leyes del tiempo y del espacio. La razón no lo concibe sino relacionado al espacio en donde se ha cumplido y al tiempo que lo ha visto reproducirse. Lo primero está indicado por la Geografía; el tiempo está informado por la historia general de los pueblos y de la humanidad. La descripción de un hecho no es cumpliada sino a condicion de instalarlo en el doble medio o ambiente que lo rodea. Es a menudo incomprensible, permanece inexplicado si no lo aislamos de su cuadro. Cuando se escribe sobre los acontecimientos contemporáneos, supónese que al escritor le sea conocido el teatro geográfico e histórico de estos acontecimientos... Me he aplicado a encuadrar la vida de Jesús, en eso que yo llamaría su medio pintoresco o geográfico y en su medio social o judío.

«Dos viajes prolongados, me han permitido estudiar de cerca la Palestina, la tierra de Jesús. La he recorrido lentamente, en todo sentido, siguiendo las huellas del Maestro, desde Bethelen y Hebrón, hasta los confines de Sidón y desde Tiro hasta las márgenes del Jordán. Me he detenido largo tiempo en los mismos lugares donde Jesús había vivido, ardientemente luchado, sufrido, enseñado y amado. He intentado ver esos lugares tales como eran diez y ocho siglos atrás... Aquellos que han combatido la realidad de la historia de Jesús, seguramente que no han visto la Palestina. De haberla estudiado, Evangelio en mano, habrían comprendido que el Evangelio no se inventa...»

Como se observa, el Padre Didón sigue, en cier-

to modo, las tendencias históricas de Renán: intenta ver los Santos Lugares tales como eran, y naturalmente, la figura del Hijo de Dios aparece en toda su magnificencia sobrenatural.

Mucho antes, Renán visita las tierras sagradas de Palestina y otra fué su impresión: Renán no sorprende sino las huellas de un «noble iniciador... que al precio de algunas horas de sufrimiento que no lograron lesionar su grande alma, logró adquirir la inmortalidad más completa». Los pueblos bíblicos son interpretados en su honda psicología de tristeza y sentimentalismo. Pasan por la imaginación del lector los pueblos de la historia cristiana como debieron ser «naturalmente». El gran factor que dominará en las escenas de las cuales fué actor principal el Ungido del Señor, habría sido para el pueblo judío el Libro de Daniel. Este hombre exaltado, del tiempo de Antíoco Epífanes, fué, según Renán, el verdadero creador de la filosofía de la historia. A él se debe, según lo entiende el francés, la evolución de una idea que luego transformóse en el más firme patrimonio ancestral que haya pesado sobre el pueblo judío: Daniel no veía en el movimiento del mundo, ni en la sucesión de los imperios, sino una serie de hechos subordinados, a los destinos del pueblo judío. Y de este hecho toma pie Renán para referirse a la herencia en el trascendental fenómeno de la vida y muerte del Cristo.

Si es cierto que el Padre Didon, Evangelio en mano, ve el tiempo y los personajes, Renán propiamente reconstruye el medio y sus hombres, recordando siempre que «la Historia es una ciencia como

la Química, como la Geología. Para ser ampliamente comprendida élla exige estudios profundos, cuyo resultado más elevado consiste en saber apreciar la diferencia de los tiempos, de los países, de las naciones y de las razas. Un hombre que creyera hoy en los fantasmas y en las brujas, no sería considerado entre nosotros como un hombre serio. Mas, en otros tiempos, hombres eminentes creyeron en todo esto; y acaso en ciertos países sea todavia posible en nuestros días, conceder la verdadera superioridad a errores semejantes... La sinceridad científica no conoce las mentiras prudentes. No hay en este mundo motivo bastante fuerte para que un sabio se constriña en la expresión de lo que él admita como verdad... La primera obligación del historiador es la de bien dibujar el medio en donde se sucede el hecho que cuenta. Ahora bien, la historia de los orígenes religiosos nos transportan a un mundo de mujeres, de niños, de cabezas ardientes o desviadas. Coloquemos estos hechos en un medio de espíritos positivos, y resultan absurdos, ininteligibles, y he allí porqué los países rudamente razonables como Inglaterra, están en la imposibilidad de no comprender nada». Y es que no se necesita ser inglés, sino cualquier mortal se resiente ante aquel medio que no es el suyo: cada siglo y más acendradamente cada época, tienen su evolución especial.

En aquella y otras afirmaciones, Renán aparece como el más fiel discípulo de Saint Beuve, quien habría ejercido sobre él «mucha influencia».

Claro se está que apoyada la Historia en semejantes fuentes de interpretación, Jesucristo no resis-

tiría el análisis, y solo queda ante nuestros ojos, después de haber leído la *Vida de Jesús*, como una necesidad de las circunstancias sociales que después de muchos siglos habría preparado la tradición que estaba encerrada en el *Antiguo Testamento*.

Ahora bien, porqué ha triunfado Renán sobre tantos prejuicios y contra la crítica sabia y vigorosa de la Iglesia?

XI — En materia de Historia, ya lo hemos dicho, Renán y Didón se sirven de los mismos documentos: para el último, los tres primeros Evangelios o *Sinópticos*, siendo de una armonía perfecta cuanto a la narración, en ellos aparece Jesús como Taumaturgo, Maestro y Doctor. Y luego de haber recordado algunas cartas sobre los Apóstoles y algunos capitulos de los *Hechos*, dice de esta suerte: «A pesar de su breve volumen, estos escritos son de una riqueza inagotable, por la abundancia de los hechos y de las palabras que ellos refieren. Su primer mérito, como documentos, es su antigüedad. Redactados por los años que siguieron a los acontecimientos, son la expresión simple y verídica de los recuerdos que habían dejado en el alma de los discípulos la enseñanza, los preceptos, los ejemplos, la persona del Maestro desaparecido.»

Oigamos cuál es la opinión de Renán: «Si el milagro contiene algo de realidad, mi libro no sería sino un tejido de errores. Si los Evangelios son libros inspirados, verdaderos desde el principio hasta el fin, yo habré tenido gran culpa por no haberme contentado con solo colocar a continuación unos de

otros los fragmentos de los cuatro textos, como hacen los armonistas, para constituir así el conjunto más redundante y contradictorio. Si al contrario, el milagro es cosa inadmisible, yo he tenido razón al considerar los libros que contienen las narraciones milagrosas como historias mezcladas de ficciones; como leyendas saturadas de inexactitudes y de errores. Si los Evangelios son libros como otros, he tenido razón al considerarlos de la misma manera que el helenista, el arabisante y el indianista consideran los documentos legendarios que éllos estudian. La Crítica no conoce textos infalibles; su primer cuidado es el de admitir en el texto que estudia la posibilidad de un error. Lejos de ser acusado de excéptico, debo ser clasificado entre los críticos moderados, pues que en lugar de rechazar en conjunto los documentos debilitados por tanta aleación, yo ensayo de extraer de ellos, por delicadas aproximaciones, algo de histórico... Rechazamos lo sobrenatural por la misma razón que nos hace rechazar la existencia de los centauros e hipógrifos: esta razón consiste en que jamás fueron vistos los hipógrifos y los centauros. No es porque se me haya demostrado que los evangelistas no merecen un absoluto crédito por lo que rechazo los milagros que éllos narran. Es porque hablan y afirman los milagros por lo que he dicho: «Los Evangelios son leyendas; pueden contener historia, mas, ciertamente que todo en ellos no es histórico...» Y contra la opinión posterior del Padre Didón que ha escrito: «El milagro es un hecho que se reproduce fuera de las leyes de la naturaleza, por la intervención de las fuerzas superiores a la

naturaleza y de la misma fuerza que al crear la naturaleza determina sus leyes», Renán previendo la crítica y saturado de todas las reconstrucciones y modificaciones que en los conceptos sobre acontecimietos medievales había apuntado Littré, dice de esta suerte: «No creemos en el milagro así como no creemos en los espectros, en el diablo, en la hechicería, en la astrología. Tenemos nosotros necesidad de refutar paso á paso los largos razonamientos del astrólogo para negar que los astros influyan sobre los acontecimientos humanos? — Nó. Es suficiente toda la experiencia negativa, pero que a la vez es demostrativa de que la mejor prueba directa consiste en que jamás se ha logrado comprobar una tal influencia...»

Pretendo explicarme esta manifesta disparidad, tan opuesta, entre Renán y el Padre Didón.

XII — Afirma Renán que «los tipos de los milagros evangélicos no ofrecen mucha variedad; repítense unos y otros y parecen calcados al gusto del país»; que «la opinión popular quería que la virtud divina fuera, en efecto, como un principio epiléptico o convulsivo...» Por otra parte, «casi todos los milagros que Jesús creyó ejecutar, parecen haber sido milagros de curación; la Medicina era, en esta época en Judea, lo que aún es en nuestros días para los pueblos de Oriente: esto es, en modo alguno científica, absolutamente esclavizada a la inspiración individual. Supónese que había procedimientos más o menos eficaces para lanzar los demonios; el estado de exorcista era una profesión regular, como la de médico. No es dudoso que Jesús haya tenido la reputación de poseer los últi-

mos secretos de este arte. Había entonces muchos locos en Judea, a causa tal vez de la gran exaltación de espíritu...» Y en las páginas que siguen, Renán trata de probar que las dulces palabras de Jesús pudieron tener gran influencia sobre la razón de aquellos enajenados. Así, la terapéutica que hace parte de la Psicoterapia, no tendría nada de sobranatural.

El Padre Didón protesta y se pregunta: «Ha dado la escuela mítica una prueba cierta, positiva, de ese trabajo de creación leyendaria? Ha explicado ella con documentos ciertos cómo el carpintero Jesús ha ejercido, sin milagro, un ascendiente tal sobre discípulos a quienes subyuga hasta el punto de hacerlos apóstoles heroicos por su fidelidad y su virtud?... (1)

La disyuntiva no tendría otra explicación sino en el temperamento de ambos escritores opuestos: en los tiempos que vivimos, y aún en los días de nuestros abuelos, la fe no ha sido una imposición. El mayor de los absurdos históricos, tras de que encierra los más negros crímenes, es la imposición amenazante de la fe por la Santa Inquisición. Se cree espontáneamente o por convicción aunque fe y convicción se excluyen: cuando se tiene convicción la fe no se necesita; no se cree entonces: se afirma.

En el caso de Renán no hubo la convicción, a pesar de que él sabía tanto de la Historia del Cristianismo como aquel ilustre Padre Didón. La fuente de esta disparidad, la encontramos, a mi humilde com-

(1) Para ciertos escritores de la historia de nuestra época, el caudillismo realiza verdaderos milagros de esta suerte.

prensión, en la singular manera de ser el temperamento espiritual en los individuos: se cultiva el sentimento religioso como se cultiva el amor en alguna de las múltiples formes del amor. Lo natural, o por lo menos lo que hubiera parecido natural, habría sido que Renán, sin la contaminación del mundo, con un corazón que ambicionaba recrearse en el amoroso idealismo católico, resultara un sacerdote ejemplar por la fe y por el espíritu de persuasión. Mas, Renán, con todas las «posibilidades» para creer, llevaba en su temperamento espiritual aquel poderoso y original sentido crítico que aún, en materia de Historia, no ha sido superado en Francia. No se podría decir de él que el mundo, la carne, lo encenegaron en los fangos del Materialismo: la mentalidad de Renán tiene mucho de aquello que Max Nordau califica entre las virtudes geniales: la trivialidad que equivaldría a la originalidad.

Desde luego que esta trivialidad equivaldría, en el concepto de la ingenuidad infantil, a la sinceridad menos sospechosa. En Renán todo se debe al sentido crítico que acaso en el Padre Dión haya sido insuficiente: así como dos hombres de talla igual, de análogas costumbres y de la misma edad pueden gozar de un hígado formidable en úno, en tanto que en el ótro la glándula sufriera de una pasajera insuficiencia, así, por modo parecido, sabios existen en quienes crece, se agiganta el sentimiento religioso a causa de una honda insuficiencia para ejercitar el sentido crítico. Esto pudo suceder en el Padre Didón

y en aquel *Juan Loyseau,* en su refutación llamada *Cartas sobre la vida de un tal Jesús.*

Cuanto a Renán, su caso es el del verdadero ateo en el sentido de que Jesús, siendo excepcional como hombre, no cabría justamente en el molde exacto de Dios. Esto es: queda holgado hasta el punto de que la libertad de que goza en él, permítele sus movimientos, son acciones humanas. En términos que en la narración vemos al hombre y nada más que al hombre; a Dios no podríamos reconocerle, acostumbrados como estamos a ver en torno nuestro la miseria humana, el egoísmo y la pedantería de los grandes. En la *Vida de Jesús* «vemos» al niño que asiste a la lectura del «hazzan» en la escuela judía; que ignorando la cultura griega, habla el dialecto siriaco viciado por la influencia hebraisante de los demás nazarenos sus contemporáneos; vemos a un Jesús que desconocía el judaísmo, que ignoraba a Philon aunque se haya intentado sorprender una tendencia análoga o común; el Jesús que nada sabía de Escolástica, de aquella Escolástica de cuyas fuentes nació la disciplina rabínica o *Talmud;* que tal vez dióse cuenta de la grande alma de Simeón, el Justo, de Jesús, hijo de Sirach y sobre todo de Hillel, acaso «el maestro del Salvador»; de fijo que sabría muy poco de la ciencia griega que excluía las fuerzas sobrenaturales.

Claro se está que la pobreza intelectual del teatro donde Jesús comenzó a desarrollar sus ideas, o sus facultades intelectuales, ha hecho que algunos historiadores duden de que él haya permanecido todo el tiempo de su «gestación mesiánica» en las tierras de Palestina.

XIII — Renán se pregunta: «Cuál fué la evolución del pensamiento de Jesús durante ese período obscuro de su vida»? o esa laguna que hay entre los doce o más años y los treinta cuando su bautismo en el Jordán? El mismo Didón, tan escrupuloso de la Historia, declara que «sobre esos largos años de Jesús en Nazaret, los documentos evangélicos enmudecen». Lucas apenas si advierte después de la sabia conversación con los doctores, que «Jesús crecía en sabiduría, y en edad, y en gracia para con Dios y los hombres».

La fantasía, la necesidad de inquirir la verdad sobre esos diez y ocho años que Jesús pasa en un silencio cuyos pormenores ignoran los mismos evangelistas, la necesaria hipótesis ha impulsado a más de un viajero en la búsqueda de los documentos que puedan cegar la honda laguna que Renán, con sus geniales tendencias de constructor no pudo vencer. Parece, sin embargo, que Nicolás Notovitch pretendió haber zanjado las dificultades en su obra *La vida desconocida de Jesús*. En 1878, este ruso visita el Tibet, y en la biblioteca de un convento budhista descubre los documentos escritos en lengua tibetana que narran la vida de Santo Issa «un santo israelita que vivió muchos años entre los ministros de Buhda». La narración es de la célebre biblioteca de Lassa y pertenece al año 200 después del Cristo. Renán ofrecióse para redactar una memoria y leerla en la Academia; mas, Notovitch prefirió editar el volumen de cuya lectura se deduce que un joven israelita, de origen judío, ya conocido en Galilea a los trece años por sus discursos edificantes, abandonó clandestinamente

la casa paterna y en una caravana de marcaderes tomó el sendero de la India. Llegado que hubo a la India, los Djainitas se impressionaron ante su gran saber y procuraron atraérselo; mas, el israelita o Issa, quiso aprender de los Vedas a curar con el auxilio de las preces, a lanzar el espíritu maligno y restituir la forma humana. Pasó algunos años en Djaguernatt; negaba en sus prédicas el origen divino de los Vedas y esto irritó a los padres brahamanes. Encaminóse a las montañas de Nepal, en donde el Budhismo era magnificente; inicióse en los libros sagrados y prácticas religiosas y regresó a su país, pero en Persia los adoradores de Zaratustra lo interrogaron y luego lo expulsaron... Tenía veinte y nueve años de edad, cuando Issa apareció en las tierras de Israel. Sus sermones agitaron el pueblo que esperaba al Mesías. Entonces Pilatos, gobernador romano que residía en Jerusalén, ordenó su prisión. Lo demás es la narración del ministerio de Issa, su pasión y su muerte...

Ante la escasa influencia de Hillel, más de un historiador se ha visto inclinado a aceptar la crónica tibetana. A propósito de esto, el brasileño De Araujo Jorge dice en su monografía *Jesús:* «El libro que Gustavo Lejeal escribió para demostrar la tesis de que Jesús habitara Alejandría, en donde se habría aplicado a la escuela y a las doctrinas de Platón, no tiene apoyo en ningún documento de valor histórico indiscutible para ofrecer siquiera el mérito de la novedad...» Habría alguna razón en mirar como auténtica la narración de Notovich, si se piensa en que ya Renouvier y Taine, habían sorprendido relaciones de analogía entre la moral de Buhda y la de Jesús,

El Ungido del Señor, Santo Issa, El Maestro o Hijo de María...

Por encima de todas estas interpretaciones más o menos felices, permanece en pié, de fijo, el personaje humano, profundamente idealista, cuya historia escribió Renán. Muchos le asignarán más valor a la obra de éste sobre *San Pablo.* En lo heterogéneo de la humanidad el concepto de la fuerza es el más extendido, y San Pablo, ese «padre del sutil Agustin, del árido Tomás de Aquino, del sombrío calvinista, del áspero jansenista, de la Teología feroz que condena y predestina a la condenación», es la fuerza para el dogma; o como escribe Lahy en *La moral de Jesús,* «él precisa la enseñanza simbólica; adapta su moral a las necesidades sociales y gracias a este valor práctico que adquiere la doctrina, San Pablo la perpetúa.» Mas, el hombre ideal según Renán, es Jesús, «el poeta divino, el gran artista que desafía sólo los tiempos y las revoluciones».

MAX NORDAU

I — Ningún escritor habrá sido tan combatido como el húngaro Max-Nordau; su obra no solo alarmó a los adoradores, sino que hizo fructificar el encono en los maestros que se creyeron inmarcesibles. Su caso parecería demostrar, hasta la saciedad quizá, que la Historia quiere siempre que sus edades, su actividad y sus mejores ofrendas sean inscritas sobre el mármol de las tumbas y no bajo los pórticos de la grandeza viviente; quiere que la inscripción sea hecha cuando ya el tiempo haya desfigurado el recuerdo de los rostros y de las acciones generosas o viles.

Porque la Historia, que no conoce rencores ni complacencias, como si levantara del pasado, de los osarios convertidos en polvo, a la personalidad que se fué por los senderos luminosos de la inmortalidad gracias a la justicia o a la miseria de sus principios. Y sucede a menudo, según sea la verdad de estos principios, que el gran poder de la Historia es análogo al otro del Nazareno cuando éste exclamó ante

el cuerpo corrompido: «Lázaro, ven fuera!...» Sólo que en el caso de la Historia, el «milagro» es de otra naturaleza: Jesús rehizo en carne palpitante, según se cuenta, el cuerpo cadavérico de un amigo; en tanto que la Historia da a los tiempos, vestidos con la gracia de la inteligencia, de la genialidad o del esfuerzo heroico, los vestigios apenas reconocibles de lo que fué la naturaleza corporal de los grandes hombres.

II — El escritor de Budapest ha querido, contra la prudencia histórica, hacerse un estilo de cauterios que sabe Dios si será moralizante. Para Ingenieros, en *Al margem de la Ciencia,* Max-Nordau «algunas veces se crispa con un gesto de amenaza para lanzar uno de sus juicios decisivos, catapultantes... Esta aparente maldad es, sin embargo, bondadosa; es la maldad del médico severo que ha resuelto curar al enfermo y no transa con los caprichos del paciente y de su familia. Ese médico odia, acaso, a su enfermo?».

Parecería hasta ingenua esta apreciación de Ingenieros, si se piensa que Max-Nordau no habrá pensado jamás en que sus críticas llegaren algún día a ser anodino contra males mentales de ciertos pensadores. Admitamos como lo mejor, que el método histórico de Max-Nordau se aplica a los grandes que viven o que recientemente perecieron. Gracias a este método, él va hacia el pasado sin despedirse del presente y sin conocer nada de lo que el futuro reserve a las personalidades que el húngaro ha lanzado en los senderos escabrosos de la apreciación

pública. Y como será muy difícil valorar el porvenir cerebral de algunos cuando se trata de esa evolución tan disparatada y voluble de la mentalidad en los artistas, la sanción histórica del sabio Nordau no vendría a tener, en los días que siguen, sino un valor muy relativo a causa de que cada uno de nosotros no es uno sino muchos en el tiempo: la personalidad en los intelectuales debiera apreciarse por etapas, a fin de no caer en el error de aquéllos que habiendo conocido la historia escandalosa del prisionero de Reading, admitieron que Oscar Wilde fué un depravado sexual, sin colegir que más tarde, cuando la amargura de su delito, surgió de él, como de las entrañas negras de una mina, el diamante resplandeciente del *De Profundis*, especie de clamor de un alma encantada en las delicias del amor divino.

III — Se dirá que los estudios de Nordau no son propiamente históricos sino de crítica, y singularmente de crítica individualista, aunque en *El mal del siglo*, en las observaciones y detalles se haya olvidado de las personas. Repito que bajo otro aspecto, desde el punto de vista narrativo, Max Nordau consiguió especializarse en determinado capítulo de la Historia. Su originalidad está en esto: en haber aplicado la ciencia de la Psiquiatría, a los gestos, a las actitudes, a los disfraces líricos y a la simulación de ingeniosos hijos del Arte. Sus anales de la Literatura, tienen a ratos extrañas analogías con los anales de Charcot en la Salpetriere o con los de Magnan en Santa Ana.

Cuando sorprende el detalle o signo psiquiátrico, surge la crítica médica que puede elevarse a la categoría de un diagnóstico; mas, cuando en estos signos aparece como en un marco de bronce la figura carnal, huesuda o adiposa del simulador, hombre de letras, filisteo, liróforo o petimetre, entonces el «alienista» se transforma en historiador de períodos fuertes y rudos, en términos que llega a olvidarse de que la Historia no es eso...

Otro punto desvirtúa su obra de crítica histórica ante «las mentiras convencionales» que yo calíficaria de prejuicios derivados del instinto de conservación: la osadía de Max Nordau cuando echa a los cuatro vientos de la publicidad los trapos sucios de la literatura francesa y de otras literaturas. En esto que pudiera ser grotesco sin que dejara nunca de ser una demonstración de carácter impertérrito, consiste la diferencia radical entre la obra de Nordau y la de su maestro César Lombroso. A la verdad, ninguna gracia habría tenido la suya si esta hubiera sido una simple depuración de la obra genial del famoso italiano.

IV — Lombroso, con todos los defectos de su *Hombre de genio,* con todas las simplezas que pudiéramos sorprender en más de un diagnóstico deducido de anécdotas insulsas, fué un creador original y prudente, aunque Mauricio de Fleury, en su *Medicina del espíritu,* sea opuesto a esta opinión cuando califica de «espíritu simplista» al profesor de Turin. Siquiera, Lombroso indaga verdades de orden patológico en personajes de un pasado remoto, aunque

desviándose ligeramente de sus tendencias, haya expuesto, sin mayores miramientos, la «historia clínica» del caso Emilio Zola. Pero en general, con muy pocas excepciones, en su obra no se cuenta casi con el tiempo presente: desfilan los grandes de la Historia; y a ratos, de la película misteriosa se levanta y extingue rápidamente un clamor: «persiguen» a Juan Jacobo; la nostalgia que sostiene la «lipemanía» de Tasso le provoca un lamento por verse loco él mismo; luego, las «auras» de la inspiración genial nos proyectan la figura de Bonaparte, en tanto que en el claro-oscuro de las figuras que pasan, el Dante asfixiado por un orgullo inconcebible, repite como una angustia: «Inmiarsi, intuarsì, entomata!...» Continuamos adivinando los gestos, y un hombrecillo que habla mucho y reniega de todo, acaricia a un perro que será su heredero: Arturo Schopenhauer su hunde en las tinieblas de las dudas!...

Sin embargo, substancialmente difieren el maestro Lombroso y su discípulo Nordau: en el concepto acerca de la génesis de la inspiración genial.

V — Lombroso, queriendo sobrepujar a sus maestros Lelut, Moreau y acaso el alemán Hagen, ha creído que la genialidad es de naturaleza epileptoïdea. Muchos autores desde Aristóteles hasta algunos de estos tiempos, han pensado que el hombre genial fuera una personalidad con mucho de morboso. El autor italiano, admite, como conclusión de su obra, «que la creación genial podría ser una forma de psicosis degenerativa perteneciente a la familia de las epilepsias», lo cual es un desacato para mucha gente ilus-

tre que desconoce la tendencia del autor: Lombroso acepta que cuando la convulsión no aparece, el «equivalente psíquico», que puede sustituírla en los grandes hombres, sería a menudo la creación genial. Ya Maudsley, en su *Fisiología y patología del espíritu,* como Magnan en sus *Consideraciones,* definen el tipo del «degenerado» que bien pudiéramos identificar en el psicósico de Lombroso. El doctor Grasset, quien tanto rebuscó en las obras del italiano, piensa, en sus *Semilocos y semirresponsables,* que «el genio no es una neurosis; la neurosis es más bien la herida, la complicación de la superioridad. No es la causa, es el obstáculo». Y cita, sin embargo, casos numerosos de genios epilépticos!...

Max Nordau, crée de otra suerte, y tal vez sea en esto en lo único que su pensamiento científico fuere adverso a la escuela de Lombroso: «Si nada digo, escribe en su *Psico-fisiología,* acerca de las causas que producen el genio, porque estas causas son aún desconocidas, dedicaré, sin embargo, aquí, algunas palabras a las relaciones entre el genio y la locura: se ha querido asimilar estos dos términos; en opinión de un gran número de alienistas, el genio es una neurosis; mi ilustre maestro Lombroso precisa: el genio es una forma de la epilepsia; luego, pues, siempre patológico, siempre degenerativo. Yo creo que éste es un error que tiene su punto de partida sobre todo en una aplicación tradicional, pero inexacta, de la palabra genio; se llama así, con una deplorable facilidad, a cualquier imbécil extático que se las echa de profeta o de artista y que deslumbra por su extravagancia absurda a esa porción, la más repulsiva del ejército de los filisteos:

los snobs que blasonan de estetismo...» Y luego, admite para la génesis del genio «una neoformación evolutiva, una diferenciación superior que se presenta por vez primera como adquisición individual»...

VI — Y es que la filiación científica de Max Nordau no deja dudas. El mismo la descubre cuando en el prefacio a la *Degeneración* dice al profesor Lombroso: «Dedico a usted este libro para reconocer así, alta y claramente y con satisfacción grande, que sin los trabajos de usted nunca hubiera podido ser escrito...» Y ya al final de esta carta, añade: «Sin pretender ni por asomo, compararme a usted, que es una de las más soberbias apariciones intelectuales del siglo, me atrevo sin embargo, a tomar como ejemplo la sonriente serenidad con la cual usted sigue su camino, sin inquietarse de que le desconozcan, de los insultos, ni de la ininteligencia».

Esto sólo podría bastarnos para reconocer las fuentes de donde bebió el sabio pensador húngaro, aunque a la verdad, por ser anterior a Lombroso, bien se pudo que el desenfado de Saint-Beuve haya tenido alguna leve influencia en Nordau. Mas, es con Lombroso, con Moreau, y Magnan con quienes comparte una muy escabrosa tendencia o método histórico: Lombroso, con algunas muy juiciosas advertencias, habla de la psicosis epiléptica como de la «equivalencia» en la expresión de la genialidad; Max Nordau en oposición aparente dice: «Los degenerados no son siempre criminales, prostituídos, anarquistas o locos declarados; son muchas veces escritores y artistas. Pero estos últimos presentan los mismos rasgos

intelectuales — y las más de las veces también somáticos — que los miembros de la misma familia antropológica que satisfacen sus instintos malsanos con el puñal del asesino o la bomba del dinamitero, en vez de satisfacerlos con la pluma y el pincel...»

Ciertamente que no entiendo cómo es que apuntando tales observaciones, no se llegue a la verosimilitud de que muchos hombres de genio, cuando no lo fueron todos, son personalidades morbosas que al modo de algunos epilépticos llegarían a sufrir instintos malsanos, a pesar de ser escritores y artistas con los rasgos intelectuales de la familia antropogica de los asesinos!...

Cuanto al método del húngaro, inspirado profundamente en la enseñanza lombrosiana, está definido en esto otro de la carta al sabio de Turin: «Me he propuesto examinar las tendencias a la moda, en el arte y la literatura, ateniéndome todo lo posible al método de usted, y probar que tienen su fuente en la degeneración de sus autores y que los que las admiran se entusiasman con las manifestaciones de la locura moral, de la imbecilidad y de la demencia más o menos caracterizadas...»

Dos puntos hay de bulto en tales afirmaciones: Max Nordau confunde, radicalmente, el gusto por la belleza de tal o cual obra de arte con el amor hacia la imbecilidad y la demencia!... Sería necesario que se nos demostrara, por ejemplo, que en *Salomé,* de Wilde, en *El Discípulo,* de Bourget, o en *Las flores del mal*, de Carlos Baudelaire hay alguna demostración de lo que científicamente se entiende por imbecilidad. Naturalmente que no hablo de

la belleza moral de aquellas obras; mas, de fijo, que la belleza abunda a menudo en donde las leyes morales no hicieron parte de la obra artística.

El otro punto se refiere al método en sí: de haber hablado de «equivalentes» y no de locura moral, imbecilidad y demencia, Max Nordau habría resultado más breve, más preciso y más lombrosiano por lo científico de aquel vocablo.

VII — Siguiendo aquel método, ampliándolo hasta exagerar en ciertos límites las conclusiones que en Littré, en Moreau y en Lombroso resultaran menos atrevidas, aplica con demasiado rigor los principios médicos, y en ocasiones se olvida de que el temperamento domina muchas veces la psicología de los intelectuales. Esto pudiera ser lo morboso, con lo cual hasta se explicaría más de una extravagancia. Nordau, sin embargo, tiende a constituir una clínica de locos que no siempre serán enagenados sino que se disfrazan de tales; que son locos porque quieren ser, o que ejecutan ciertos actos sin que de la malevolencia de ellos les quede el mínimo recuerdo de una culpa. La responsabilidad moral en estos casos, tiene el mismo valor que en la otra gente que vigila cuidadosamente la sazón en los pucheros bien olientes y apetitosos, y que por la noche se cubren meticulosamente la bóveda craneana, hasta los macizos temporales, con una gorra confeccionada primorosamente... Si admitimos una constitución lisiada por el patrimonio inmediato de los padres o por la herencia alejada de los abuelos, pudiérase entender mejor esta anormalidad que no es simulación en más de un

intelectual, y que para quien la sufre es lo que es: amoralidad que no entiende nada de las cosas morales ni de las inmorales. La misma imitación en los «simbolistas», en los «prerrafaelistas» y en los «jóvenes alemanes», acaso fuera obra de vicio orgánico que la perspicacia de Max Nordau no pudo, personalmente, descubrir.

A pesar de la dificultad en la apreciación, él ha establecido diagnósticos que tal vez perduren por la curiosidad que provocan: la constante repetición de los vocablos «Eden bower», le inclina a reconocer en el poeta Dante Gabriel Rossetti una ecolalia, o «singularidad del lenguaje de los idiotas y de los dementes»; Mallarmé habría sido o un loco o un criminal, por sus orejas laras y puntiagudas, de sátiro, lo cual, segun Darwin y Lombroso, citados por el Doctor Nordau, es un carácter simiesco, a pesar de que no siempre serán locos o criminales los monos; «las singularidades intelectuales de Tolstoy, corresponden a la degeneración superior», pues el novelista de Iasnaia Poliana, habría sufrido «la enfermedad degenerativa de la manía de las dudas»; Wagner fué presa de «la locura de grandeza, delirio de las persecuciones y de misticismo»; Ibsen habría sido un matoide o habitante del país-frontera; «la fuente real de la doctrina de Nietzsche fué el sadismo»; para el francés Zola fué una necesidad emplear palabras sucias, porque «padecía en sumo grado de coprolalia, o enfermedad de Catron: habría sido también un psicópata sexual...»

Todo esto acaso fuere cierto, y yo me inclino a suponerlo verosimil. Hasta admitiría la zoofilia que

Max Nordau, sin entender bien determinadamente la significación «psiquiátrica» del vocablo, diagnostica a Mauricio Barrés, solo porque al igual de Schopenhauer, el autor del *Jardín de Berenice* asigna a los perros un papel trascendental: el oficio de educadores!

En el vasto campo de la imaginación cabe esto, sin que fuera forzoso siempre ir a solicitar en la medicina psiquiatrica la razón de porqué Mauricio Barrés padece de una zoofilia que no es tal.

VIII — A mi entender, y acaso sea el mío uno de tantos juicios erróneos, el método de Max Nordau cae en el absurdo de las exageraciones: parece que aquel sabio no cuenta para mucho con el accidente psíquico tan común de la simulación; y si alguna vez la echa a la vergüenza pública, lo hace con carácter de reprimenda, lo cual da a entender que el disfraz de algunos literatos fuera vicio «consciente», hábito «expresamente» sostenido, por necesidad social... Olvida a ratos Max Nordau, que es propio de artistas confundir la ficción más o menos ardiente en la hondura del proceso imaginativo, con la diaria costumbre, hasta identificarla con la fisonomía intrínseca, la cual pierde por esto mucho de su espontaneidad y delata en relieve las exageraciones del simulador. Sabemos, por otra parte, que el temperamento más adecuado a la ficción es aquel muy sensible de los románticos, y este detalle valora en parte la obra «paradógica», de la *Degeneración:* acaso la exquisita sensibilidad de los románticos no suele confundirse en el cuadro clínico de la histeria? Natu-

ralmente que esta advertencia le presta fuerzas a las tendencias «médicas» del Doctor Max Nordau, quien intenta adivinar en tánta manifestación artística una como resonancia íntima del carácter, o más científicamente, del temperamento.

Desde luego que la responsabilidad se conservaría intacta en gran número de sus enfermos!... Y en esto es, justamente, en lo que no vamos a pie juntillas el sabio y yo el discípulo: porque si admitimos la acción «fatal» de la herencia, por ejemplo, en hombres románticamente sensibles, porqué hemos de echar sobre sus almas la responsabilidad de algunos o muchos de sus pecadillos, cuando está en su temperamento la «consigna» patrimonial, viciada por el siglo, si se quiere, mas, alejada de la normal responsabilidad de los vegetativos? El doctor Grasset ha sido muy feliz en sus consideraciones acerca de la existencia de los semirresponsables».

Se me dirá que yo voy más allá de la tendencia expuesta y «comprobada» por Nordau; — mas, y si todo fuese resonancia íntima del carácter o del temperamento? Se me dirá, tambien, que pretendo relegar a la Patología toda la actividad de algunos pensadores.—Nó; que sin hacer profesiones de fe, admito como lo prudente en estos casos, la vaguedad de los datos estadísticos, formados con el «término medio» de las cifras redondas. Y por este camino me parece encontar la clave del error de apreciación en el padre de *Don Perfecto,* mi admirable amigo y colega Don Manuel Díaz Rodríguez.

IX — En su *Camino de Perfección,* el «chef-d'-

œuvre» de Díaz Rodríguez aunque *Confidencias de Psiquis* sea, en mi leal saber y entender humildes, la más acabada de sus obras, el crítico parece que identifica en una misma familia espiritual a *Don Perfecto* y a Max Nordau. Dice del primero que siendo «infinitamente laborioso, trabaja, y su tarea fluye reposada y continua como de una fuente mágica. También es uniforme y severa. Nada hay, en su labor, de las reticencias, los resaltos y los paréntesis de ocio mortal seguidos de accesos de trabajo frenético y fecundo, que hacen tan sospechosa la en apariencia desacordada labor del genio, sobre todo en el artista. Su obra no padece desigualdad ni intermisiones, porque él es hombre sano, de bien equilibrado temple, y no se precipita ni desmaya nunca».

De Nordau dice, luego de haberlo observado en diálogo con *Don Perfecto,* «a la puerta de la enfermería», en donde «hablan, sonríen y discretean, serenos, indiferentes y superiores, bajo la agonía del crepúsculo», que «con irreprochables conocimientos de fisiólogo y datos de psiquiátra, en las páginas que escribe de prefacio a cada parte de su *Entartung (Degeneración),* traza con segura firmeza doctoral su esquema de especialista. Ya trazado el esquema lo ha hecho todo, porque luego, al más leve indicio de un estigma en el sujeto que estudia, ajuste o no el sujeto a las líneas del esquema trazado, el doctor alemán, afeándolo, empequeñeciéndolo, violentándolo, acaba por hacerlo entrar quiera o no, en la estrechura del esquema». (1)

(1) Desde luego, el Dr. Díaz Rodriguez no aduce razón alguna que le garantice el que Max Nordau haya preparado con

Habría, pues, una estrecha parentela entre *Don Perfecto* y el autor de la *Degeneración,* aunque a la verdad, la similitud que pretende encontrar Díaz Rodríguez no sería del todo exacta: Max Nordau es un *Don Perfecto* imperfecto y muy poco encariñado con los diccionarios: es un «fisiólogo de irreprochables conocimientos»; y ya esto, declarado por el mismo Díaz Rodríguez, es de algún valor y muy alto.

Cuanto a pretender que sus «diagnósticos» pudieran tener alguna semejanza con aquellos del profesor que en alguna clínica francesa «reputaba el aumento paroxístico de la cosquilla plantar como un síntoma considerable de la intoxicación absíntica», equivaldría a dar al traste con la menguada significación que tendría los síntomas si se les considerase como efectos invariables, siempre los mismos. Y es que tratándose de la personalidad, de los males mentales que son sus males, la Ciencia desea y solicita más detalles patogénicos que aún no posée. Si algo es excepcional en Medicina, es los tales síntomas patognomónicos. En la inmensa relatividad de las conquistas clínicas, apenas se cuenta con el «valor semeológico» de los signos, como lo aprecia muy sabiamente el profesor Roger.

Ahora bien, tratándose de Max Nordau, éste habrá querido, quizá, y de un modo muy relativo, colocar frente a frente los signos suministrados por la obra del escritor, o lo que es lo mismo: por la

anterioridad los esquemas. Estos pudieran resultar del estudio que se hizo de tal o cual personaje.

personalidad «misteriosa» de éste, manifestada alguna vez, en relieve, sobre la ficción artística o en frases de sinceridad.

Mas no percata el crítico muy brillante que es el Doctor Díaz Rodríguez, que él aprecia el problema desde un vértice intelectual el más cultivado en el caraqueño: el del Arte: cuando el padre de *Don Perfecto* escribe sobre la obra de Max Nordau, lo hace después de un breve o prolongado examen de conciencia; en la misma balanza estuvieron un instante, en equilibrio instable, el amor del artista y la severidad del médico. Pero como Díaz Rodríguez siendo médico y artista es más excelsamente esto último, resulta muy a las claras que defiende a la gente de su propia estirpe: aquella intelectual minoría que constituye la tan afamada y famosa República de las Letras.

Querría decir esto, por ventura, que Max Nordau consigue siempre su objecto?—En materia de errores, no seré yo quien me atreva a delatarlo: acaso haya el húngaro incurrido en la culpa que recuerda el pecadillo de su compatriota *Topsius,* doctor alemán por la Universidad de Bonn y socio del *Instituto de excavaciones históricas,* según el autor de *La Reliquia.*

X — Verdad es que el personaje pergeñado de modo tan admirable por el ilustre portugués Eça de Queiroz, no es sino un exagerado reconstructor que en su afán de segar lagunas históricas, llega hasta el absurdo de creer que «las dos familias turbulentas, los Herodes y los Lágidas eran de su propiedad his-

tórica». Sin embargo, se pudiere argúir que Max Nordau, en su interpretación de la anormalidad orgánica del pensamiento, a través de la cual ha sorprendido a más de un hombre célebre, háse tomado en propiedad el método de las interpretaciones psiquátricas hasta el punto de hacerse un escudo de sabio y de original: ante las ficciones intelectuales, él se ha dado a observar nì más ni menos que como el amigo del lusitano *Teodorico:* «alto, flaco y zancudo, con una chaqueta corta de alpaca, atiborrada de manuscritos», aunque tratándose de Nordau, como dice Ingenieros «siempre está de buen humor, discretamente dispuesto a la chanza; la ciencia no ha conseguido matar el espíritu dionisiaco que retoza en la intimidad».

En lo que sí es hermano *Topsius* de Nordau, sin que este último lo confiese, es en que nuestro sabio, como el de Bonn, es «intolerablemente vanidoso de la científica Alemania». Si *Topsius* habla de la omnisciencia alemana, Nordau válese de una leve crítica a «los plagiarios jóvenes alemanes» para proclamar, que «desde el período de los genios de Weimar la literatura alemana no dejaba de representar el papel de guía en la humanidad». Y luego, en la página siguiente declara que «toda corriente sana y toda corriente patológica en la poesía y en el arte contemporáneos pueden ser referidas a una fuente alemana, todo progreso y toda decadencia sobre este terreno tienen su punto de partida en Alemania y la teoría filosófica de toda nueva manera, de pensar, así como de todo nuevo error que, desde hace un siglo, se han apoderado de la humanidad civilizada son alemanes quienes la han suministrado: Fichte, la teo-

ría del romanticismo; Feuerbach, (casi al mismo tiempo que Augusto Comte, entonces menos notado que él) la de la concepción mecánica del mundo; Schopenhauer, la del pesimismo; los hegelianos Max Stirner y Karl Marx, la del egotismo y la del colectivismo más exclusivos, etc».

Acaso, en estas frases de orgullo no está en relieve la personalidad de *Topsius,* el erudito alemán de la Universidad de Bon?...

XI — Un «destinguo» se impone, sin embargo, cuando intentamos identificar a MaxNordau con el personaje de la ficción queirozista: el último crée en la veracidad de los hechos históricos narrados por los antiguos. El húngaro es hasta opuesto a la sencillez con que la mayoría de los escritores modernos aceptan los postulados de la Historia. Y gracias a ese excepticismo contradictorio, es por lo que Max Nordau se pregunta en sus *Paradojas psicológicas:* Qué decir de las ciencias históricas y la audacia de pretender encontrar la verdad de los acontecimientos pasados después de tanto tiempo, y de los cuales no queda entre las manos y bajo los ojos sino una traza semiborrada en la arena profunda, o un eco indistinto, o menos aún»?

Quien así se expresa de la Historia, difícilmente podría establecer fórmulas o pautas que sirvieran a los demás. En tal caso, Max Nordau sería un pesimista que iría, en ciertos límites, contra los métodos o muletillas de historiógrafos. Son suyas estas palabras que proyectan con toda claridad el concepto en que él tiene a la interpretación del hecho histó-

rico: «La Historia quiere representar los hechos tal como realmente han acontecido. Sin embargo, en el mejor de los casos, élla no puede sino determinar cómo fueron percibidos aquellos hechos. Mas, las condiciones en las cuales trabaja nuestro cerebro, hacen que las apreciaciones de los acontecimientos no puedan ser idénticos a los acontecimientos en sí. Porque, o estos son insignificantes y entonces no despiertan la atención, no son claramente percibidos, no llegan a la conciencia, no dejan ninguna imagen de recuerdo preciso; o son importantes, y entonces sus primeras fases despiertan en tan alto grado la atención, que la fuerza nerviosa es tan rápidamente agotada, que el cerebro pierde su capacidad de apercepción y las fases ulteriores de los acontecimientos deslizan ante los testigos como un sueño confuso. De allí resulta, por ejemplo, que actor alguno de un gran acontecimiento, de una batalla, de un atentado de conspiradores, de una escena parlamentaria violenta, conserve una imagen exacta del hecho, desde el comienzo hasta el fin. Mil testigos que lo entendieron darán mil versiones diversas que difieren precisamente acerca de los puntos más importantes».

Quien así escribe, mucho antes de esta catástrófe mundial de la Guerra, bien podría, mañana, desmentir a los actuales narradores del conflicto. El arma que va a emplear, ciertamente que es un acero de nobleza, el acero de su pluma que a ratos escribe períodos apostólicos. En esta ocasión en que Max Nordau pudiera valerse de su ingeniosa teoría de las *Paradojas,* acaso le resultara incongruente la obra, pues hoy, más que en 1893 (cuando apareció *Entar-*

tung), la Historia severa e imparcial diría, sin prejuicios de raza ni alamares de epopeya, que la «degeneración» cundió en forma de megalomanía popular, y que el «egotismo» se arraigó en las colectividades opuestas hasta el caso de haberse establecido el «mal del siglo», bajo la forma de la locura destructiva!...

JUAN VICENTE GONZALEZ

I — Juan Vicente González representa para nosotros, previa la especial interpretación que debemos aparejar en el caso de los personajes criollos, el heredero de nuestro siglo XVIII, siendo a la vez el padre intelectual de los primeros cincuenta años de la centuria pasada. Así es la verdad como lo demostraré en el curso de estas páginas.

Se dirá, por ejemplo, que no hemos tenido tal siglo XVIII en nuestra vida nacional... — Claro es, si reconocemos aquella centuria como la de las fiestas en los Trianones, la de las cacerías al ciervo y de los madrigales bajo el follaje de los jardines de Le Nôtre, nosotros no hemos tenido ni siquiera un recuerdo de la historia espléndida de Versalles. Apenas si aparecen en la historia confusa, semibárbara de la tierra neoespañola, débiles vestigios de elegancia social en escasa gente hispánica que siendo o no de estirpe nobiliaria, cifraba los quilates de la nobleza en vestirse de oro con las pepitas robadas criminalmente al indio nuestro abuelo.

Cuando en Francia, y menos aún en España, el mundo social giraba en ciclos de refinamientos, en nosotros germinaba un rencor profundo que tuvo candilejas de sangre en los caciques y en Gual y España, para estallar más tarde en los fulgores diamantinos y de rubíes intensos de la epopeya que labró con diligencia incalificable el Libertador.

Desde este punto de vista, Juan Vicente González sí recibió del indio dieziochesco muchos rasgos estampados, como una protesta, en los filos luminosos de su pluma. Lo arisco de su alma, lo astuto de su labor política, vínole acaso de aquel indio cuyos dolores surgen tal vez del clamor que se oye en las *Mesenianas*. Mas, si el siglo XVIII es el del oscurantismo acá en América, fuélo también de la *Enciclopedia* en Francia, y como Juan Vicente González fué personaje digno de parangonarse con los Diderot y d'Alambert, claro es que él ha sido un heredero «criollo» de aquella época grandiosa. En él estuvo representado el saber en la más amplia extensión erudita que Luis López Méndez, en su *Mosaico de Política y Literatura*, así define: «Su variada cultura intelectual, sus extensos conocimientos de historia, sus profundos estudios de las literaturas modernas, especialmente de la italiana, española y francesa, y aquel insaciable deseo de saber y conocerlo todo que era en él rasgo característico, ponían a Juan Vicente González en aptitud de tratar fácilmente las cuestiones más diversas. Ayudábale, además, una memoria por todo extremo desarrollada, a la que nunca faltaba la alusión, la cita o el ejemplo cuando la ocasión lo pedía.»

La memoria sorprendente érale facultad proverbial, en términos de haberse granjeado el título de *traga-libros*. Este dón que todos sus contemporáneos han reconocido, parecería oponerse a ciertos detalles fisonómicos: la cabeza de Juan Vicente González como si hubiera sido prueba opuesta a la relación que muchas veces se ha sorprendido entre el desarrollo del cerebro y las virtudes mentales del individuo. Así, el doctor Jesús Sanabria Bruzual, apoyado en la autoridad de Caillou y Mac-Auliffe, pretende, en sus *Ligeras apuntaciones sobre morfología*, que el señor González era de tipo digestivo, cuyo detalle principal sería la prolongación del maxilar inferior debido al desarrollo exagerado de los músculos maseteros. Las mandíbulas, dice Sanabria Bruzual, sobresalen por ambos lados en la parte superior del cuello.

A la verdad, para sorprender este último detalle, sería necesario conocer en su menguada iconografía uno o más retratos apreciados de frente. Yo no sé, apenas, sino de copias que representan el perfil corvo y rudo del historiador. El maxilar es redondo, y sin ser pequeño, tampoco es exagerado en sus ramas. Ciertamente que hacia atrás la región maseterina es vigorosa, pero acaso esto se deba al cuello que es muy corto. También resulta una falsa apreciación óptica gracias a la melena que usaba el polemista. Si se prescinde de ésta, tapándola, el tipo de la cabeza es armonioso y la frente de proporciones que exceden la medida normal.

II — Otros detalles no menos interesantes surgen a la contemplación. Don Felipe Tejera es quien ha

declarado, en los *Perfiles Venezolanos,* que «era el señor González alto de cuerpo, algo encorvado, rostro limpio, pelo suelto y cano, abultado de vientre y de persona desairada. Su voz tiple y afeminada contrastaba con su estatura fornida y su estilo brusco y desmañado... Sus pupilas eran pequeñas y tristes... Su andar era inseguro y vago...»

No querría yo que esta interpretación que ahora intento, retrospectivamente, sobre personaje tan ponderado y admirable como lo fué el licenciado González, fuera a resultarme piedra de escándalo, inconducente y grotesca, ante la patriotería andante. Mas, entiendo, y acaso Don Felipe Tejera no sea del todo opuesto a mi parecer, que sin haber sido un «valeriano,» el señor González fuera en los últimos tiempos de su actividad un caso de falso eunuquismo!... Infeliz! dirán muchos; — y no percatan que en sus detalles morfológicos, según creo reconocer en el dibujo estampado por el señor Tejera, el Director de *El Diario de la Tarde* tenia el aspecto de ciertos eunucos que no lo son sino por ciertas anormalidades adiposas, las cuales determinan la «insuficiencia» en hombres que habrían sido «suficientes» hasta cierta edad. Recordemos que ya Jesucristo había dividido los eunucos en clases muy bien establecidas. Nos faltan datos para precisar la especie a que perteneció el señor González, «de rostro limpio, pelo suelto, vientre abultado, voz tiple y afeminada, estatura fornida y de andar inseguro y vago...»

Claro está que este pseudo-eunuquismo debió de posesionarse de Juan Vicente a una edad ya avanzada, como tal vez sucediera en Bonaparte algún

tiempo después de su matrimonio con María Luisa. Además, y esto consolida lo otro, «los ciceronianos arranques y el criterio exagerado y dantesco, su arrebatada elocuencia siempre abrupta y deslumbrante, el rayo escandecido de sus flamígeros apóstrofes, la verbosidad lírica de sus vehementes polémicas, la risa estridente de su sátira emponzoñada, el chasquido de su látigo de fuego, sus alusiones sangrientas y el ritmo ditirámbico de su pluma armada como una serpiente para morder con el epigrama, lacerar con la invectiva o anonadar con el sarcasmo, le hicieron una especie de contendor centelleante que todos rehuían...»

Todo esto, escrito por la pluma prudente y castísima del honorable Don Felipe Tejera, nos está indicando la personalidad tumultuosa, histeriforme de aquel que laceraba valiéndose de la «invectiva.» Se Se argüirá que sea el que fuere el tipo de eunucoide, el talento no abunda en tales naturalezas «incompletas.» — Recuérdese, sin embargo, que Orígenes conservó su poderosa mentalidad después de haber perpetrado su error evangélico.

El señor González pudo sufrir de un mal grasoso, como en el caso de Bonaparte, según Cabanes y otros historiadores científicos. Esto no sería extraño si se recuerda la estrecha parentela que existe entre la función sexual y los procesos mentales. Héme referido muy e menudo a estas relaciones y las personas que me leen recordarán los conceptos a propósito del *Genio literario,* de Rémond y Voivenel: estos autores hablan de la progeneración sexual; mas, en Juan Vicente González el fenómeno fué sin duda algo diferente: la «insuficiencia» dióle una mayor sen-

sibilidad nerviosa a su pensamiento, como suele acontecer en los místicos intensos; como parece suceder ahora al señor Vargas Vila, en cuyos volúmenes de Sopena exhíbese cual un coprolálico que padeciera de sexualización mental.

Nuestro historiador afinó la diatriba en términos que logró crearse un vocabulario empapado en sangre, en hiel y algunas veces en materias fecales... Su pluma de periodista siempre se oxidó en tintas cáusticas.

III — Donde tiene mayores relieves la fisonomía literaria de Juan Vicente Gozález, ciertamente que es en el terreno del periodismo. Desde la tribuna del papel periódico, supo imprimirle rasgos característicos a su vigorosa y ruda psicología de histérico. La tribuna aquella sirvióle para llorar en las *Mesenianas,* para lamentarse como Isaías o prorrumpir en trenos como Jeremías.

Sin más comentarios pues aún están vivas las frases de sangre escritas por el señor González, advierte muy en razón R. Blanco Fombona, a propósito de la *Biografía de José Félix Ribas,* que el autor de ésta «fué polemista y libelista sin rival.»

El *Diario de la Tarde*, publicado para combatir el Guzmancismo, apareció el 1.º de junio de 1846 y extinguióse con él número 129, en octubre del mismo año.

Para que se aprecie la tenacidad del señor González, transcribo algunos párrafos del último número del *Diario:* «Hoy termina este Diario. Está cumplida su misión. Su autor que es el de las *Catilinarias,*

emprende un nuevo periódico: era necesario atacar, destruir y aquellos escritos fueron indispensables. Es forzoso ya crear, conservar, predicar doctrinas sociales, bendar las heridas de la guerra civil, libertar la patria para siempre del inminente peligro de que milagrosamente se ha salvado, y vamos a publicar *La Prensa...*» Luégo, en el mismo número «apuesta» a que «Guzmán no tarda en volverse loco...»

La pertinacia del demoledor en esta campaña de cinco meses de periodismo, fué ruda y agria. Diríase un Clemenceau que supiera no sólo de Medicina y Política sino mucho de Teología y al dedillo la historia de todos los pueblos.

Entremos breves instantes en la cerrazón de adjetivos firmes y punzantes del *Diario de la Tarde.*

IV — Publicar un diario con él único fin de echar por tierra una situacion política, es ya obra de una entereza rara. No la confundamos con el llamado valor personal, que según entiendo, no abundaba en la personalidad de Juan Vicente González. Acaso esta entereza fuera obra del temperamento hipersensible del polemista. A ratos, leyendo el *Diario de la Tarde*, surge de sus páginas, como una figura de festinado, un monomaniaco que incesantemente gritara contra Antonio Leocadio Guzmán y Felipe Larrazábal.

Muchos de mis lectores pensarán que este juicio obedece a mi tendencia de querer entrometer la Medicina mental en toda la obra de nuestros grandes espíritus. Sin embargo, cuando se ha revisado pacientemente el *Diario de la Tarde,* cuando se ha observado

que ya no es posible emplear nuevos adjetivos de crítica y de acusación sangrientas; cuando los nombres de Guzmán y de los «Marciales» danzan en contorsiones de afrenta desde la primera hasta la última página; cuando no bastando el adjetivo preciso para la injuria se colocan ciertos vocablos con las letras invertidas como para darles, además de la significación subjetiva otra de carácter objetivo, ya, repito, no nos queda duda alguna del estado levemente fóbico del señor González. (1)

Cuando el general Páez encargose del mando de la República como Jefe supremo civil y militar, el 10 de setiembre de 1861, Juan Vicente lanzóle esta frase de sangre y de excremento: «Se metió el rayo de la guerra dentro del culo y se lo tapó con la oliva.» (2)

Como Etanislao Rendón advirtiera, en el *Semanario de las provincias* (núm. 29) que Juan Vicente González era inconsecuente en politica, éste, en *El Foro,* (núm. 140) después de sorprender ignorancias latinas en Rendón, habla del «impudente monopolio que de la tribuna de la Convención había hecho el rábula de Cumaná...»

A un tal Zarzamendi que editaba el *Pica*-y-*Juye,* y solía difamar, Juan Vicente dícele en *El Foro* (núm. 144): «Escritos que no discuten ni ilustran, sin gusto ni talento, sin gracia ática, sin la fina

(1) *Sobre todo en el* Diario de la Tarde *se leen frases como estas: "Nombrado Quintero Ministro del Interior, influye porque salga Alfarache a pesar de su "rectitud..."* (*Núm. 6*)

"¿Y los Sarrías? ¡Qué "valientes!..." (*Núm. 8.*)

(2) Cit. por González Guinán, *Hist. comt.*, t. VII, p. 383.

ironía, hechos por mano tosca que debiera llevar el arado, no tienen porque ocupar la atención pública...» Y a renglón seguido lo califica de juglar...

Esto que transcribo y que corresponde al número 2 del *Diario de la Tarde,* es la campanada que anuncia el tremendo ariete en acción, el látigo de fuego de que habla Don Felipe Tejera: «*El Diario de la Tarde* contrae el solemne compromiso de refutar «El Patriota», «El Diario» y todo bicho guzmancista que alze golilla y la haga de escritor. Pronto adornarán cada diario graciosas y espirituales láminas.»

Estas no aparecieron, mas la pluma fué pincel que delineó siluetas de ladrones y de sátiros; fué buril que tallaba mármoles de rosa, por la sangre que manaba de ellos: delata a Felipe Larrazábal como falsificador, ladrón y autor de innúmeros delitos... A propósito de esto, pertinente es advertir que si solía Juan Vicente González hacer uso de la invectiva, en el señor Larrazábal aquel calificativo de ladrón que se enjoya con nuevas afrentas en cada nuevo número del *Diario de la Tarde,* estaría justificado. Sólo que el difamador, o apóstol, confundió el oficio de ratero en política con el mal de la clopemanía: fué un cleptómano don Felipe Larrazábal, así como Juan Vicente González pudo ser un profundo histérico que lloraba en las *Mesenianas* y se enfurecía en el *Diario de la Tarde.* Yo tengo el testimonio de amigos personales del señor Larrazábal: éste hacíase dueño de pequeñas cosas insignificantes por el solo placer de ejercer la «escroquerie.»

En esto hay cierto grado de irresponsabilidad,

pues la cleptomanía, como la dipsomanía, la histeria, la dromananía, son modos de esa entidad patológica tan proteiforme que el ilustre profesor montpelerino José Grasset ha designado con el título muy adecuado de «semilocura.»

V — Otro de los vapulados en el *Diario de la Tarde* fué el señor Antonio Leocadio Guzmán. Las diez o más cartas que González dirige al «defraudador de las rentas públicas», labraron no precisamente la tumba de un sistema político, sino el triunfo del periodista irreconciliable. Así se expresa en él número 5 de *La Prensa,* que a partir de los primeros días de noviembre de 1846 reemplazó al *Diario de la Tarde:* «Es necesario lo primero constituirnos todos los hombres de orden en un gran partido, que profesando doctrinas de verdadera libertad, con el General Páez a la cabeza, hombre a quien están unidos, como la urna de Aristodemo, los destinos de la República, podamos ser fuertes para asegurar nuestra dicha y aguardar sin miedo los esfuerzos futuros de la demagogia y de ese *Guzmancismo* que debemos modificar si no podemos completamente destruir.» (1)

En ese mismo periódico *La Prensa,* aboga por la candidatura de José Tadeo Monagas, «para afianzar, dice, los intereses de Venezuela y salvarla de la anarquía...» La acerba labor de Juan Vicente arranca a sus

(1) *Como se observa, y es doloroso comprobarlo al tratarse de pensador tan eminente, Juan Vicente González era politiquillo parroquial. Victor Hugo también fué de esta estirpe de hombres que proclaman el individualismo.*

opositores políticos calificativos de sedicioso y otras lindezas. Y apenas se salva de las iras de los altos poderes, cuando sus tempestades del *Diario de la Tarde,* cae en el garlito de enemigos numerosos entre los cuales se contaban algunos de peso: Blas Bruzual, coronel José de Austria y doctor Wenceslao Urrutia.

Las luchas políticas logran vencerlo en el sentido de que se le reduce a prisión. Entonces echa mano de su poderosa memoria, y en la soledad angustiosa de una mazmorra escribe sin textos para la consulta y verificación, su famosa *Historia Universal.* Y cuando ya pisaba los senderos próximos a la muerte, cuando ya los achaques del cuerpo empezaban a menguar su gigante actividad de pensador, redacta, en 1865, *La Revista Literaria.* Sus estudios contenidos en esta revista, junto con la *Biografía de José Félix Ribas* y el volumen sobre la *Historia Universal,* es lo principal de su obra como historiador. Es casi desconocido su libro acerca de la historia moderna.

VI — Se inicia *La Revista Literaria* con un estudio sobre *Las Letras en 1865,* y entre sus observaciones sobre la buena y la mala literatura, dice de esta suerte: «Los gloriosos esfuerzos del romanticismo en 1828, el entusiasmo y cólera que despertaron sus tentativas, el carácter militante de cada uno de sus triunfos, su acción en la sociedad escogida y en los placeres del espíritu fué una de las faces de la vida pública de entonces, fácil de observar en los periódicos y en las Cámaras, sobre el teatro, en los cursos

de la Sorbona, en el prefacio de los nuevos libros y en los salones.»

Como se advierte, el señor Gonzalez fué de los que creen que la época presente es peor que la pasada, y que hay una mala literatura capaz de encauzar por senderos de corrupción a «los espíritus juveniles, curiosos, en quienes el mal germina tan pronto.» A decir verdad, no me explico el porqué de afirmación tan disparatada en un tan selecto espíritu. Hablaba en él la voz de la religión «teológica»; pero de fijo que la tal influencia de las malas literaturas, si las hubiere buenas, es mediocre, insensible, casi nula.

Se me dirá: « Y Vargas Vila con *Ibis,* Bourget con *El discípulo* y Mirbeau con *El jardín de los suplicios...*» — Es cuestión de saber entender lo que apreciamos por el vocablo corrupción. Pues si alguna mujerzuela de Colombia, o de otro país, ahorcóse después de leer a *Ibis,* esa era una histérica inútil a la humanidad: de no haberse arrancado la vida, habría hecho cosa peor: se habría lanzado a las aventuras negras del lupanar o de otra suerte. Y lo mismo podríamos decir de las gentes que han sido envenenadas por Bourget con su neurópata *Roberto Greslou,* o por Mirbeau con la historia erótica de la insaciable *Clara...* Me ha parecido tan extraño a la personalidad de José Asunción Silva el detalle de que a la hora de morir tuviera cerca de sí algunos de los libros negros de Gabriel d'Annunzio, que de haber sido cierto incidente tan grotesco, el autor de los *Nocturnos* habría sido un mentecato influído por la necrofilia novelesca del rebelde italiano de Fiume.

Preferible es creer que el poeta bogotano no se acogió a la idea de la muerte gracias a lecturas d'annunzianas. En cambio, sí influye la literatura de un país sobre los senderos líricos de un poeta: el pesimismo francés cobijó con una gasa casi negra la lira triste del cristodeo hermano de Elvira. Eso mismo pudo suceder a Juan Vicente González: la influencia que sobre él ejerció el pensamiento de los literatos franceses está fuera de toda discusión. Ya el mismo Don Felipe Tejera ha sorprendido, con mucho tino, la presión galicana sobre la escritura del licenciado González. Por mi parte, creo que su estudio sobre Renán, nos permite advertir aquella influencia.

VII — Muy bien informado de las tendencias positivistas, las aplica sin pensar tal vez que ante su honda fe de cristiano el Positivismo es disimuladamente herético. Así, refiriéndose a las influencias que pesaban sobre Renán, admite que entre otras causas, la tenacidad bretona lo precipitó por los extraños caminos del error. De mi lado creo, sin negar las raíces bretonas en su personalidad, que abundaban en el paciente seminarista de San Sulpicio la erudición alemana y el conocimiento de muchas lenguas antiguas. Este conocimiento y aquella erudición, embargaron las vías de recepción renaniana e hicieron de él uno de los más ilustres historiadores de Europa. Escuchad cómo ensalza González a la intelectualidad francesa: «...Considérese si no la literatura francesa, desde la edad media; recuérdese el espíritu y la licencia de los *Fabliaux*, la audacia satírica y cínica del *Roman de Renal*, del *Roman de la Rose*

en su segunda parte, la poesía de ese hijo de los riachuelos de París, Villon, la farsa picarezca de Patelin, las impurezas de Luis XI, las sociedades espléndidas de Rabelais, las confesiones vergonzosamente sencillas de Regnier; escuchad a Henrique IV en su licencia habitual; leed a La Fontaine en la mitad de su obra; y se verá que ese espíritu es en el fondo, el distintivo principal de la literatura francesa. Fué tarde que Malherbe balanceó por la nobleza y fiereza de sus odas su propensión a la burla; que Corneille nos enseñó la magnanimidad romana y el énfasis español, naturalizándolas en su siglo; que nos dió Bossuet en sus obras episcopales el reverso de La Fontaine; y si descendemos el río hasta el siglo siguiente, nosotros hallaremos al lado del Montesquieu del *Espíritu de las leyes,* el de las *Cartas persianas,* algo de Piron en Buffon mismo: la raza no se perdió en los días del Terror, y tenemos a Camilo Desmoulins que burla y salta, hasta bajo la linterna y bajo el puñal.»

Continúa González exponiendo la ímproba labor de Renán y cuando ofrece «la refutación del libro impío con que acaba de escandalizar el mundo», la *Vida de Jesús,* detiénese y deja de lado al francés para entregarse a los héroes nuestros, al *Infierno,* de Dante y a la tristeza infinita de Leopardi. Es curioso este detalle, tanto más cuanto que la idea que impulsó a Juán Vicente González en el estudio de la obra renaneana fué la de «impugnar la *Vida de Jesús,* animado del amor a nuestra religión.»

Tal vez de la misma parentela del bretón, el venezolano cayó en la cuenta de que Renán era su hermano en conocimientos filosóficos: Juan Vicen-

te había estudiado los problemas del dogma en Teología. Esta no le permitió reconocer en Renán al original reconstructor de la figura «humana» del Dios de los hombres. Aunque a la verdad, Juan Vicente González no es un historiador como Renán: éste fué un reconstructor, en tanto que González no conocía la frialdad que se requiere para estudiar el problema de la gloria o de la grandeza histórica: él se dejaba llevar por el ardor de las pasiones políticas y narraba cantando o blasfemando de los hombres que fueron; su probidad olvida a menudo que «la vida de un gran hombre tiene por sanción la historia: ésta la juzga, la continúa y la desarrolla, para lo cual necesita ser tan grande o más grande que el personaje...» (1)

Juan Vicente González vivió de la política de su época, y claro es, su pluma se vió obligada a «componer» la historia en ocasiones múltiples. Además, su propio temperamento de nervioso lo desbocaba en el sentido de echar a volar su poderosa fantasía o facultad imaginativa.

VIII — Antes de la *Historia Universal,* el señor González escribió su *Biografía de José Félix Ribas.* Allí, como en la *Historia,* el polemista que es un discípulo de Bossuet, no puede sustraerse a la influencia poderosa de su imaginación no sólo de literato sino de patriota: cuando describe el instante sublime del 3 de julio de 1811, él necesita, porque asi lo exige el orgullo patrio, porque asi lo requiere

(1) *Hanotaux,* "La Historia y los Historiadores"

la figura tempestuosa del Libertador y la voluntad firme de los hombres de la Epopeya, proyectar con rasgos griegos al personaje esencial de la magna cruzada: «Pero, quién es ese joven de admirable madurez, de tan militar apostura, que se adivina, al mirarle su osadia y valor? Ojos azules y color blanco que ennegrecerán los rayos de la guerra, músculos de acero, miraba soberbia y terrible, las formas elegantes y varoniles del dios de las batallas.» ([1])

Cuando pinta a Boves, necesita dar a la fisonomía el sello de lo que la Historia conoce acerca del gijonés: «De cuerpo mediano y ancha espalda, de cabeza enorme, de ojos azules y turbios como el mar, tenía la frente espaciosa y chata, la barba escasa y roja, la nariz y la boca como las del ave de rapiña. Su cuello que tiraba hacia atrás, y su mirada que concentraba a veces, y a veces paseaba con inquieta curiosidad, daban a sus movimientos aquel imperio y fiereza de que no le fué dado eximirse a sus mismos superiores. Distraído en medio de sus pensamientos lúgubres, que visitaban sin duda sangrientos fantasmas, volvía en sí por una sonrisa feroz o por miradas de fuego, que presidían a sus silenciosos furores. El no tenía de esas palabras enfaticas de calculado efecto, que usan sus semejantes, ni tronaba en una tempestad de amenazas crueles; frío como el acero, alevoso como el halcón, hería inesperadamente, revelándose su rabia por pueblos desolados y en cenizas, por millares de cadáveres insepultos.»

(1) *Casi todos los historiadores están de acuerdo en que Bolívar tenía los ojos negros.*

Por último, cuando quiere esbozar la personalidad embrionaria de José Félix Ribas, solicita en las fuentes hereditarias la razón de su grandeza: para el historiador, la raza de los Raibs o Ribas «era fuerte y amarga, indómita en quien se cruzaban Bretones y Normandos, recalentada al sol de Andalucía y al de la africana Tenerife, templada al clima equinoxial de Venezuela...»

Quien conozca los métodos históricos, no podrá sino reconocer en todo lo escrito por el señor González, a un discípulo de Bodin y a un asiduo lector de la *Enciclopedia.* Y es que en Juan Vicente González se combinaron todos los métodos. En él está repretada la fantasía propia de nuestros historiadores, desde Baralt y Larrazábal hasta Eloy Guillermo González y doña Lucila de Pérez Díaz; el supo escribir en el propio lenguaje melífluo del señor Restrepo y fué muy feliz cuando aplicó el «taineismo» de Arcaya, Angel César Rivas y Laureano Vallenilla Lanz; dió las normas «científicas» a ilustres pensadores como Lisandro Alvarado, Gil Fortoul y Tavera Acosta; en su mentalidad excepcional, puédese descubrir como en una síntesis que se identifica en la genialidad, todas nuestras psicologías políticas y todos nuestros modos de escribir y de comprender la Historia: él es el hombre de la plaza pública que se transforma en multitud, o es la multitud que se eleva hasta la individualidad. El era tornadizo y versátil, era escandaloso y vengativo; su pensamiento era firme como la terquedad de un niño, o era indómito como la fuerza de nuestros centauros llaneros...

IX — Leyendo el prefacio a la *Historia Universal,* nos damos cuenta de todo esto que llevo dicho a propósito de la influencia que el señor González ha ejercido en todos los historiadores de estos últimos tiempos. De los antiguos, él casi no tomó nada, pues una de sus virtudes consiste en ser siempre el mismo. Verdad es que no puede, tan fácilmente, desligarse de la opresión de Michelet, de Chateaubriand, Villemain, Montesquieu, Ampere y Lenormant. A ratos, su memoria lo traiciona casi, y leyendo fragmentos de la *Historia,* se creería traducir párrafos de Michelet o trozos de los *Estudios históricos,* del vizconde Renato. — Gracias a esta poderosa memoria, poseemos ahora el texto de la *Historia Universal,* cuya escritura «fué emprendida con calor entre las bóvedas y la cárcel, continuada bajo los cerrojos de una nueva prisión y en los negros calabozos de la *Rotunda*... A cada instante el estrépito de los cerrojos y puertas de hierro, la voz dura del carcelero, el espanto y el hambre pintados en los semblantes, la degradación y los vicios como distracción al dolor, la agonía lenta del *preso político,* para el que no *había médico ni hospital.* Clandestinamente pasaba a la imprenta los originales; disputáronse varias veces las pruebas al oficial de guardia... Nunca había encontrado pena que no mitigase una hora de estudio, el pensamiento en Dios, o la lectura de un capítulo de Kempis.»

Esta declaración y aquella otra de que su «fé es católica en el sentido absoluto de esta palabra...», porque sabe «que en el extremo de toda ciencia está Dios,» es lo que separa, totalmente casi, a Juan Vicente

González de nuestros historiadores, pues si exceptuamos al valenciano González Guinán, al ilustre don Felipe Tejera y algún otro que se me escape y cuya filiación cristiana sea definida, la Historia se estudia en Venezuela con un criterio positivista. Abunda entre nosotros la aventura de la interpretación, y el suceso político, así como el fenómeno religioso, son considerados ahora por modo impersonal y no con la vehemencia con que lo apreciaron Restrepo, Baralt, Juan Vicente González y el mismo valenciano que ha escrito la *Historia Contemporánea de Venezuela.*

X — Era de una raza que ya se desmorona en América, o acaso incuba nuevos gérmenes, lentamente, con la lentitud de los procesos de la ontogenia en la Historia de los siglos; perteneció a una estirpe que ya está menguada en el continente, o tal vez está rezagada en la embriogenia de las generaciones próximas que no soportarían la frecuencia de semejantes arietes: dos Montalvos en el mismo siglo habrían dañado mucho la tranquilidad burguesa, clerical o política del Ecuador; dos Martí en el mismo siglo, habrían lesionado profundamente los rumbos de la historia política en la nación recién nacida que es la isla de Cuba; dos Juan Vicente González en la misma centuria, acaso se hubieran opuesto a la evolución propiamente policial, de rifa que fué la política de Guzmán Blanco; no los habría soportado Venezuela que en su engrandecimiento nacional cuenta con el elemento caudillo, jefe o pastor que en el norte como en el sur, nace del légamo ingenuo de la masa popular y adquiere su alma en la inconsciencia de las muchedumbres.

LA OBRA HISTÓRICA DE DON CARLOS PEREYRA

I — Para presentar a los lectores españoles de Oliveira Lima la personalidad de este eminente brasileño, el inquieto escritor mejicano don Carlos Pereyra escribe un prefacio al margen de la *Formación histórica de la nacionalidad brasileña.* Apunta, en este prefacio, muy bellas ideas, y en tratándose del señor Blanco Fombona, director de la empresa «Editorial-América», ciertamente que es muy feliz cuando sorprende algunos detalles en relación con la vigorosa personalidad del polemista, novelista, poeta e historiador. Aunque después de lo escrito por César Zumeta, en *Escrituras y lecturas,* que desde luego tiene aspectos de diagnóstico, hasta la página fantástica y hermosa de Rubén Darío, en *Pequeña ópera lírica,* nada se ha hecho que defina tan bien al venezolano complejo y anormal que es Blanco Fombona: el diseño de Pereyra cabe, desde luego, entre los retratos auténticos, si bien que la pintura está inspirada en el esfuerzo que el venezolano ha puesto en

su obra, de hacer conocer a Bolívar en todos los pueblos de habla española.

Mas, no ha sido nuestra intención al escribir estas lineas, volver sobre asunto tan acabado como el dibujo ese del escritor mejicano, sino que en ese mismo prefacio corren frases que ciertamente chocarán al mayor número de los historiadores suramericanos. Dice el señor Pereyra, cuando lanza una crítica mordaz contra la viciación francesa de nuestras letras, que «al presentarnos como excépticos, por nada queremos un excepticismo nuestro, sino algo ajeno, que nos venga en fórmulas francesas.» Y luego añade, a renglón seguido, esta filípica: «Si en vez de excépticos somos afirmativos y dados a glorificaciones de héroes, cómo vamos vamos a buscar héroes en América? Tenemos héroes franceses. Y los tendríamos chinos y hasta kalmukos por no tenerlos americanos. No invento, desgraciadamente. No exagero. Podría presentar textos...»

No sé yo cuáles sean los textos que ofrece Pereyra; mas, no es difícil rebatir lo que lleva dicho.

II — El ilustre mejicano es pésimo crítico, comprende mal y sus ojos no ven; ha querido, esta vez, combinar frases que gusten, y no percata al combinarlas, que no hay pueblo alguno sobre la haz de la tierra que se ocupe con tan poca mesura y tan escasa discreción de sus héroes y grandes hombres, como el pueblo hispanoamericano que se extiende de Méjico a las tierras del Paraguay. Vivimos propiamente para glorifciar a nuestros muertos, y admitimos a cada instante que éllos han penetrado sin manchas en los

dominios de la inmortalidad; creemos que la conciencia genial de nuestros hombres gloriosos dirige nuestros destinos políticos y admitimos sin enfado que el patrimonio de la gloria es una herencia inmutable, que no debe progresar... Así es de espontáneo y de generalizado el culto que rendimos a las cumbres de nuestra historia: en Colombia se venera a Bolívar, y gente hay por allá que vive en conflictos espirituales ante el fulgor de aquella figura que empaña a veces tal o cual merecimiento de don Francisco de Paula Santander; en Venezuela, lo heroico boliviano ya no se ve con el método de Carlyle, sino que tamizando y componiendo las ideas de Bossuet, llegamos a imaginarnos un Libertador semejante al *Napoleón* de Faure. Si aún no se ha dicho, ciertamente que está en la intención histórica de algunos este párrafo admirable del francés: «Desde el punto de vista de la moral no es posible defenderlo. Es hasta incomprensible. En efecto, él viola la ley, mata, siembra la venganza y la muerte. Mas, tambien dicta la ley, detiene y subyuga el crimen, establece el orden por todas partes. Es un asesino. Es un justiciero. Merece la horca. En la cumbre, él es puro; distribuye con mano de hierro la recompensa y el castigo. Es un monstruo de dos caras, como todos nosotros, acaso. Y en todos los casos como Dios. — Casi nadie lo ha visto; ni sus detractores ni sus apologistas. Es en nombre de la moral que se le ataca o se le defiende, sin recordar que la moral es más estrecha que la vida... — Desde el punto de vista de la moral es ciertamente el Antecristo, como se lo representan los discípulos de Jesús. Y sin embargo, en la profundidad de los he-

chos él está más cerca del Cristo, sin duda, que ninguno de los discípulos, pues no conozco dos hombres, entre todos los hombres aparecidos sobre la tierra, que estén más lejos de San Pablo que Jesús y Napoléon. — El uno consuela con la vida y el otro con la muerte. Son la antítesis desde un punto de vista; es decir, la identidad. (1)

En otros pueblos, no es menos acendrado el culto heroico: en Chile, Bernardo O'Higgins forma un centro luminoso, y la memoria de nuestro Andrés Bello es tenida como joya del terruño; en el Ecuador, los *Siete tratados* amplían el torax y hacen erguir la cabeza a los compatriotas de Juan Montalvo; en Cuba florecen en jardines de amor los laureles de Maceo y de Martí; en las tierras del Plata, quizá para detener la invasión que la obra boliviana está perpetrando en la conciencia popular de América, están haciendo del célebre capitán don José de San Martín un prócer excepcional y único, especie de Anibal sobre los Andes escarpados y ateridos. La diminuta y hermosa tierra uruguaya acaba, en fin, de dar señales de ese culto idolátrico: uno de sus hombres más eminentes, el poeta y orador y sabio don Juan Zorrilla de San Martín, acaba de ofrender al héroe Artigas el monumento de una obra histórica cuyas bellezas son la voz unánime de toda la república oriental.

El mismo señor Pereyra, sin que el suyo venga a servir de ejemplo a gentes numerosas que ya han pagado el tributo de su admiración a los héroes americanos, escribe con el fin de hacerse el defensor de

(1) *Napoléon*, por Elie Faure, Paris, 1921, p. 9.

de la historia heroica. Algunas veces, ciertamente, no es del todo feliz en sus apreciaciones: por ejemplo, para él, don Bartolomé Mitre vendría a ser en la Historia, «el más paciente de los investigadores y el más penetrante de todos los críticos de la tierra...» –Pobres Herodoto y Tucídides en Grecia! desdichados Salustio y Valeyo Patérculo en Roma! desgraciados Fernando del Pulgar, Diego Hurtado de Mendoza y Antonio de Solís en España!... Vosotros sois la negación del ingenio crítico ante la ingeniosidad crítica de ese hombre formidable que se llamó Bartolomé Mitre, cuya gloria mayor consiste, sin ocurrir a trastiendas históricas, en haber presentado a los tiempos la figura serena y grandiosa del héroe de Chacabuco; cuyo pecado de historiador está de bulto cuando pretende trazar la biografía del más grande entre los americanos: Bolívar el Libertador.

Todo esto prueba, palmariamente, que sí hemos sabido apreciar nuestras grandes figuras históricas; o cuando menos, indica todo ese esfuerzo que cuando la figura es mediocre, la fabricamos sin necesidad de ocurrir a las fuentes francesas.

En América no hay escuelas literarias, dijo Vargas Villa, porque se le antoja al señor Vargas Vila, en su egolatría sin par, que en estas «democracias semibárbaras, tumultuosas, enamoradas de la fuerza, habituadas al caudillaje y enfermas de un fanatismo sombrío,» el único pensador es él y el dueño de un estilo insuperable.

Según el señor Pereyra, tampoco habría en América las escuelas históricas; y sin saber yo porqué no las hay, estoy convencido de que sí hay historiadores

en los cuales la influencia francesa ha sido casi nula: sin olvidar a Mitre que es un historiador de América, allí están Gil Fortoul, Zorrilla de San Martín, Lisandro Alvarado, Oliveira Lima, Angel César Rivas, Arcaya y otros.

III — Aquella influencia que delata con tan aparente acierto el señor Pereyra, es una como preparación para luego echar a la vergüenza pública otros pecadillos no menos feos que ese de la imitación francesa. He aqui el propio texto del prologuista: «El descastamiento es un signo de inferioridad. El que se viste de ajeno confiesa que no tiene ropa. Y el que no tiene ropa la usa a la medida de otro, la usa raída y la usa pasada de moda. Esta es una de las mil causas de que seamos ridículos. No formamos conjunto ni grey. Nos reunímos en mascarada. Cuando historiamos, vamos al Rastro y compramos de segunda mano dos o tres fórmulas de Taine, que ya nadie quiere en Europa. Si filosofamos, nuestra filosofía es una filosofía tomada de las obras del ingeniero Spencer, filósofo solo en la América española. Hay entre nosotros el tipo Carlyle, hay el tipo Thiers, el Victorhuguito, el llanero adantonado, el gaucho con ínfulas de Guizot, el charro de pretensiones parisinas, el ñáñigo que atisba grisetas en el Puente Nuevo y le compone una novela cursi...»

Bastaría con esta sarta de fecundos despropósitos para el objeto que nos proponemos en estas líneas. Empecemos: bien se comprende que la facilidad crítica del señor Pereyra culmina no precisamente en el ridículo, sino en la simpleza del lugarcomún

que me parece vicio peor que ese de seguir las huellas de los grandes maestros de Francia: de haber nacido en Coímbra, la frase aquella sobre descastamiento y la ropa ajena no sería de Pereyra sino del afamado sociólogo Alves Pacheco, inspirado en esta ocasión por el genio portentoso de Perogrullo...

Ciertamente que los conocimientos sociológicos del prologuista, sólo existen en la facilidad con que él asocia frases apuntadas para el efecto, como si se tratase del teatro simplemente sensorial que Tabarin levantaba en Puente Nuevo: cómo pretende el atolondrado señor Pereyra que los pueblos de América no se valgan, íntegramente, de la vieja enseñanza europea? olvida acaso que los pensadores de Europa llevan en sus células corticales del cerebro la impresión indeleble de todo lo que en la historia de las ideas valen la Edad Media, el Renacimiento y la evolución cruenta de pueblos que no se han descastado, sino que han diluído en impuras contiendas la pureza muy relativa de razas que no existen?...

— Es ya mucho exigir a gentes que desde el punto de vista étnico no sería fácil asignarles puesto entre las razas, si hubiere propiamente razas, el el que se conduzcan como pueblos que han visto desarrollarse las grandes etapas del mundo y que saben por esto discernir y medir los ciclos de la civlización, porque la vieron nacer gracias a que llevan en la substancia hereditaria actual, un cúmulo de patrimonios que los impulsa por los senderos de la mentalidad condensada y firme. Prudente es pensar que el señor Pereyra, ni el director de la «Editorial-América», ni mucho menos Oliveira Lima, forman pue-

blo en estas inciertas naciones de Sur-América: son casos esporádicos que atesoran herencias, y que inconscientemente quizá, hablan la lengua de los abuelos europeos, como por milagro de la genialidad surgida en las generaciones aborígenes... Los que no llevan en la corteza cerebral nada de tales patrimonios, de fijo que siendo ilustres, serán también producto esporádico de una eficaz asimilacción que, desde luego, estaría muy lejos de la originalidad francesa, de la seriedad germánica o de la condensación ideológica de los ingleses.

Es presunción y no otra cosa, admitir que nosotros pudiéramos pensar como pensaron los viejos y como piensan los contemporáneos en el mundo intelectual francés. Los imitamos más o menos felizmente, como lo más natural, con talento de quien lleva patrimonios mentales muy ricos, o con la gracia bufa de quien carga con la herencia menesterosa de los monos que hacen reir. Yo podría, sin mayores dificultades, demostrar al señor Pereyra, que desde Mejico hasta las márgenes del Plata, los más altos pensadores nuestros no han sido sino un tamiz cerebral a través del cual filtróse turbio o cristalino el pensamiento de los más notorios escritores de ultramar, y muy especialmente de Francia. El tipo Thiers, el Victorhuguito y el Dantón de que habla Pereyra, tienen que existir como producto de la asimilación más o menos feliz, más o menos presuntuosa y soberbia... Y es que hasta ahora, nosotros, los americanos del Sur, no hemos tenido sino como casos muy señalados, el tipo intelectual firme, auto-personal, si se acepta la combinación que en el caso concreto equivaldria a hombres

de individualidad propia. Señalar las fuentes de inspiración sería tarea no sólo enojosa sino propia de gramáticos ruines, como declama Vargas Vila. Además, siendo un fenómeno muy natural, no seré yo quien vaya a delatar el vicio de la imitación que ciertamente abunda: en Rodó, por ejemplo, para no referirnos sino al más ilustre y copioso de los escritores suramericanos de habla española, se podría mirar de bulto la influencia manifiesta de no uno sino de varios escritores optimistas franceses.

En cambio de la pobreza intelectual «aborigen», sí abunda con caracteres bastante bien diseñadas, y y como exponente de una tierra fecunda, solar y poblada de fieras y montañas, el hombre de la fuerza y de la insolencia, de la pereza y de los arranques clánicos. La psicología del impulso o de la indolencia suele dominar en el pensamiento de muchos inteletuales: a la influencia extranjera, añádese la del medio. De calificarnos, pudiérase decir que en América la edad de hierro se modifica o perfecciona gracias a a las corrientes civilizadoras de Europa, pero persistiendo la férrea evolución del «homo sapiens» entre nosotros. No se arguya que la guerra europea destruye la autoridad del viejo continente sobre el nuevo: eso, tras de ser brutalmente ridículo, es un modo muy simple de «resollar por la herida». — La guerra europea obedeció a causas de orden histórico, obedeció a causas fatales, de necesidad sociológica cuyo origen pudiera encontrarse en la noche dolorosa de la Edad media; las guerras nuestras no son de la misma categoría: son fenómenos que se relacionan con nues-

tra infancia, con la fatuidad personalista y con el egoísmo del mestizaje desconcertante.

Europa continúa siendo la mentora, la madre intelectual de América.

IV — Que imitamos a Taine, le tomamos sus fórmulas y meditamos inspirándonos en «una filosofía tomada de las obras del ingeniero Spencer, filósofo sólo en la América española.»—Como imitaríamos a don Bartolomé Mitre, si realmente el general Mitre hubiera fundado un método que sirviera de norma en la interpretación de nuestra historia... Mas, Mitre no sólo olvidóse de exponer su método personal, sino que se dejó en el tintero muchas cosas que se relacionan con Bolívar el Libertador y con aquel otro libertador que se llamó Artigas. Para decirlo de una vez, ya que el señor Pereyra concede al general Mitre todas las más altas cualidades del crítico: el gran escritor argentino cuya erudición asómbrame, no se despojó siempre, cuando manejó la pluma del historiador, de sus pasiones, de sus rencores ni de sus simpatías personales. Mucho de esto se observa en la *Historia de San Martín,* por Mitre, y en *La epopeya de Artigas,* por Zorrilla de Martín.

Y sigamos con la obra de Pereyra.

El ilustre mejicano, para mortificar acaso a los que en América se ocupam de la Historia considerada en el terreno de la Ciencia, y no en su aspecto simplemente narrativo, mira con desdén la obra del reconstructor de los *Orígenes,* y no percata que Hipólito Taine continúa siendo entre franceses y pueblos vecinos, una de las glorias más puras, uno de

los escritores más diáfanos. En el mundo intelectual, la personalidad de Taine pesa los mismos quilates que entre naturalistas el pensamiento nivelador de Jorge Cuvier: ambos reedificaron, segaron lagunas; el úno completó la cronología y sucesión de muchas décadas; el ótro ligó los eslabones y formó una sola escala en las numerosas contigüidades de la evolución zoológica.

Alguna vez oía disertar a Felix Le Dantec: hablaba de Lamarck; era en la Sorbona y había mucha gente, de todos los pueblos y de una capa social verdaderamente pensante. Y Felix Le Dantec, que no dejó de ser nunca un aristócrata de la ciencia, un soberbio, rindió un homenaje de justicia a figuras cuya grandeza ya no se discute: cuando recordó a Cuvier, dijo que los franceses no tenían, después de Pasteur, gloria más pura en el dominio de las ciencias naturales.

Por lo que atañe a Taine, recuerdo que por aquellos dias hablaba Bergson en el Colegio de Francia y decía del filósofo: «es uno de nuestros niños prodigiosos...» Y luego añadió: «Los pueblos vecinos no tienen con quien parangonarlo; la gracia múltiple de Taine es consecuencia racial, de esta raza que incubó a Saint-Beuve, Littré, Renán y en nuestros tiempos al buen señor de Gourmont...»

Oigamos ahora a Emilio Faguet, el conferencista de la Universidad de los Anales: «Hipólito Taine fué filósofo, crítico e historiador. Discípulo directo de Augusto Comte, hizo trabajos de crítica y de historia literarira... — Sus *Orígenes de la Francia contemporánea,* son una historia muy detallada y al mismo tiempo muy racionalmente honda de la Repú-

blica francesa. Para hablar el lenguaje del siglo XVIII, aquella es una historia filósofica de las perturbaciones que acaecieron en Francia de 1788 a 1800, y de sus consecuencias desde el punto de vista político y moral... — La obra de Taine es potente, pintoresca e inclina más a la meditación que ordinariamente los libros de historia»; aunque las obras del general Mitre sean el trabajo del «más penetrante de todos los críticos de la tierra...»

No se necesita ocurrir a calificativos generosos para apreciar la opinión de Faguet, quien no sólo fué un gran historiador, sino que reúne todo lo que debe haber en aquellos que intenten interrogar al Pasado: Emilio Faguet era un sabio que abarcaba hondos conocimientos de ciencias. Eso bastará, supongo, para que su juicio merezca la consideración de aquellos que han pretendido medir la obra de Taine, pues me parece que por las análogas condiciones de origen, sería Faguet y no los escritores de América que apenas sabremos traducir el estilo taineano, quien sepa medir en todas sus proporciones, el edificio armonioso y solemne que construyó con un método propio el genial artista y filósofo.

V — Bien se comprende que la ligereza del señor Pereyra obedece a que en él influye tal vez el espíritu versátil que suele ponerse a disposición de la notoriedad ansiosa, vehemente, si no fuere más bien el caso suyo el de un escritor que escribiera a la diabla para vivir, como tantos ingenios que de gran peso como el ilustre mejicano, ofrecen las

maravillas de la pluma por nada, y se someten a las groseras especulaciones de un editor.

Y es que juzgar a Taine con dos palabras que a cualquier escritor francés harían sonreir con irónica condescendencia, me parece audacia y no otra cosa; aventura tanto o más simple que aquella de argentinos y brasileños ricos cuando le fabrican novelas a las grisetas que solicitan dinero en las penumbras de Puente Nuevo, no muy lejos de Pigmalión y la Samaritana. Avanzo, porque el caso es de conciencia, que el hecho de escribir una novela a la querida francesa, no es motivo para que esa novela sea cursi: puede ser obra de arte pues la inspira el amor que es la fuente de las más bellas páginas que conocemos en las escuelas del romanticismo.

Otro es el caso de la crítica contra Heriberto Spencer: el señor Pereyra no lo conoce pero ni en sus *Primeros principios,* a pesar de ser el autor de *El mito de Monroe* un antiguo profesor de Sociología en la Universidad de México y Miembro del Tribunal permanente de Arbitraje de la Haya. Leyó la versión castellana que de *El crepúsculo de los filósofos,* de Giovanni Papini editó la «España Moderna», y como el florentino Papini, intenta menguar al inglés con sólo proclamar sarcásticamente que Spencer era un ingeniero de caminos, como si las matemáticas no fueran la más rígida cristalización de las ideas.

Simple parodia esa que burla burlando, nos deja entrever en el señor Pereyra a un discípulo de Papini: quizá crea, como éste, que él pueda llegar un día a ser el primer escritor de su país.

Ni siquiera tomemos en cuenta este desbarajuste contra tesoros intelectuales que como la obra filosófica de Spencer, se encuentra en todas las bibliotecas de Europa. No hagamos gracia a esa falta de seriedad en un pensador tan eminente como el mejicano; mas, recordemos que no hay una sola obra moderna que trate de cuestiones trascendentales de biología, que no acate, comente y se apoye en la bien calificada filosofía spenceriana. Negar esto es dejarse mirar la inteligencia desnuda, con «traje prestado», para emplear el lugar común de mi señor Pereyra.

No exagero ni es la intención del crítico solicitar motivos recónditos que apoyen sus palabras; para quien sea medianamente ilustrado y conozca las tendencias modernas de las escuelas históricas, las frases en ocasiones deslumbrantes del escritor azteca no sólo desentonan, sino que indican, escandalosamente, ciertas deficiencias que lleva consigo la erudición del grave sociólogo de México. No es que se respete o deje de respetarse la autoridad de personajes consagrados, que por sistema quizá, estoy reñido con la monarquía científica que suelen ejercer las academias; me gusta ver caer a los dioses cuando el altar que se les erige no tiene razón de ser; mas, cuando el dios es de la talla de Spencer, preciso es levantar los ojos y verlo de cerca...

Y es que Pereyra olvida que la obra del inglés vino a completar junto con la de Taine, el emporio de sabiduría que es la obra magna del filósofo Augusto Comte: entre los dedos del mejicano, la pluma se hace negativa, y se lanza en aventuras aún más estupendas

que esa de negar a Spencer y Taine: Pereyra arremete contra la Ciencia, y estas son sus palabras cunda califica de «cuentos clínicos» la obra historico-anecdótica de Cabanés: «estoy muy lejos de menospreciar la sabiduría de estos luminares (se refiere a Lombroso, Cabanés y otros), pero me permito decirles que alguien, verdadero psicólogo, nada menos que el gran William James, se burla de la pretensión de explicar los actos de un hombre por sus dolencias. El árbol se conoce por el fruto y el hombre por las obras. Según William James, dice Sorel, la pretensión de juzgar una obra histórica por medio de la crítica psico-fisiológica de su autor, es completamente ridícula, como sería absurdo en las ciencias naturales, (que James y Sorel dominan), refutar las opiniones de alguien demostrando que es neurópata. Maudsley había declarado ya que el criterio decisivo del valor de una creencia no debe buscarse en su origen, sino en el conjunto de sus resultados. El mismo James se burla de la crítica literaria que Max Nordau ha querido fundar en el estudio neuropático... El catarro gastroduodenal de Carlyle como explicación de su misticismo y de sus profundos acentos de desesperación, es completamente infundado. James señala lo que hay de ridículo en ese materialismo médico.» ([1])

Como se ve, Pereyra cree que toda la obra de Taine, los estudios de César Lombroso, Cabanés y demás historiadores científicos, son ridículos, y para afirmarlo se apoya en las autoridades de James y

(1) *Rosas y Thiers*, pag. 14.

de Sorel, a quienes concede grandes aptitudes como naturalistas, aunque a la verdad, Sorel y James han pasado por debajo de la mesa donde trabaja el grupo europeo de hombres que interrogan a la vida.

Poco nos importa, desde luego, que aquellos escritores sean eruditos en física y en química, en botánica y en zoología; deben, eso si, ser muy sabios porque no son, como Spencer, ingenieros de ferrocarriles.

Mas, lo que está fuera de duda, es que Pereyra no supo leer lo que a propósito del método científico escribe Sorel: este crítico, (porque en esto sí es maestro Sorel), expone las ideas de James, y siendo simple expositor, no divulga la propia opinión, ni está en el deber de hacerto; el texto no deja duda, y si dejare alguna, allá va otra opinión del historiador: «hay entre la sociología y la biología una diferencia: en la primera el estado estático y anatómico es el fundamento del estado funcional, en tanto que la evolución es el elemento primordial, esencial, de la sociología; esta será con el tiempo una química social: todavia tiene mucho de la alquimia.» (1) Lo cual indica que tambien Sorel suele inspirar sus opiniones en los fundamentos de la ciencia. Son suyas estas palabras que indican su admiración por la mentalidad taineana: «él consagró su vida a la verificación y demostración de las ideas que había concebido espontáneamente en su juventud; su método constituye la magnificencia intelectual de su obra.»

(1) Cit. por Cabanés, *L'Historie éclairée par la clinique*, 1920.

VI — Ha sido Hipólito Taine quien ha expuesto mejor la necesidad de aplicar la ciencia al fenómeno histórico. Verdad es que en esta materia cada quien ha edificado: Saint-Beuve, Michelet y el mismísimo Voltaire han ocurrido a la ciencia y no han fracasado; Taine valioso de todas las ciencias y las puso a la orden de la metodología histórica. Así se expressa Cabanés: «desde su juventud, mostróse curioso por las cosas científicas. En buena hora reconoció cuan provechoso era intentar una alianza entre la psicología y la fisiología: la psicología verdadera y libre, escribía a su amigo Prévost-Paradol, es una ciencia magnífica, sobre la cual se funda la filosofía de la Historia, vivificada por la fisiología... En otra carta, continúa Cabanés, él participa a su amigo el proyecto que consiste «en hacer de la Historia una ciencia, dándole como al mundo orgánico, una anatomía y una fisiología...» Las razones que tenía para afirmar todo esto, no podría rechazarlas en la actualidad ningún historiador que aspira a perdurar: «yo no creo, dice Taine, que un historiador pueda tener una idea precisa de la India brahmánica y búdhica si no ha estudiado con anticipación el éxtasis, la catalepsia, la alucinación y la locura razonante...»

La patología mental! Es en ella en donde encontramos la clave de muchos accidentes, de casi todos los dramas en la historia sangrienta de los siglos. Y no es que el médico historiador, o el historiador que sepa medicina establezcan un diagnóstico de una precisión indiscutible; eso no es necesario ni es posible: basta aproximarse a la verdad, y esto se consigue gracias al axioma que ciertamente es una norma

para la investigación: *naturam morborum ostendunt curationes.*

Ahora bien, porqué dice esto de Taine persona tan ponderada como lo es Sorel?

Cuanto a la cuestión concreta, de la medicina aplicada a los hechos históricos, es un método tan perfectamente justificado, que su razón de ser arranca de la propia naturaleza humana, esclava de los dolores y abrumada por toda suerte de lacerias: el historiador científico «ve mejor», llega más directamente a reconstruir cuando el documento lo permita. Y en esto están en un corazón los historiadores que «reconstruyen» y el historiador Pereyra: dice éste que «la historia clínica de los Césares no es la historia de la estupenda organización administrativa del Imperio Romano.» Ahora bien: que yo sepa, ni Littré, ne Taine, Brachet o Cabanés habrán identificado en uno sólo estos dos aspectos de la historia cesárea. Lo que sí han dicho es lo mismo que afirma Pereyra: «si lo uno interesa, no deja de interesar lo otro, *y más aún la relación entre una y otra serie de hechos.*» [1]

Mas, con admitir la conveniencia de relacionar ambos fenómenos, estudia a Rosas y pasa por encima de hechos médicos bien conocidos, e intenta colocar su figurá de «organizador» al lado de Mitre y Rivadavia.

Pereyra defiende la normalidad de Rosas valiendóse de un argumento bastante, pueril, que no toma

(1) Hemos copiado en bastardilla para hacer resaltar la tendencia del mejicano, para quien, en esta ocasion, la historia clínica no debe desdeñarse.

en cuenta la crítica histórica: «Pero era un loco, y un loco moral; es decir, un malvado. En primer lugar, pregunto: era Rosas verdaderamente un loco? Diré como decía él con su palabra mesurada: lo han probado? Y supuesta toda la suma que se quiera de cargas degenerativas y de aberraciones; bien vistas las cosas, no resultaría que todos somos locos perdidos?»

Por esto camino, imposible sería llegar a conclusión lógica que tenga algún merecimiento: todos somos locos, luego Rosas fué como todo el mundo, y por esto los locos son grandes administradores, de una vigorosa potencia cerebral. Ahora bien, del hecho de que un hombre público sea un aberrado, no se sigue en modo alguno que todos los hombres públicos lo sean: la patología tiene sus límites que sin ser precisos, son sin embargo, accesibles a la prudencia de los escritores y de los clínicos. Sabemos que los aberrados abundan sin que todos seamos locos; mas, la Historia no se redacta con las acciones de todo el mundo, sino estudiando la vida de muy determinados hombres públicos; o como dijo Carlyle: «la historia es una colección de biografías«; o «su objeto son los individuos», en el sentir de Bacón.

Para disculpar a Rosas, no se podría emplear, ni siquiera, el vocabulario clementísimo de la epopeya: él fué un bandido en la más amplia acepción del vocablo; aquello de su administración, corresponda más bien a uno o más de sus colaboradores que en el silencio espantoso, de aquel hombre sabían aconsejarlo y dirigían con prudencia los negocios públicos.

Yo he tenido ocasión de comentar un libro del profesor argentino Ramos Mejía que se refiere a Rosas

y a Francia. A propósito del primero escribí lo siguinte: «Rosas era feroz, y según el autor argentino, «tenía un temperamento nervioso y sufría fuertes ata«ques neuropáticos, en los quales saltaba a caballo y «echaba a correr por los campos, lanzando gritos des«compasados y agitando sus brazos hasta que caía ex«tenuado y traspirando a mares.» Este sólo detalle bastaría, y fué suficiente al profesor de Buenos Aires, para declarar que los accesos en cabalgadura, tuvieron en Rosas un carácter epiléptico evidente: «estos accesos, escribe, son uno de «tantos matices bajo los cuales se presenta el mal comicial...» Sus extravagancias que llamaron «pillerías» sus contemporáneos, son para el sabio Ramos Mejía producidos por el «virus epiléptico». Este mal que no tuvo auras en Rosas, transformábase en la locura moral de los asesinos que tuvieron los refinamientos propios a los verdugos chinos de Mirbeau, en el *Jardín de los suplicios:* mandaba a un tal Eusebio «a que se calzara un par de botas llenas de brasas de fuego, y al imbécil Viguá lo hacía sentar sin calzones sobre un hormiguero hasta que hubiera devorado dos fuentes de dulces...» A la manera de Pedro el Grande cuando por un úkase prohibió el uso de la barba en las tierras de su inmenso imperio de la estepa, Rosas «hizo que todo un pueblo vistiera chaleco colorado y llevara bigote como signo de exterminio...» Tambien es de la parentela de los bandidos aquellos que define Gastón Leroux, los terribles *Bibí* y el doctor *Kanack:* Rosas manda que le corten el cuero cabelludo a los sacerdotes Frías, Villafañe y Cabrera y la piel de las manos... A qué se puede atribuir todo esto en el degenerado Rosas? — Ramos Mejía recuerda

su historia hereditaria y a fe que son muy interesantes los datos que señala: «la madre de Rosas presentaba en su carácter claras manifestaciones de un estado nervioso acentuado, de un histerismo evidente... Caminaba precipitadamente, hablaba con ligereza nerviosa, accionaba con virilidad, y en los movimientos de sus miembros, en la vivacidad de su rostro, en su andar firme y resuelto, y hasta en los destellos de sus ojos, brillantes y convulsivos, podría descubrirse una naturaleza llena de vida y azotada por esas efervescencias indomables que agitan tanto la sensibilidad femenil». Una anécdota abona esta opinión del sabio: «un día se presentó en su casa un comisario de policía con el objeto de expropiar los caballos de su carruaje para no recuerdo qué fin. La señora lo recibe, y al significarle aquél el objeto de su visita monta en cólera, negándose redondamente a hacerle la entrega. El comisario insiste, y como intentara emplear la fuerza, la señora corre a una de las habitaciones inmediatas, toma un par de pistolas, dirígese a la caballeriza y las descarga sobre los caballos. . .» [1]

Como se ve, la Historia no tiene sanción para la figura del bandido sino para lapidarlo. Es la ciencia quien viene en su auxilio, no para sancionar el crimen, sino para sostener a todo trance la dignidad humana declarando que Rosas no tenía sentida moral, porque era un «fronterizo», enfermo cuya capacidad mental se agita en la «demifolie» estudiada por Grasset.

(1) *Gaceta Universitaria*, de Mérida, núm 56, p. 436.

VII — Otro es el método de reconstrucción que emplea Pereyra para «hacernos» la figura de Bolívar si este no hubiera muerto en 1830. El historiador solicita en el *Diario de Bucaramanga* la psicología del escritor o memorialista, y elabora un «diario», que comienza el 7 de marzo de 1831 y termina el 22 de mayo de 1850.

A la verdad, yo no sé si Pereyra ha salido airoso en su empresa de fantasía póstuma. El Bolívar que nos presenta es una miseria de héroe rayano en lo rídiculo. Verdad es que se trata de un anciano precoz que ahora va a vivir de sus recuerdes grandiosos, en la ciudad de Bruselas. Allí sufre de nostalgia y declara que lo debieran tener por muerto.

Sin quererlo, el historiador nos hace un retrato del agrio pesimismo en que flotaba el alma inmensa de Bolívar. Pero algo más imagina el señor Pereyra, y esto ciertamente, que corresponde a quien no desdeña del todo los métodos científicos. «Escribe» Lacroix: «Noto que S. E. tiende al misticismo. Bajo el pretexto de aficiones arquelógicas, pasa dias enteros en los templos. Tiene un lugar, *su lugar,* en Santa Gudula. Es amigo del suizo, que se inclina reverentemente cuando le ve llegar, y lo acompaña con gravedad ceremoniosa hasta su asiento. Ayer fuimos a misa juntos, y después del servicio me habló largamente sobre las restauraciones de los edificios góticos...» (1) Y esto «sucedía el 12 de agosto de 1845...»

El misticismo del Libertador! — Acaso no fué místico en el sentido de la religión patriótica? De

(1) *Bolívar y Washington*, p. 192.

viejo, bien se habría podido que Bolívar entrara de lleno a los santuarios de Santa Gudula: en él había el sedimento psíquico para tales aptitudes: era apasionado, era sensual y era romántico... Y por estos caminos, ya lo sabemos por la psiquiatría, se llega rápidamente a las cumbres del misticismo.

LA EPOPEYA DE ARTIGAS

I — La epopeya es el proceso o fiesta ideal de que se vale la Gloria para imponer sus elegidos a la Inmortalidad; suele ser un disfraz que la generosidad del Tiempo acepta momentáneamente, aturdido acaso por la algazara y el júbilo que salen de los corazones. Está separada de la Historia porque en el proceso de la epopeya el sentimiento del orgullo patriótico, cuando se trata de los heróes, prevalece sobre la serenidad de las pupilas que van a mirar en el fondo de almas, de organismos que pensaron y ejecutaron con elementos pedidos a la humanidad. De suerte que, cuando el historiador escribe la epopeya, hará historia, ciertamente, mas, mezclará a la severidad de sus juicios la exaltación que suele desfigurar los hechos consumados.

Eloy Guillermo González, cuando escribe su obra *Al margen de la epopeya,* tiene acentos que garantizan su intensa labor de crítico afiliado a la escuela francesa. Así escribe en «el acervo»: «Los hombres, los sucesos, los tiempos, han sido forjados y presenta-

dos a capricho, y cada quien sabe nuestra historia y la propaga según la faz de leyenda más grata a su temperamento, más accesible a su capacidad intelectual, más cónsona con sus antecendentes, su filiación y su educación. — El fenómeno es natural, su expansión poderosa, y profunda su raigambre: la tradición, producto de impresiones, es la manifestación primordial del rudimentarismo rememorativo de los grupos humanos. La historia, que es una acción constante, una latencia de pensamientos y de ideas, victoriosas o en derrota, ya es inaccesible a la psiquis rampante del primitivismo. En el desfile de la turba humana hacia la verdad, hacia la realidad, áspera y fatal, la retaguardia, próxima a la penumbra de la selva ancestral, ama lo maravilloso y lo fantástico, con tan hondo amor y tan tenaz ceguedad, que, al conocerse algunos capítulos de este libro, los hombres de tradición, formados en la leyenda y encariñados con la conseja, han llegado hasta negar el testimonio escrito de los propios actores y testigos presenciales de los sucesos!»

Sin embargo, González suele olvidar esta advertencia; en ocasiones ama lo maravilloso y lo fantástico con amor y ceguedad profundos, sobre todo cuando su pluma traza los rasgos culminantes del Libertador cuya grandeza asi define: «Brillante dictador, tirano inevitable, caballero del Decoro, errante por tu tiempo y por tu América, eres más grande de lo que te fabricó el Ditirambo!...»

Para González, Bolívar era «el águila herida destilando acíbar», lo cual siendo una hermosa alegoría, puede perdonarse a quien dice esto otro: «Entre los

infelices servicios que los historiadores hímnicos y los entusiastas fantásticos le han hecho a la reputación *humana* de Bolívar, ninguno tan perjudicial ni tan precario como el de haber acostumbrado a las generaciones del último medio siglo a formarse de él y de sus acciones un juicio tan pueril como temerario. Su naturaleza genial ha aparecido caracterizada por una faz tan leyendaria y milagrosa, que, durante cincuenta años ha habido buena gente, que creen con una cándida fe que el Libertador era incapaz de las condiciones ordinarias de prudencia, reposo y previsión de los hombres mediocres, y que todo salía de sus manos y de su buena estrella, subitáneamente, por virtud de prodigio, por obra de maravilla y por arte de hechicería.» (1)

Sí, entre nosotros suele ponerse música de fanfarria a la pluma, y ya no es historia aquello, sino amor de la tierra, cariño que crece ante la «figura augusta del Libertador», como dijo Gil Fortoul: Carlyle está más próximo de nuestro historiadores que los que escriben inspirados en el naturalismo de la escuela francesa, aunque a la verdad, la epopeya cantada por nosotros «es la manifestación primordial del rudimentarismo rememorativo de los grupos humanos.»

Desde luego que esa tendencia a la deificación, muy velada en los escritores ilustres, no sólo es nuestra, de Larrazábal y de Restrepo, de Juan Vicente González y varios más, sino que espiga en otros pueblos de América en donde tambien se ama lo maravilloso y lo fantástico: la obra de amor y de

(1) *Al margem de la Epopeya,* Caracas, MCMVI.

justicia del uruguayo Zorrilla de San Martín, ofrece todos los matices de esa incertidumbre en que se sienten aprisionados nuestros grandes escritores cuando se trata de la gloria nacional.

II — No conocía la obra monumental, biolitógena, si se me permite el neologismo, que acerca de Artigas publicó en 1916 el poeta y orador y sabio Juan Zorrilla de San Martín. Y se explica la ignorancia en que estaba de ella si se piensa que durante tres años, he dirigido la Universidad de los Andes, en Mérida, una ciudad silenciosa y lejana, soñadora o dormida, abrumada, entumecida y fanática, ensoberbecida por la gloria y por las nieves eternas, y hasta donde el progreso no llega sino a lomo de mulas que marchan sobre los abismos como las cabras, por los atajos resbaladizos y peligrosos.

Libro alguno merecerá el título de monumental como este del erudito uruguayo; y acaso lo será mucho más, como obra imperecedera, que el monumento labrado por el cincel de Angelo Zanelli; por eso he dicho que la obra de Zorrilla de San Martín es un libro biolitógeno: porque la única o primordial intención del autor es llevar al ánimo de los artistas los rasgos resaltantes de una gran vida heroica a fin de que uno de éllos, el que mejor asimele las figuras del orador, haga que el mármol adquiera la consistencia de la carne viva, del músculo palpitante y del cerebro transformado en un ofuscante laboratorio de ideas grandiosas. El conferencista tiene arranques de inspiración para exigir a sus oyentes el milagro en la piedra inmortal: «Debo reunirme con

vosotros, díceles, para hablar de nuestra historia, de modo que mis palabras penetren vivas en vuestras almas, dejen en ellas impresiones sinfónicas, despierten imágenes visibles, evoquen personas reales, y hagan surgir en vuestra imaginación un monumento habitado por un espíritu...; es preciso que el dios interior aparezca en vosotros, si habéis de realizar una obra digna de vosotros mismos y del pueblo que ha contado con vuestro ingenio. Esa es mi misión: evocarlo con palabras que sean soplo de espíritu, ráfagas de vientos sonoros y sagrados, saturados del polen de desconocidos estambres...; no en los documentos, sino en nosotros brotará en marmórea desnudez, sin saber cómo ni cuando, del fondo del agua removida por nuestro espíritu, como el ángel de la piscina probática...; vuestro mármol tiene que ser vengador y resonante; más resonante que medio siglo de palabras insensatas; más que el coloso aquel de Memnón, que cantaba al ser tocado por el sol: tiene que disipar la noche con su blancura luminosa...» (1)

Sería muy largo exponer la razón de estas palabras; son períodos armoniosos de un gran poeta y de un intenso patriota; mas, tambien parece que corresponden al clamor del alma uruguaya que exigía la justicia para «el héroe autóctono sobre el cual ha pesado una leyenda venenosa, una fatal conspiración histórica».

Veamos cómo llegó el becquereano poeta oriental, a establecer la verdad que es «hija luminosa de la niebla.

(1) *La epopeya de Artigas*, Barcelona, MCMXVI, t. I.

III — Se me antoja, sin ser esto un capricho, que si Zorrilla de San Martín logró decir a las generaciones presentes y futuras de América, cómo deben ser el mármol y el bronce de Artigas, el señor Zanelli, en cambio, no consiguió, ciertamente, asimilarse la idea grandiosa del orador, quien dijo en sus conferencias de cinematografía mental, por aquello de la proyección ideológica: «Os equivocaríais si vieráis en él un soldado, una batalla, un grito, un ejecutor. Artigas, oh hermanos, ha sido un enigma; fué un silencio, un enorme silencio.» (1)

Ante esta confesión, los artistas, claro es, debían confundirse, pues no será tan fácil, sin ocurrir a la fantasia carlyleana, dar vida heroica a la actividad épica de un fiero conductor de hombres, a menos que no se tratara de un pensador muy profundo cuya profundidad se confundiera en el «enorme silencio» de que habla el escritor... El artista debió solicitar un apoyo objetivo para la obra ideal; y lo consiguió cuando Zorrilla de San Martín dijo categóricamente: «El caballo, sobre todo, transformó el aspecto de la tierra y las costumbres de su habitador. El habitante prehistórico de esta región, no tenía caballo. Al llegar este animal, como si se fundieran los dos seres, apareció el centauro...» Y añade más abajo: «En la mitología de la América libre, el caballo hubiera sido el animal sagrado. — Con esos elementos, tenéis el ambiente de que ha de estar compenetrado el héroe oriental.»

(1) La frase no es feliz: la empleó e hizo célebre *Fradidiques Mendes* para elogiar el "inmenso talento de Alves Pacheco", que era un pobre hombre.

Zanelli, como los artistas que idearon los mejores monumentos de Bolívar, de San Martín y de Sucre, concibe un héroe a caballo; sin que por el hecho de estarse a caballo, ese héroe sea un centauro a la manera de Páez, porque Páez y Artigas no son la misma cosa aunque haya alguna analogía entre éllos: Artigas es un enorme silencio, en tanto que Páez es el alborozo de la victoria; para él se hicieron los peligros en los cuales derrocha su actividad de centauro, el único centauro que ha tenido la América.

Y es oportuno recordar que no somos acá, en nuestras tierras de Colombia y del Plata, los caballeros en el extricto sentido que emplea el Jockey club; nuestras cabalgaduras no están educadas para marchar media hora con la velocidad de los «purs sangs» ingleses, como aquellos de la *Epsom lodge* que Paul Bourget estudia y admira en *L'Ecuyère;* ellas están habituadas a marchar alígeras durante diez y tantas horas sobre los precipicios, por encima de las fieras fluviales, como Páez en la suya, bajo el sol inclemente de los llanos domando bestias a la manera del héroe troyano de que habla Homero. Como ese caballo eran los del Libertador, y así fueron el caballo de Artigas, las bestias nerviosas de Ezequiel Zamora y el caballo impetuoso de León Colina: acompañaban al héroe, hacían parte de la psicología violenta y se embriagaban con el vértigo.

En el monumento por Zanelli sucede todo lo contrario: Artigas va camino de la gloria en una cabalgadura que «el paso acompasa», acaso con ritmos marciales; y va impávido, soberbio o indiferente, sin darse cuenta del clamor delirante en el pecho de un

pueblo libre. Y es que ese caballero no es el hombre de nuestras tierras de América: en el artista prevaleció «el tipo heroico, la historia secular, la educación clásica» en que suelen inspirarse algunos artistas cuando labran la figura de César, Alejandro o el Cid Campeador. La ocurrencia, sin ser grotesca es muy lamentable, por cuanto el señor Zorrilla de San Martín habría querido algo que dijese a las generaciones en el lenguaje mudo de la piedra inmortal, poco o mucho de nuestra América, de sus tradiciones, sus héroes y sus leyendas.

A propósito de esto, recuerdo ahora que alguna vez en París, un eminente literato de Caracas hablaba de pagar a Rodin un bronce del Libertador. —Un mamarracho, pensé yo cuando me acordé del «tipo heroico»; una maravilla tal vez cuanto a la creación de un Bonaparte o de un Cayo Julio con el nombre de Simón Bolívar. Y acaso el mismo Bonaparte habría quedado hecho una lástima; es tal la influencia de las figuras romanas sobre el cincel de los maestros franceses!

Esto acontece con el monumento de Zanelli: probablemente las figuras simbólicas que rodean el pedestal lo salven para que las gentes futuras reconozcan al héroe, pues el hombre ecuestre dice bien menguada cosa acerca de aquél para cuyo bronce ha querido Zorrilla de San Martín «extraer de las mismas entrañas ígneas de la tierra americana el hierro y el cobre», si fuere de hierro el bronce de la estatua...

Está muy bien puntualizado esto: los elementos debieron ser de la tierra americana, «bajo cuyo influjo han estado sus habitantes desde los aborígenes hasta

nosotros». Agregaría esta advertencia, en el caso de que el señor Zanelli no fuere uruguayo: el artista ha debido ser del mismo barro, ha debido «vivir en esa tierra, ver los jinetes en sus potros desnudos, todavía sin domar; descender a los bajos o bañados montuosos, en busca del vado escondido entre los árboles; cruzar a nado las corrientes; refugiarse en la sierra abrupta o en el bosque impenetrable; proyectarse sobre el horizonte anaranjado por el sol poniente». De esta suerte, la estatua tendría «un fondo poblado de infinitos seres, un ambiente amplísimo, y que irradia de sus propias líneas expresivas y sonoras». Y es que, como lo afirma el mismo historiador, «el hombre no es un accesorio de la tierra, ni puede ser materia de conquista; la tierra, en cambio, se inoculó en él y le imprime su carácter».

Aquí deja entrever el autor oriental su filiación a la escuela de Taine, aunque Zorrilla de San Martín esté muy lejos del concepto naturalista aplicado al fenómeno histórico. Más adelante veremos eso.

De todo lo que llevo dicho resulta que el Artigas de Zanelli, como el Bolívar del panteón de Caracas y el otro de Bogotá (ambos de Tenerani), asi como el Bolívar ecuestre de Tadolini, son obras inspiradas en mármoles augustos y con relieves romanos de otros tiempos; para crear esas obras, no se pensó que cada dia, cada año y cada siglo, sobre todo cada siglo, el mundo es distinto y el hombre se pierde en una evolución que se codea casi con el infinito. Bolívar y Artigas pudieron tener rasgos de César, de Alejandro y de Anibal... — No lo dudo, pero eran rasgos remotísimos, tan lejanos como la

parentela que existe entre el molde y la estatua, una estatua que hubiera sufrido la acción transformadora del tiempo, y que, claro es, al cabo de los siglos, quedará sin ajuste en el molde. Bolívar y Artigas no pudieron ser ni César, ni Alejandro ni Anibal: simplemente porque son sus herederos remotísimos; son los dueños de una herencia que el tiempo ha dislocado, en términos que es un patrimonio de tradición en los siglos y nomás que eso...

IV — Un ejemplo de esto, entre muchos, es el caso heroico de Francisco de Miranda: abrigó en su cerebro toda la riqueza clásica de los grandes capitanes, y sin embargo, Miranda es original hasta en el fracaso. Su personalidad heroica orlada toda ella con una corona de martirio, no ha sido apreciada con justicia por el equitativo historiador uruguayo.

Y es que Miranda, que pudo acogerse a todas las influencias, no se protegió sino a la sombra de su fecunda mentalidad; él fué hijo de la revolución en España, en Francia y en Venezuela; elevóse a posiciones que nunca lograron alcanzar los militares del Nuevo Mundo; y cuando tiene establecido un concepto eminente, va de aquí para allá en busca de una protección honorable que haga eficaz sus esfuerzos por la causa de América; es todo un hombre en la mayor extensión de grandeza que se pueda asignar al vocablo: ni pequeño ni petulante, ni soberbio ni humilde, supo darse un valor y fué oportuno en la filosofía que le explicara las pasioncillas y el encono de los postulantes; sobre todo, su vida se prolon-

ga en una tragedia: el dolor fué su compañero de siempre. (1)

Paréceme que Zorrilla de San Martín, con ser escritor que venera la verdad y siente fervor especial por lo heroico en la historia, como que se inspira en las fuentes carlyleanas, trata con un desenfado que no me atrevería a calificar de desdeñoso, a la figura períclita de Don Francisco de Miranda. Así se expresa el autor de *La epopeya de Artigas:* «Y no es un indio quien pretende alzarse con la América, arrebatándola a su dueña; es Inglaterra... quien tanto en Venezuela como en Buenos Aires tenía agentes rentados con ese objeto. El general venezolano Miranda, grande figura exótica, era la cabeza de esa conspiración británica. Artigas será el reverso de este tipo genérico...»

Ahora bien, Inglaterra pudo ayudar con medios pecuniarios las expediciones mirandinas, y así fué; mas, no era tal vez con el fin de hacer la conquista de la América española, en donde no se mide el resultado que la pseudo-conquista produjo a la Gran Bretaña, cuyas posesiones son mínimas en el Continente. Quizá sería más conforme con la verdad de la historia, admitir que Inglaterra ayudaba a Miranda porque de esta suerte era posible acarrear el fracaso ultramarino de su poderosa enemiga peninsular. (2)

(1) Véase nuestro estudio sobre "Influencias", en *Cultura Venezolana*, Caracas.

(2) Adolfo Saldías escribió recientemente: "Ha sido necesario que se publique la rica correspondencia que sostuvo con-

Arcaya dice que «su labor fué extraordinariamente fructífera porque fué él quien sembró la simiente y quien aró la tierra». ([1]) Y Oliveira Lima así escribe: «Si para esa época (1761) no existia aún un sentimiento definido de patriotismo como el que se hizo visible con la separación, imperaba ya, con todo, el apoyo inglés a la tentativa revolucionaria de Miranda en 1806 — apoyo que se traducía en forma material y que tendía a auxiliar el rompimiento con la metrópoli y no a conquistar una posesión, como la expedición británica contra Buenos Aires en el mismo año de 1806 — lo que más contribuyó a la frialdad de la clase regional dominante en Venezuela con relación a aquel movimiento separatista, el cual fracasó.» ([2])

Y él profesor bordelés Humbert así expone: «Miranda retourne alors à Londres. Pendant plus de dix ans, nous le voyons, avec une inlassable ardeur, d'intéresser l'Anglaterre à l'expédition nécessitée par son projet de constitution américaine.» ([3])

Diez años de lucha no son para confundir a este

los hombres principales de ambos hemisferios, la cual se mantuvo secreta más de setenta años, para que la opinión se ilustre y pueda hacer justicia a ese virtuoso republicano levantándolo a la cumbre donde moran los grandes...—Tal era el hombre que debía estimular la expansión comercial de Inglaterra a costa de la independencia americana. que no fué otro el resultado por lo menos en lo que se refiere a las colonias españolas del Río de la Plata".—*Páginas Históricas*, Buenos Aires, 1912, t. I, p. 89.

(1) *Influencia del elemento Venezolano*, Caracas, 1916. p. 3.

(2) *La evolución histórica*. Madrid, p. 138.

(3) *Histoire de la Colombie et du Vénézuéla*, Paris, 1912, p. 109.

apóstol de la causa de América con un agente rentado de Inglaterra. A la verdad, el calificativo está lejos de la historia y acaso le falte nobleza. Y es que en Don Francisco de Miranda, sumábanse todos los detalles de la grandeza heroica e intelectual que ninguno otro personaje americano ha reunido tan brillantemente. El cronista del *Leandro,* adverso a ratos a las órdenes del jefe expedicionario, así esboza al compañero de los Girondinos: «En todo el conjunto de su rostro se percibe la expresión de tenacidad, de altanería. Sin decir que es elegante, puede decirse que es un hombre de salón... Es un ejemplo de templanza. Comidas malas o escasas no le hacen levantar la menor queja. No usa bebidas espirituosas, rara vez toma vino. Su bebida favorita era agua azucarada... En sus modales es un caballero, un cortesano; se conduce con dignidad y con gracia. Sabe medirse, excepto cuando está furioso, y asume el tono y la mirada que quiere. En general, su trato es altivo e imponente... En la conversación es lógico en el modo de presentar sus ideas; parece no ignorar nada. Su memoria prodigiosa le da al instante nombres, fechas, autoridades.—Usa sus recursos mentales y las galas de su estilo con la mayor destreza para hacerse amigos y partidarios. A los jóvenes los trata con dulzura de padre.

Háblales de sus proyectos y de los preparativos que hacían para él con la mayor confianza. A nosotros nos describió la gloria y las ventajas de la aventura con brillantísimos colores... — Cuando habla de sus viajes, interesa; cuando habla de sus sufrimientos, inspira simpatías. Es maestro en ciencias,

en literatura, en idiomas. — En la conversación lleva los oyentes al escenario de las grandes acciones; los introduce a los personajes de todos los tiempos. Hacía con nosotros excursiones a Troya, a Babilonia, a Atenas, a Siracusa, a Roma, a Jerusalén; veíamos los héroes, los patriotas, los conquistadores, los tiranos, los sacerdotes y los sabios, y pesábamos sus méritos y contábamos sus defectos. Nos pasmaba con la amplitud de sus miras, lo inagotable de su saber, y su probidad, su generosidad y su patriotismo.— Pero después do todo..., este hombre célebre, es a mi juicio, más instruído que sabio, más teórico que práctico; tan entusiasta y obseso, que no distingue la diferencia que hay, para una empresa como la suya, entre el buen sentido y la locura.» (1)

Esto, que ha sido escrito por un contemporáneo del Generalísimo, por un inglés que lo vió dictar órdenes militares y sonreir hablando maravillosamente a medida que el *Leandro* se dirigía a la empresa temeraria de la emancipación, es un dibujo de mano maestra; diríase que ese cronista conocía las tendencias modernas acerca de la genialidad: porque según él, Miranda era sabio y erudito, tenía una poderosa memoria y una elocuencia avasallante, y, además, «no distinguía la diferencia que hay, para una empresa como la suya, entre el buen sentido y la locura.»

Acertadísimo es el período, y Lombroso, Hericourt o Grasset, lo habrían tenido muy en cuenta

(1) Ricardo Becerra, *Vida de Don Francisco de Miranda*, Madrid, "Edit-América", t. I, lib. III, c. II, p. 259.

para decir de Miranda que era un «obseso» genial en quien la amoralidad de ciertos genios estaba ausente, pues el Precursor, según el cronista, «pasmaba con la amplitud de sus miras, lo inagotable de su saber, y de su probidad, su generosidad y su patriotismo.»

El patriotismo de Miranda!... — Ese es un problema que envuelve una grave injusticia de la historia, o de ciertos historiadores; la cruzada boliviana ha subyugado de tal suerte a ciertos escritores, que Miranda permanece aún bajo las órdenes de Monteverde, y de Miguel Peña, Tomás Montilla, Manuel M. Casas, Simón Bolívar y los coroneles Mires y Carabaño quienes desconocieron la sinceridad del patriotismo, como escribe O'Leary al hablar de la posteridad y la justicia.

Pero hay más, un escritor de los últimos tiempos, un norte-americano que ha mirado el problema de la figura enigmática en todos sentidos y desde todos los puntos de vista, el paciente William Spence Robertson, dice del consultor de Doumuriez: «Uno de sus rasgos característicos era su perseverancia casi sin paralelo en los anales de las revoluciones... — Juzgaba que la prudencia era una gran parte del valor, y si fué cobarde, nunca fué traidor a Venezuela... — La vida épica de Miranda no es una simple biografía. Este criollo vivo e inteligente, es todo un prototipo.» (1)

(1) *Francisco de Miranda y la Revolución de la América espanola*, versión de Diego Mendoza, Bogotá, 1918, p. 371 y sigts —La cobardía de Miranda es, desde luego, una hipótesis que

Otro es el concepto que el Libertador inspira a Zorrilla de San Martín.

V—Place al patriotismo el medallón labrado por la pluma del escritor e historiador y poeta: «Bolívar no es Washington; es mucho más grande y mucho más chico que Washington; es su contraste. Veréis cómo no es tampoco Artigas; el contraste con éste es todavía mayor, si cabe. Bolívar fué una llamarada en las tinieblas, agitada por el viento huracanado; Artigas, como lo veremos, fué una luz fija como la mirada de unos grandes ojos desconocidos; no disfrutó jamás de las delicias del triunfo en las ciudades; no tuvo ambición de rey; se ignoró a sí mismo.»

Como se ve, Zorrilla de San Martín, en su afán de exteriorizar su profundo amor a la gloria de Artigas, corrompe lastimosamente el concepto de la historia por virtud, o por vicio de su inequívoca imaginación poética ligada a los tropos armoniosos: si Artigas no disfrutó jamás de los triunfos en las ciudades, es probable que la comparación con Bolívar resultara insípida por aventurada: no es posible esa

algunos han concebido para explicar la capitulación propuesta el 12 julio de 1812 a D. Domingo de Monteverde, "previo el asentimento de los miembros del Gobierno" (O'Leary, *Memorias*). Otros dicen que hubo prudencia en el Precursor, y él mismo parece haber creído que la causa de independencia era prematura. De todos modos, lo que sí está magnamente demostrado es "su propósito constante y dominador que consistía en urdir revoluciones" (Robertson, ob. cit.), lo cual no es profesión de cobardes. Huelga recordar que el miedo, como accidente psíquico, puede existir en hombres rectísimos.

comparación desde ningún punto de vista. Y esto no equivale a menguar la figura austera del egregio prisionero a quien respetara en su destierro de la «Villa del Labrador» el doctor Francia, cuya alma, era una «guarida llena de noche glacial y habitada por varias familias de serpientes y otras sabandijas.» Nó, cada cual en su puésto y la justicia en el suyo: está bien que no se quiera para Artigas «coronas y opulencias históricas de los Napoleones chicos y grandes»; está bien, y es prudente, el quedarse con «el pobre Artigas, pues los orientales, sin hacer parangones (aunque haya la intención de hacerlos), se quedan con el viejo sembrador y no envidian a nadie en este mundo terráqueo.» (1)

En todo eso hay la intención de afiliarse a las aseveraciones pueriles del diplomático Villanueva; se sorprende eso cuando leemos en Zorrilla de San Martín que en «el establecimiento en Colombia de una monarquía inglesa, se percibe el propósito de Bolívar, de ser él, y sólo él, *el Inca.*»

Tras de que se explica el «Imperator» de que habla García Calderón, no es para ruborizarse de la República vitalicia, pues hubo en Bolívar el mal de la «cesaritis» definida por el profesor Lacassagne.

Por lo demás, entre Artigas y Bolívar no es posible el parangón, ni en sus acciones militares, ni en el temperamento, ni mucho menos en la cultura intelectual: Bolívar era, para valerme de las palabras sonoras del historiador, «una enérgica personalidad original, completamente original; tiene un pensamiento

(1) Ob. cit, t. II.

propio, no aprendido, *sino aparecido en él.* Hay momentos en que Bolívar es el tipo del montonero americano, un criollo de alma y cuerpo; piensa y obra como caudillo heroico. Es escritor, verdadero escritor, inspirado, grandilocuente, hasta crítico de su propio cantor Olmedo; y buen crítico. Es poeta, orador, habitante del país de ensueño; es estadista empírico, filósofo intermitente; sus proclamas y arengas son batallas; son poemas sus combates. Es grandioso; no lo llamo teatral, aunque lo parece, porque es sincero. La ambición de gloria, de poder, de mando militar, es el motor inmediato de aquel espléndido instrumento, formado para las triunfales sinfonías.»

Qué más desea el patriotismo? Quién que posea todo esto no es el primero entre los hombres? Decidme: se puede cincelar ese medallón con los rasgos de otro héroe americano?...

El reverso es tambien digno del grande hombre y complementa la figura del genio: «Pero en él, a la vera de las visiones que flotan aladas en el alma y la libertan, vivían rampantes las pasiones que hormiguean en la carne, el gusano brutal del espíritu. Las pasiones de Bolívar! Nadie las ha sentido más altas, ni más bajas. Y las pasiones son las enemigas del carácter. Era orgulloso, impetuoso, irritable; las palabras se derramaban de su boca, como la sangre de una herida, cuando montaba en cólera; pero era rápido en deponer la ira. El movimiento, la perpetua transición, la satisfacción immediata y rápida de sus apetitos eran su vida... — Amaba con los sentidos, es decir, no amaba. El incienso de la adulación y de la lisonja cortesana, que lo envolvieron como a nadie; la garra de

los deleites voluptuosos; los hombres y las mujeres, todos tenían poder sobre él, y hacían intermitente la luz de aquel genio, que pasaba de las grandes claridades a las tinieblas sin orillas... — Bolívar tuvo fe en América, aunque la tuvo mayor en sí mismo; se sentía las alas y las juzgaba de fuerza ilimitada. No existen de esas alas en el mundo; por eso su misma fe en América sufrió congojas... — Bolívar creyó sinceramente en la existencia orgánica del pueblo americano recién nacido; se refundió en él, se identificó con él, con sus grandezas y sus miserias... — No hay nada que más desoriente que el seguir la rotación de ese vértice central de nuestra historia; yo, cuando menos, confieso que, no pocas veces, ese hombre fosforescente me hace perder la cabeza. Hay momentos en que no se sabe si uno está viendo pasar por el cielo la sombra de un águila que viene del sol, o si es la de una mariposa enorme que revolotea en torno de una hoguera que puede ser un astro; pero de lo que no cabe duda es de que se está en presencia de una criatura inflamada de luz propia o muy cercana al foco de que procede el día...»

Y quién será ese sol? quién será ese foco que inflama a la mariposa, águila o salamandra?

— Zorrilla de San Martín no lo dice; pero baste a nuestro orgullo saber que pensador tan eminente pierde la cabeza en la contemplación de nuestro héroe que es un hombre como todos los hombres, pero en quien la única diferencia con los otros estriba en que sus células cerebrales elaboraron la materia prima de la genialidad, de la espiritualidad sintetizante que bien pudiera ser el foco a que alude

Zorrilla de San Martín. Sí, en Bolívar hubo la genialidad que es pasión alta o baja, negra o luminosa: no le mermemos responsabilidades en el tribunal de la historia: el medallón labrado por el escritor oriental es de un artista que siendo filósofo es equitativo: es el de una vasta personalidad atormentada por las pasiones e inspirada por una originalidad que no admitió precursores en América: de allí que no acepte analogías: si fué criminal, lo fué a su modo; si guerrero, su táctica era propia; si escritor y ambicioso, la influencia de otros personajes se atenuaban en la vehemencia, en el ardor de su egotismo que era la pasión tumultuosa.

Artigas, San Martín, O' Higgins, fueron grandes figuras suramericanas, como lo fueron Páez, Sucre, y el clérigo Hidalgo y Costilla en Méjico. Bolívar es otra cosa: «Más en grande y más por lo alto que los caudillos regionales, en quienes se individualizó la originalidad semibárbara, personifica lo que hay de característico y peculiar en nuestra historia. Es el barro de América atravesado por el soplo del genio, que trasmuta su aroma y su sabor en propiedades del espíritu, y hace exhalarse de él, en viva llama, una distinta y original heroicidad.»

En los otros existió la «fuerza de acción avasallante de la cual se alzó vistorioso el porvenir.» Mas, esa fuerza que equivale, en el sentir de Rodó, a la genialidad bravía, «era en realidad extraña, originariamente, a toda aspiración de patria constituída y toda noción de derechos políticos con que pudiera adelantarse, de manera consciente, a tomar su puesto en la lucha provocada por los hombres de las ciudades. Ar-

tigas, al Sur, la vinculó desde un principio a las banderas de la revolución; Boves y Yáñez, al Norte, la desataron a favor de la resistencia española, y luego Páez, allí mismo, la ganó definitivamente para la causa americana.» (1)

Boves y Páez fraternizan alguna vez en la historia épica, si bien que desde el punto de vista de la ferocidad no sean comparables sus almas. (2)

Páez y Artigas son, alguna vez tambien, hermanos en la acción heroica.

VI — La geografía, conforme a las previsiones de Hipólito Taine, explica en cierto radio la parentela espiritual cuando a esta se une la parentela mesológica. Así, las sabanas venezolanas no podían gestar sino al centauro José Antonio Páez, en cuyas pupilas vivían el vértigo y la victoria en extraños maridajes que aquilitaba la distancia en los horizontes de fuego; las pampas del Sur no podían sino engendrar a San Martín, aunque no es posible la comparación en todas sus fases, ya que en San Martín hubo otra influencia que desarraigó en cierta medida la influencia nativa: la acción evolutiva de la civilización europea, que como sabemos transformó la psicología mirandina.

En cambio, en Artigas se conservaron inquebrantables los caracteres del medio uruguayo, como en Páez la psicología de la sabana: fué hijo del medio y

(1) Rodó, "Bolívar", en *Cinco ensayos*", Madrid, "Edit-América".

(2) Vésse *Cesarismo democrático*, por L. Vallenilla Lanz, Caracas.

a este pidió todos los recursos inconscientes de la energía: tanto el venezolano como el oriental eran dominadores de la naturaleza, como que la habían vencido a fuerza de sufrirla. La filosofia, el pensamiento de los antepasados, la astucia meditada y venenosa, no existieron en sus almas, que lo astuto en ellos era tambien atributo natural, de defensa y sin los tóxicos de la civilización. Sería grotesco, por ejemplo, pedir a Páez y al héroe uruguayo que pensaran como Miranda, como Bolívar y como San Martín, aunque este último tampoco queda bien al lado de la fascinación intelectual que ejercían Miranda y el Libertador, en quien el dominio de la cultura no logró sin embargo desarraigarle de su medio en donde era «el espíritu autóctono.»

Mas, a pesar de la esclavitud al medio, aunque todos los hombres no son siempre, durante toda su existencia, esclavos de la influencia nativa, Zorrilla de San Martín que a ratos es taineano cuando afirma que «no es posible negar las influencias recíprocas entre el hombre, primer factor de progreso, y la sociedad en que vive»; cuando declara que «el hombre es más hijo de su tiempo que de su madre», resulta más claramente un discípulo de Carlyle. Son suyas estas palabras: «Bueno será que establezcamos la naturaleza y el carácter que van a tener nuestras conversaciones. Al hablaros de un héroe, yo no podré menos de sentir, lo confieso, la influencia de Carlyle, el intenso pensador inglés, que es quien más sinceramente, me parece, nos ha hablado de los tales héroes.»

Esto de la sinceridad, no sé cómo interpretarlo: a ratos la sinceridad no es la verdad, y lo que en histo-

ria se requiere es la verdad por encima de la fecunda imaginación de Carlyle, la imaginación insuperable de un sabio teólogo calvinista que amparaba sus obras en la clemencia de los métodos bossuetescos.

Ni remotamente sería censurable esto en el biógrafo de Artigas. La teología es una ciencia y cada quien tiene liberdad para invocar a Dios o al Demonio. Además, y es esta la mejor explicación que pudiéramos darnos del fenómeno: cuando se escribe acerca de la «epopeya» no es posible, o por lo menos es muy difícil emplear el lenguaje severo de la historia; la epopeya pide sentimiento y sentimentalismo; exige un lenguaje romántico, dictado por el corazón.

Tambien debemos tener en cuenta que en el caso concreto, la nación uruguaya exigía del biógrafo de Artigas, ciertas reparaciones históricas que el señor Zorrilla de San Martín ha cumplido patriótica y elocuentemente: de la epopeya surge el heróe, un un heróe que talló una patria con materiales de dignidad, de austeridad y de fe inquebrantable.

VII — Era uruguayo de Montevideo, cuando Montevideo se iniciaba. De suerte que los Artigas fueron fundadores, como los Bolívar de Caracas, que asistieron a la infancia de la metrópoli. Nació por junio de 1764; tuvo familia reconocida y de allí que el solar fuera auténtico, y en esto, los niños Artigas y Páez no se parecen: el venezolano nació sin rumbos genealógicos, por lo menos se desconocen allá en los llanos: vino al mundo en algún bohío de los llanos salvajes y en donde imperan los toros, las serpientes y los caballos como no los tuvo la Amé-

rica por los días de la cruzada emancipadora... Un bohío, cerca de los toros y los caballos, bajo un cielo tropical cuajado de estrellas: he allí el cuadro de la natividad; la semejanza es aún mayor si se recuerda que Páez fué uno de nuestros redentores, si bien que no se andaba él como Nuestro Señor Jesucristo predicando la humildad: nació humilde pero se hizo un dios de la guerra gracias a su valor imponderable.

Se dirá que soy carlyleano. — Entendido, y que alguna vez se me perdone, ya que puedo justificarme: a Páez no es posible confundirlo en la epopeya; su vida leyendaria no es un mito, y cuando se reconoce esa vida y se tiene la convicción de que ella fué así, grandiosa e imponderable, se puede usar de todos los lenguajes de la heroicidad para referirse a su vida de héroe o de hombre como los demás hombres, que se nutren, que duermen y que desasimilan.

Tambien suele acontecer esto con Artigas, aunque a la verdad, en su cuna no sorprendo aquella analogía genética con Nuestro Señor Jesucristo. Pero esto tiene poca importancia. Lo esencial es saber que de Artigas se puede hablar en heroico, pero sin el entusiasmo que las travesuras indómitas de Páez colocan en la pluma de Eduardo Blanco, de Eloy Guillermo González y Laureano Vallenilla Lanz.

De propósito he citado a González y al autor del *Cesarismo democrático*... Por ventura, el reverso de una medalla no es el complemento de la pieza? Decidme vosotros los que no querríais sino escuchar palabras sonoras, de oradores impenitentes: se ha

dado el caso, alguna vez, de una medalla sin reverso?

Tambien se han forjado leyendas buenas y malas en derredor del héroe del Sur. Las malas son obra de la historia política; pertenecen a los hombres y son malsanas; las otras son ingenuas y fueron recogidas por la tradición que es madre de la historia.

Zorrilla de San Martín niega estas últimas y defiende a Artigas de las primeras. Según el biógrafo, no hubo en el niño «un ente mitológico», ni mucho menos fueron ciertas las «aventuras extraordinarias». Con recordar que su abuelo materno creyó mirar en su dulzura a un futuro sacerdote, bastaría para darnos cuenta acerca de la vida de aquel joven que, «en los campos de sus hermanos. compartía sus faenas como deporte atlético; se adiestró en ellas; desarrolló su sano organismo, se hizo gran jinete: domaba un potro, enlazaba un toro salvaje, boleaba un avestruz.»

Esto era Artigas a los veinte años de edad; hasta entonces, su predilección era el trabajo campesino que nunca olvidó en su destierro, allá en el Paraguay del doctor Francia.

Algo distinta fué la niñez realenga del Centauro: cuando todavía era un niño, tiraba de la soga y sobre potros salvajes corría tras los toretes que se perdían en un horizonte de fuego; de imberbe mató un hombre que quiso robarlo cuando iba camino de su casa a través de la montaña tenebrosa de Mayurupí: entonces, apenas contaba diez y siete años de edad. De él pudiera decirse lo que de Artigas afirma Zo-

rrilla de San Martín: «él no tiene más tierra que ésta que defiende: este germen de su futura patria independiente es todo para él; no conoce ni ama más que esa patria». Hay algo que pudiéramos agregar: cuando Páez inicia su carrera de hazañas, su patria era el llano: él circunscribía su amor y el esfuerzo titánico de su lanza al vasto horizonte de las sabanas: era un primitivo grandioso; el ciudano eminente vendrá más tarde, cuando Bolívar haga surgir el alma patriota de aquel rudo caudillo inconsciente.(1)

Para la revolución de mayo, «Artigas es el oficial más discreto y mejor conceptuado del ejército colonial; era un protagonista en la sociedad de Montevideo; su opinión se escuchaba en las tertulias que hablaban de política; cuando él pronunciaba sus pocas palabras, se hacía silencio y se le miraban los ojos.»

Para esta época, Páez es todavía un desconocido. Sólo podemos decir, con Arcaya, que tal vez para 1810 en«él había la nostalgia inconsciente de la vida nómade, el instinto de vagar por los montes en esas pequeñas partidas que llamamos guerrillas y que no son en el fondo sino la reviviscencia de las hordas precolombinas.»

Luego, cuando se lanza a la guerra, «en los primeros choques expone audazmente la vida. En la mano la pesada lanza realiza prodigios de valor y de fuerza... — Sus rivales se convierten en subalternos suyos. — En 1816, es el jefe indiscutible. Ya puede llevar aquellos hombres a todas las heroicida-

(1) Se vieron la primera vez en el hato del Cañafístolo, el 30 de enero de 1818.

des. No son meros soldados suyos, en el sentido técnico de la palabra. Son su *gente*. Quiéralo él y en seguimiento suyo se lanzarán ciento cincuenta jinetes a combatir toda la caballería de Morillo. Mándelos y a nado se echarán a tomar flecheras enemigas. Llévelos a la batalla de Carabobo y como una tromba caerán sobre las contrarias huestes». (1)

Luego, la vida heroica más intensa que recuerdan nuestros anales: Páez es el tipo representativo de la epopeya; lo dantesco no existe en su alma, sino como una forma de la natural represalia en presencia del enemigo que no perdona; los poemas trágicos de su vida que es la existencia dolorosa de la patria esclava, los escribió su valor, los dictó su lanza y los cantó su *gente,* la «gente» esa de que habla el sociólogo Arcaya.

Verdad es que su vida posterior tiene penumbras; la política desvía los rumbos de su existencia pública, y él mismo se olvida del respeto que debe a su propia gloria... — Mas, no son inmaculados los héroes; la línea sin tortuosidades que es la gran vida del Cristo, no tuvo rival en la historia; y aunque un hombre nazca como él, entre caballos y toros, bajo un cielo cuajado de estrellas y en un tiempo de oprobio porque era época de esclavitud, no es fácil que ese hombre rompa definitivamente con el egoísmo, con la tradición de su propia vida luminosa y se trace una línea sin curvas: la culpa fué de los años que debilitaban la mano y el cerebro del Centauro; y sobre todo, la culpa fué de Pedro José Rojas que tenía gran talento y era hasta cínico...

(1) "José Antonio Páez", en *El Cojo Illustrado*, núm. 385.

En Artigas no se cumple un ciclo semejante; su vida no es igual a la del férreo venezolano que viejo ya, está todavía en la plaza pública y en los conflictos de la ebullición política, sirviendo intereses pequeños, de pasioncillas ruines; en Artigas se dió el caso de una misantropía heroica que lo subyuga y hasta resta agilidad a sus más bellos propósitos: «penetremos en la noche estrellada, pero dolorosa, de cuyas alturas descienden los silencios»; en esa noche, «cuyas estrellas son todas color de sangre», Artigas va a interrogar su destino y el de su patria en presencia de la invasión portuguesa... El destino quiso, porque no todos los hombres podemos desfigurar la consigna del destino, que Artigas, «con la cabeza sobre el pecho y los ojos clavados en lo invisible azul, pusiera su caballo, al paso. El sol de los vencidos con gloria le da en la espalda; el suelo retumba como una sepultura bajo los cascos; los horizontes tienen miradas de ojos muertos... — Artigas ha pasado al territorio occidental, mirando largamente la patria, que le tiende los brazos..., y en Itapúa entrega su espada a la guardia paraguaya enviada por Rodríguez de Francia en su busca...» Esto acontecía en setiembre de 1820: el mismo mes, treinta años más tarde, morirá en San Isidro de Curuguaty, en donde el doctor Francia le concediera tierras para que ocupase las horas que debían ser desesperadas...

Así termina la existencia de un hombre que en el destierro, en la paz de los terrenos cultivados y en los dominios de un tirano fatídico, labró su gloria en el silencio, en compañia de una tristeza infinita, nostálgica.

INDICE

ACABOU DE SE IMPRIMIR
NA TYPOGRAPHIA DO ANNUARIO DO BRASIL,
(ALMANAK LAEMMERT)
R. D. MANOEL, 62 — RIO DE JANEIRO
AOS 22 DE NOVEMBRO DE 1921




T B


LIBRARY OF CONGRESS
0 018 485 052 7